

CAROL BESADA

CONTÁ CONMIGO

A close-up, high-angle photograph of a woman's face, showing her eyes, nose, and mouth. She has dark hair and is looking slightly to the right. The image is rendered in a textured, painterly style.

LA HISTORIA DE BELÉN

Contá conmigo

La historia de Belén

Carol Besada

Prólogo

Si se captara el momento con una cámara, la imagen mostraría a una mujer en sus *veintimuchos* o treinta y pocos sentada a la barra de un bar revolviendo con una ramita de romero el contenido de un vaso corto.

Media melena oscura muy cuidada, buena forma física. Atractiva y sosegada, parece disfrutar del momento a solas, ajena al entorno y cómoda en su piel.

Su atuendo formal indica que trabaja en una oficina de nivel y tiene una buena posición económica, sobre todo si las suelas rojas de sus zapatos de tacón son de la marca que la mayoría de la gente pronuncia mal, eso sin valorar la cartera con monograma que reposa en el taburete a su lado.

Al observarla, cualquiera diría que no hay preocupaciones en su mundo.

La instantánea no podría estar más en lo cierto.

Tampoco podría estar más equivocada.

Capítulo 1

—¿Vos no tenés los vencimientos encima?

«¡Ouch! Casi me escapo».

Casi.

—Voy a almorzar al shopping —aclaró volviendo sobre mis pasos.

También quiero comprarme algo lindo. Necesito hacer terapia de compras.

Marisa me observa con los ojos entornados. Más que una secretaria, parece la celadora de un colegio.

—¡Es que la página de la AFIP está caída! —Por sus brazos cruzados deduzco que ese no es un motivo lo suficientemente bueno para abandonar la oficina antes de las doce del mediodía—. ¡Y me harté! —Sigue con el ceño fruncido—. ¿Qué querés que te traiga? —intento camelarla.

—¡Belén Fuentes! Sos la jefa y deberías dar el ejemplo. ¡Y no trates de sobornarme!

—¡Ayer trabajé hasta las diez de la noche! —me justifico—. Y ahora no me necesitan. Dejé a mi equipo... —Enloqueciendo a una velocidad nunca vista. Pocas cosas combinan tan mal como un estudio contable, una aplicación saturada y vencimientos—, a cargo de todo. Van a llamarme apenas funcione otra vez. Te juro que vuelvo rapidísimo.

—Pero Gomes...

«Es el más loco de todos».

—Si Gomes pregunta por mí, decile eso. Que su estudio contable cuenta con un equipo de profesionales maravillosos. Y que yo me fui a almorzar.

Creo que gano el duelo de miradas.

Capítulo 2

¿Diego?

No puede ser. ¿Qué hace en el *shopping*?

No es él.

¿Cuánto tiempo pasó desde que firmamos los papeles del divorcio?

¿Cinco años? ¿Seis?

No puede ser él.

¿No se había mudado a otra provincia?

Definitivamente es él.

Su cabello oscuro está más corto y matizado con algunas canas, pero el resto sigue igual: mantiene la figura delgada y la actitud fanfarrona.

No puedo evitar la sorpresa porque en las «negociaciones» de nuestra separación, que se mudara lejos fue un punto fundamental. Lo hizo a San Luis, en donde creí que seguía viviendo. Ni siquiera con el resto de su familia, de la que éramos vecinos, volví a tener contacto. Al morir papá, mamá vendió la casa familiar y se fue a Mar del Plata para estar más cerca de su hermana.

Sacudo la cabeza para salir de este bucle de pensamientos. Aunque mil imágenes quieren venir a mi memoria, las reprimo. No es el momento de recordar todo lo pasó, es el momento de agradecer estar viva.

Trago saliva y me reafirmo cuadrando los hombros «ojos, nariz, testículos», repito como un mantra.

Estoy en un lugar público y ahora sí sé defenderme.

Ya no me parece tan intimidante. Con los tacos, hasta lo supero en altura.

Al descubrirme, la vena de su frente se hace más notoria, se le endurece el gesto y todo él se crispa.

«Ojos, nariz, testículos», repaso.

—Ya no te tengo miedo. Te superé y me convertí en una mujer fuerte por todo lo que me hiciste pasar —lo enfrento apretando los puños.

«¡Chupate esa mandarina! ¡Decime algo si te atrevés!»

Nunca más voy a agachar la cabeza en tu presencia.

Hasta acá llegué.

En vez de contestarme, desvía la mirada hacia una versión más joven de mí que viene empujando un cochecito de bebé y hablando con un nene. Esa versión más joven también parece más gris, cansada y temerosa de lo que nunca estuve.

Lo que puedo corroborar cuando nos observa sin emitir comentario esperando la reacción de Diego y, en base a ella, actuar.

—Belén, alguien que conocí en la parroquia. Nadia, mi esposa —nos presenta con reticencia.

—Hola Nadia. ¿Cómo estás?

—Bi-en gracias.

Los tres nos observamos en silencio, que de cómodo no tiene nada.

—Hablando con propiedad: conocer nunca me conociste y tampoco trataste de hacerlo. Solamente buscaste moldearme a tu gusto. —Con un gesto, corto de cuajo su intento de respuesta—. Seguro me puso verde —me justifico ante esa chica delgadita y desgastada—, y probablemente algunas cosas fueran ciertas, pero de corazón espero que sea mejor esposo para vos de lo que alguna vez fue para mí.

—No tenía idea de que había estado casado —dice girando hacia Diego al que la mandíbula le late más que antes.

—Sí, conmigo. —Claramente esta no es mi pelea y, además, ya dije todo lo que tenía que decir—. Les pido disculpas por la interrupción, que estén bien.

Me doy media vuelta y me voy sin prestar atención a lo que dejo detrás.

Sin comprar nada (ni almorzar), vuelvo a la oficina para comprobar que la aplicación sigue saturada.

El clima general empeora... así que nos compro helado.

Todo es mejor con helado.

Será que tiene poderes porque, un rato después, se pueden cargar los datos. A la velocidad de un carro marcha atrás, pero se puede. Luego de felicitar a mi equipo por haber sacado las papas del fuego, voy directamente al bar en el que quedé en encontrarme con Néstor. Es la cuarta vez que salimos y espero que la situación no se ponga muy incómoda.

Hay gente que se acuesta en la primera cita, otros cuando surja. Este sujeto parecía esperar que fuera en la tercera, lo que no sucedió y ahora puedo asegurar que no se lo tomó a bien.

Capítulo 3

«¡Me cacho en diez! ¡Qué tipo de *mier... coles*, jueves y viernes!» reniego en silencio después de revisar el celular y descubrir que mi... ¿prospecto de novio? ¿Individuo con el que nos *esta(ba)mos* conociendo? ¿Basura que no se enteró de que a las mujeres no se nos deja por mensaje? Me plantó.

«No vale la pena que sigamos juntos, los dos sabemos que esto no va a ningún lado. Ya vas a encontrar a alguien mejor que yo, suerte». Leo por quinta vez.

Bebo un trago del gin-tonic y no alcanzo a indignarme lo suficiente que llega un nuevo texto:

«¡Ah! No me esperes porque no voy a ir».

«¡Malparido, malcriado!» lo maldigo.

¡Y mal aprendido también! (Tampoco voy a poner toda la carga de su mala educación en los padres).

¿Y ahora qué?

Para empezar, podría volver a casa.

Al intentar pararme, me doy cuenta de que estoy un poco mareada así que vuelvo a acomodarme en la butaca y recreo el minuto a minuto analizando cómo pudo suceder.

Llegué al bar cinco minutos después de las ocho y, sentándome a la barra, pedí un gin-tonic que «error número uno» bebí en pocos tragos para aflojar la tensión de un día de locos y la sensación horrible que me acompaña desde que vi a mi ex marido.

Busqué el teléfono en la cartera para avisarle a Néstor que había llegado.

Estaba descargado.

Le pregunté al barman si podía cargar la batería y pedí otro trago.

Al no saber qué hacer con las manos, seguí tomando.

Empeoró la situación que tampoco supiera adónde mirar: odio salir a comer sola o a beber, si vamos al caso. Lo último que quería era que la gente a mi alrededor creyera que estaba de levante, así que me metí en el papel de superada y tomé un poco más.

Supongo que tampoco ayudó que las bebidas tuvieran más ginebra que tónica.

Y llegamos a este momento, en el que estoy revolviendo el gin-tonic número tres y el barman me devuelve el celular.

¿Y ahora qué? Todos los que me rodean van a pensar que soy una borracha.

Tres tragos en... treinta y cinco minutos. ¿Y si llamo a mis amigas para que alguna venga al rescate y de esa manera evito parecer un ser tan patético que no tiene con quién salir un viernes?

Es el «¿Belén?» Que escucho a mi costado el que me hace desear otro gin-tonic. Esa voz pertenece a Cristian, provocando que un día que iba mal... se descomponga del todo.

Girando cuidadosamente, tengo que levantar la vista para enfrentar su mirada color miel. Hoy no pego una: ¡venir a encontrarme con la representación de todos mis miedos!

Capítulo 4

—Hola, tanto tiempo. ¿Cómo estás? —me saluda despreocupado.

Es grande, muy grande. Un metro noventa y cinco por lo menos, cuerpo de *rugbier* con el cuello grueso y manos que son tres veces las mías. ¿Cómo se defiende una de un hombre de ese tamaño cuando las cosas se ponen feas?

Sin pensar, me froto la muñeca izquierda que es un recordatorio constante del porqué no quiero cerca a alguien como él.

—Bien, pasando el rato —balbuceo.

Tomando mi cartera sin pedirme permiso, me la pasa y, dispuesto a charlar, se sienta en la butaca que desocupó.

«¿No tiene otro lugar al que ir? ¿Algo más que hacer?»

—¿Estás sola? —pregunta luego de señalarle al barman mi vaso y levantar dos dedos.

Aunque algo dentro de mí se encoge, mentir está sobrevalorado.

—Sí. Es que me dejaron y no solamente plantada. Desistieron de tener una relación conmigo por mensaje de texto.

«¿Son necesarias tantas explicaciones? ¿Tan borracha estoy? ¿De cuándo a acá me convertí en una bebedora tan lamentable? Esa es mi amiga Marisol, no yo».

—Qué mal, ¿llevaban mucho tiempo juntos?

—Esta era nuestra cuarta salida.

Sonriendo al barman que nos alcanza los tragos, estudio el entorno: mucha gente, pero cada uno está en lo suyo. El ruido general de las conversaciones y la música no permite que ponga toda la distancia que me gustaría.

«¿Y ahora qué hago?»

—Tampoco es tan grave... ¿O te habías enamorado?

—No. —Abro los ojos con estupor—. ¡No! Me duele el ego, pero él se

lo pierde.

—La pérdida de unos es ganancia para los otros. ¿Cómo van tus cosas? Hace mucho que no te veía. A ninguna de ustedes, en realidad.

Es cierto, desde que mi amiga se separó de su hermano no coincidimos más.

—Bien, todo bien.

—¿Y las chicas?

—Bien también. Lucía tiene un montón de trabajo en el estudio. —Ese de diseño gráfico que a tu hermano le parecía una pérdida de tiempo—, Daniela está dedicada a criar a Ian y a dar clases... otra vez tomó dos turnos —digo negando con la cabeza—. Marisol es supervisora de turno en la fábrica de pastas, parece que va a ascender a jefa de piso y Anabella sigue viviendo en El Chaltén con el marido y los hijos... ¿vos la conociste?

—No me acuerdo de ella, pero seguramente nos cruzamos alguna vez.

—Es probable, vienen a Buenos Aires un par de veces al año. Se mudó allá porque se enamoró de Matías, que es guía de montaña. Fue mi compañera de banco; la petisita... —Asiente—. Ojalá la veamos pronto. ¿Tus cosas?

—Encaminadas. Hace un año más o menos empecé a trabajar en un consultorio de kinesiología y como estoy especializándome en fisioterapia gerontológica hago prácticas un par de veces a la semana en un Centro de Día. Aunque me queda poco tiempo libre, no me quejo porque es la profesión que elegí. Es un honor ayudar a los demás. ¿Vos seguís en el mismo estudio contable?

—Sí, sí. En el mismo de siempre.

Se hace un silencio que podría convertirse en algo incómodo y pido mi quinto gin-tonic.

—¿Puedo preguntarte algo que siempre me llamó la atención?

—Claro —respondo esperando algún comentario respecto al porqué uso tacos tan altos, o la transformación que sufrió mi estilo de vestir con los años; pero me sorprende al escuchar que me pregunta por qué cada vez que lo veo me cubro la muñeca izquierda.

—Yo no hago eso —contesto soltándola automáticamente.

—¿Puedo? —pregunta tomándola entre sus manos.

Una parte de mí se aterra. Mi muñeca se ve tan mínima dentro de su puño que, al rodearla, casi puede tocarse la palma con el pulgar. Un solo movimiento y ¡zas! Está quebrada.

Otra vez.

Estoy paralizada.

—¿Cómo te la rompiste? —pregunta observando las cicatrices.

—¿Qué?

—La muñeca, ¿cómo se rompió?

—Fue hace mucho. —Exhalo con ruido—. Ya no me acuerdo. Me caí, creo.

—No soldó del todo bien.

—No —Estoy casi hipnotizada viendo de qué manera tantea con sus dedos callosos el contorno, palpándola con una delicadeza inesperada en manos de ese tamaño.

—¿Tantos huesos te quebraste en tu vida?

—No. La muñeca nada más.

—Eras muy chica entonces.

—¿Muy chica? —entrecierro los ojos.

—Cuando te quebraste.

—No. Unos diez años atrás.

Sigue sin soltarme la muñeca. Está reconociéndola con cuidado... mientras mi pulso late desenfrenado. Está tan cerca que puedo sentir su aroma a chocolate.

Siempre quiero chocolate.

—¿Así que te caíste?

—Me caí —afirmo con seguridad fingida intentando dejar de temblar.

—¿Y?

No puedo sostenerle la mirada.

—¿Y qué?

—Por experiencia, sé que la gente da bastantes más detalles respecto a sus lesiones. Sobre todo a un profesional como yo.

—¿Un profesional como vos?

—Claro. Cristian Torres, licenciado en kinesiología y fisioterapia con honores —contesta guiñándome un ojo.

Creo que, hasta este momento, nunca lo observé realmente. Si bien siempre noté la forma risueña que tiene de vincularse, me amedrentaba más su tamaño así que ponía distancia y no prestaba atención al resto: al cabello corto con vestigios colorados, a los ojos achinados color miel o a las pestañas claritas, ¡y larguísimas! A la nariz un poco chata o al labio inferior carnosos... Ni qué decir de la mandíbula cuadrada o la manera en la que la ropa destaca su cuerpo trabajado.

Si todo eso viniera en tamaño *pocket*, ¡cuánto mejor sería!

—Cierto, con honores —respondo recuperándome.

—¿Vas a contestarme?

Con nuestras miradas posadas en mi muñeca, se me escapa un suspiro.

—Preferiría no hacerlo.

—¿El porqué la tocás cuándo me ves o cómo se rompió?

—¿Ninguna de las dos? —La media sonrisa no llega a mis ojos y resguardo la mano en mi regazo—. ¿Seguís practicando Judo?

—Aikido —me corrige—. Casi nunca. Dejé por falta de tiempo; pero tengo pendiente volver.

—¿Cuál es la diferencia entre Judo y Aikido?

—Las dos son artes marciales, ¿bien? En Judo usás la fuerza del otro para derrotarlo... barrerlo al suelo, superarlo. Es un deporte de contacto cercano. —Parece buscar las palabras exactas para definirlo mejor—. En el

Aikido no. Para empezar, no es un deporte porque no se compite; es una filosofía de vida. Además, los movimientos se hacen desde una distancia mayor. En realidad... se usan técnicas defensivas. Buscás inmovilizar al otro sin lastimarlo. Trata del respeto mutuo, es muy interesante.

—¿No están de acuerdo con ir directo a los ojos, la nariz y los testículos?

—¡No! Hay que evitar las peleas y me duele solo pensarlo. —Se remueve en el asiento—. Nosotros somos agentes de la paz, fomentamos la unión de los seres vivos. ¿Dónde escuchaste de esos movimientos?

—Tomé clases de defensa personal hace unos años.

—¿Por algún motivo en especial?

—La vida.

—¡Qué especial! —Al sonreír sus ojos se achinan más.

—¿Nunca llegaste a las manos?

—¿Si me agarré a piñas? Sí, obvio —y al notar que me encojo perceptiblemente aclara—, pero no desde la infancia. Como en el colegio me molestaban mucho me defendía a golpes; a los diez, doce años era más grande que mis compañeros y al no tener noción de mi fuerza podía lastimar a alguien. La maestra habló con mi abuela y le recomendó que me lleve a practicar Aikido. Me sirvió mucho por la filosofía que acompaña la disciplina: no humillar, respetar al otro y todo eso. Y ni hablar del susto que les dio a los que me molestaban que, sumado a mi tamaño, supiera artes marciales.

—Pura espuma.

—Siempre. No me gusta la violencia.

—A mí tampoco. Creo que es hora de que me vaya. Fue un gusto volver a verte, Cristian.

—¿No querés quedarte un rato más? ¿Te estaba aburriendo?

Sé que resulto atractiva. Ojos negros, pestañas largas, nariz recta, pómulos marcados, dientes blancos y el cabello que siempre está lacio no importa qué. Aunque no tengo muchas curvas, todo lo que hay es proporcionado y está firme en su lugar.

Lo que no se ve es el problema. Así como la muñeca mal curada, hay muchas otras partes de mí que también lo están.

Por eso me sorprende a mí misma cuando me encuentro preguntándole si está solo.

Tiene que ser su aroma a chocolate el que me causa debilidad en el carácter.

—Estaba con unos amigos que perdí de vista hace rato. —Escucho que dice—. ¿De verdad tenés que irte? —Ojeo el reloj y son más de las doce y media.

—No, realmente no.

Así que pido otra bebida.

Agua esta vez.

Seguimos tomando y charlando y, a medida que pasa el tiempo, mis reservas hacia él también.

Es obvio que llevo las de perder en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Si lo pienso bien, mi ex marido es apenas más alto que yo y de poco me sirvió.

Por algún motivo, confío en que no me va a dañar. Lo que cuenta de su profesión, su filosofía de vida, lo que conozco de él por comentarios de Lucía y las veces que nos cruzamos me da seguridad... Además de los seis gin-tonics y el litro de agua que tomé después.

Será la suma de todo eso lo que llevó a que en este momento esté dentro de mi casa, mi cama y mi cuerpo.

Capítulo 5

No me estoy arrepintiendo, pero tampoco me veo en una relación con él así que no tiene mucho sentido prolongar esta situación, ya disfruté todo lo que puedo disfrutar.

«¿Puede ser que huelga a chocolate?»

«Mmmm ¡Qué ganas de chocolate!»

Igual, debería felicitar me por dejarme llevar e intentarlo nuevamente; es todo un paso adelante: «¡felicitaciones para mí! ¡Yey!»

Listo.

¿Y ahora qué?

Ojalá acabe rápido.

Por las dudas de que sea del tipo de hombre que hace su mejor esfuerzo para durar hasta que su pareja tenga un orgasmo... empiezo a fingir.

Gemido, seguido de un gemido más profundo.

Ojos cerrados, espalda arqueada.

Algunos «sí», «ahí», «¡Sí ahí!» Acompañados de otros «sí» y «más»... y ya casi estoy.

Deja de moverse, así que sumo mis dedos presionando fuerte sus hombros y respiro hondo para...

—Estás fingiendo —Corta la actuación separándose de mí.

—¿De qué hablás?

—No estás disfrutando —niega alejándose y aumentando la intensidad de la luz.

—Está todo bien.

—No. ¿Por qué fingís? Estabas mojada, creí que íbamos bien —dice deshaciéndose del preservativo y tratando de acompasar su respiración.

—¿Eh? Estaba a punto. Casi, casi; no sé por qué paraste.

—Porque estabas fingiendo.

Miro al hombre desnudo que tengo enfrente. La piel brillante, el cuello enorme en el que se percibe el latido agitado, el pecho musculoso y los brazos también. No tiene mucho vello y se le marcan los huesos de la pelvis. Cuenta con miembros largos y gruesos. Todos ellos. Que están en posición de descanso.

«¿Cómo fue me metí en esta situación?»

—Ey, tranquila; no pasa nada. Decime en qué fallé, hasta ahora no tuve quejas y me gusta la idea de seguir así.

—Estuviste bien, te re corté. Perdón. No quería... No sé. —digo mordiéndome el interior del cachete mientras mido cada uno de sus movimientos.

Parece percibir mi incomodidad, porque se pone el bóxer y se sienta en la otra punta de la cama.

—¿No querías? ¿Te sentiste presionada? No puedo creer que no me diera cuenta antes.

—No, no es eso. Es que... ¿Lo dejamos así, mejor? —Trago grueso—. Hasta acá y listo. ¿Te parece? —Estoy parapetada tras la sábana blanca como si fuera una gran armadura.

—Si eso es lo que preferís. —Levanta las manos—. Es tu decisión... Me pareció que estábamos en sintonía. ¿Vas a decirme en qué fallé? —Baja el volumen de su voz y suena frustrado—. Detesto que hayas sentido que tenías que fingir porque no supe cómo excitarte.

—No sos vos. Es... la situación. Tomé mucho y no podía.

—Pero eso no hace necesario que finjas. Ah, ya entendí. Querías que acabe para terminar con el tema.

—Sí, algo así —respondo esquivando sus ojos.

—No sé a los demás; pero a mí me la baja, literalmente, que mi pareja no la pase bien. Para disfrutar solo, tengo una mano.

—Esa es demasiada información.

Está sentado a los pies de la cama mirándome fijo, como si tratara de descifrarme.

—¿Me tenés miedo?

—No, ¿por qué decís eso? —Trago saliva.

—Te noto tensa... y te tapaste hasta la barbilla.

—No, no es nada. Bah, la situación que es muy incómoda, nada más — agrego encogiéndome sin saber cómo pedirle que se vista y se vaya.

—Tenés las pupilas dilatadas, la piel erizada, la respiración un poco acelerada... y no precisamente porque estés excitada.

—¿De qué estás hablando?

—De los signos de tu cuerpo.

—Pero antes tenía los ojos cerrados y mi respiración también se escuchaba un poco acelerada.

—No es la primera vez que buscás fingir un orgasmo, ¿no?

Me retuerzo incómoda sin saber cómo contestar a eso.

—No quería que te sintieras mal, tampoco esperaba que te dieras cuenta.

—Me di cuenta porque, si estabas tan cerca del orgasmo, tendrías que haberte contraído a mi alrededor. Estábamos lo bastante ajustados para advertirlo. Al principio te sentía, pero en el medio de todos los «más, ahí y más», estabas laxa.

—Ah, eso. No sé qué decirte. —Hundo los hombros. Me encantaría desaparecer.

—La verdad, para empezar. Si no te atraigo o hice algo mal me gustaría saberlo.

—¿La verdad, la verdad? —pregunto a media voz sonrojándome.

—Ajá.

—Creo que una o dos veces tuve un... —Me atraganto—. *rrrgasmo...* Fue hace mucho tiempo y disimular es más fácil que explicar por qué no

puedo llegar al... —Un, dos, tres—, clímax —confieso sin poder contenerme.

—No expliques, decí claro qué te gusta, qué preferís y que tu pareja actúe en consecuencia. —Se pasa la mano ¡Enorme! Por la frente—, ¿por qué fingir?

—Es que... —Giro la sábana entre mis dedos—, es más fácil así.

—No entiendo para qué tener sexo con alguien si vas a fingir tu placer.

—Para que el otro no se sienta mal o mantener la relación. No todo se resume al sexo.

—¡Un paso atrás! Nosotros no tenemos una relación. Yo no tengo relaciones, no me enamoro. —Se cubre mejor con la otra punta de la sábana—. Y les recomiendo a las mujeres que están conmigo que no se enamoren de mí.

—No hablaba de nosotros, hablaba en general. No todo es sexo y, si los demás aspectos van bien, esto se puede negociar.

—¿Cuántas relaciones tuviste? ¿Cómo puede ser que alguien se sintiera conforme con ese arreglo? —Sueno realmente sorprendido.

—No nos conocemos tanto como para tener esta conversación. Y estaría bien que te fueras.

—Si querés que me vaya no hay drama, pero creo que te serviría hablar con alguien de estas cosas. Y ya que estoy acá, podés usarme para lo que quieras.

—No me gusta hablar «de estas cosas» —digo con retintín.

—¿Y con tus amigas?

—Sabes que soy demasiado reservada y nunca doy detalles. Si quisiera, podría hablar con ellas.

—Pero no lo vas a hacer.

—No.

—Podés hablar conmigo. —dice cruzando una pierna sobre la otra.

—No creo.

—Mirame como un rehabilitador.

—De huesos.

—Huesos, músculos, articulaciones, vidas sexuales. Sola... ¿llegás al orgasmo?

—¿Cómo me preguntás eso? —Elevo el tono de voz cubriéndome mejor.

—Entonces sí.

—¡No! ¡Yo no me toco! —Y tampoco hablo de esto—. ¡No me gusta!

—¿Sexo oral?

Niego con todo mi cuerpo.

—Me da pudor —susurro.

—Las veces que llegaste al orgasmo... ¿Cómo fue?

—Eh... no sé, no me acuerdo. ¡Y tampoco quiero tener esta conversación mientras estás sentado ahí... —Casi desnudo—, mirándome como si me estuvieras analizando!

—Te estoy analizando. Sos una mujer receptiva, hermosa... Que puede excitarse, comprobado de primera mano.

—¡No digas esas cosas! —Exclamo controlando el impulso de tironear de la sábana.

—Disculpá, es que es la primera vez desde hace años que una mujer que está conmigo no disfruta.

—Pufff... Eso te crees vos.

—Bueno, Sí. Lo creo yo, pero soy bastante consciente de las reacciones corporales y estoy muy seguro al respecto. Hay señales que son obvias.

Niego con la cabeza porque no puedo refutarlo:

—Son casi las cinco de la madrugada. Estoy desnuda y hablando con vos de *rrrggasmos*. —Que estás en sin ropa, frustrado y enorme—, mientras empiezo a sentir los efectos de la resaca por todo lo que tomé ayer. Y lo peor de todo es que estoy considerando si darte explicaciones o no.

—Si crees que te puedo ayudar, adelante —dice abriendo los brazos.

No sé si es el alcohol, el momento o él, pero sigo sincerándome.

—En algún punto de la situación... —«No me preguntes cuál» ruego —. Quiero que todo se termine, así que desconecto y hago lo posible para acelerar el proceso.

—¿Te están tocando el clítoris en ese momento?

—¡Iuch! Qué sé yo me están tocando.

—¿Cómo respirás?

—¡¿Qué sé yo como respiro?!

—Tengo una propuesta que hacerte.

—No sé si quiero.

—¡Pero no sabés cual es la propuesta! —Su parte de la sábana se desliza a un costado y vuelve a cubrirse. ¡Menos mal! Con todo ese pecho enorme a la vista tengo más que suficiente.

—Pero no sé si quiero.

—¿Confías en mí?

¿Cómo decirle que no? Me da miedo su fuerza, y también temo decirle que me da miedo su fuerza.

Lo que no tiene mucho sentido considerando que lo frustré sexualmente y seguimos hablando de sexo. Está a un metro, yo estoy desnuda a su merced y si soy sincera no me siento «tan preocupada»... ¿incómoda, tal vez? Mmm... puede que sí.

Ni siquiera puedo atribuir esta sensación a un estado de embriaguez, hace rato que se me pasó el mareo.

—Un poco —claudico.

—Probemos otra vez.

Capítulo 6

—¿Qué cosa? ¿Esto? —Nos señalo—. ¡No!

—No te digo ahora; sino mañana u otro día. Estabas cerca del orgasmo, lo sé. Pude sentirlo... pero algo te bloqueó. Tendríamos que volver a intentarlo.

—No creo.

—Pensalo, dale.

Termina de vestirse y de su billetera saca una tarjeta azul que deja en la mesita de luz.

—En caso de que cambies de opinión. Si te animás... —dice señalándola—. ¿Me abrés?

Me pongo el pijama de dos piezas estampado con nubes (lo menos sexy que hay) y lo acompaño a la puerta volviendo a pedirle disculpas por cortarlo así.

—No fue nada... que no pueda solucionar solo. ¿Te puedo besar?

Un beso y un vaso de agua no se le niegan a nadie.

Asiento sin moverme demasiado y, con mucho cuidado, se agacha sujetando suavemente mi cara entre sus manos.

Rozando su nariz con la mía, lentamente me besa la frente, las cejas, los ojos, hasta llegar a mis labios. Son besos sutiles y livianos que me invitan a devolvérselos.

En algún momento abandona mi boca para mordisquearme el lóbulo de la oreja y besar el hueco del cuello, iniciando así el saqueo de mi raciocinio sin siquiera usar las manos. Las mías cuelgan de sus antebrazos mientras las suyas se mantienen enredadas entre mi cabello.

Tenemos un duelo de lenguas, dientes y gemidos. No se escucha nada más que eso y es caliente.

Me suelta y conecta su mirada oscurecida con la mía.

—Estás temblorosa, tenés las pupilas dilatadas, te subieron las palpitaciones, se te marcan los pezones y no es por temor ¿Te muestro lo bien que puedo hacerte acabar?

—Sos un creído. —Que dice la verdad.

—Ni lo dudes. Estoy a tu servicio y ni siquiera me tengo que desnudar; me falta aclararte que lo único que te voy a pedir es que no te enamores de mí en el proceso. Para el resto, contá conmigo.

—¿Qué sacarías vos de eso?

—El gusto de verte disfrutar.

—No soy un reto.

—No es por eso.

Se podría decir que le creo.

Lo siguiente que sé, es que estoy en el sillón blanco de mi living sentada en el regazo de Cristian sin el top del pijama buscando un poco de aire mientras él acaricia los costados de mis pechos con los pulgares y me besa la clavícula ida y vuelta.

—¿Te gusta esto? ¿Qué preferís? ¿Besos suaves o profundos? — pregunta entre suspiros.

—Todos.

—Tenés que elegir.

—Intercalados —digo con la voz entrecortada.

—Perfecto —afirma satisfaciendo mi deseo con creces.

Emito un murmullo ininteligible. Es que el cosquilleo y el calor que me recorre no permiten mucho más.

—¿Te gusta mucho el blanco?

—Sí, mucho —respondo con dificultad ante el asalto a un punto de mi cuello especialmente receptivo.

Lo siento sonreír y moverse de forma contenida mientras mis manos vagan erráticas por su cabello.

No sé cuánto tiempo más seguimos besándonos, pero estoy temblorosa como si hubiera tocado todas mis zonas erógenas y la realidad es que apenas las rozó.

Hasta ahora.

Ahogo un jadeo.

—¿Cuál es tu comida favorita? —pregunta en un momento lo suficientemente álgido para mí... Y para él también: tiene la respiración agitada y una erección con la que evita que me frote.

—No puedo pensar en eso.

—Bien, entonces vamos bien. ¿Tarareás porfa alguna canción que te acuerdes?

Con su nariz vaga por mis pechos estremeciéndolos con su respiración. Suma las manos, los labios, los roza con los dientes.

—¿¡Qué!?! ¡No! —contesto a media voz sintiendo cómo mi cuerpo se hace más pesado y un cosquilleo me recorre entera.

—¿No querés tararear o no querés esto? Mirá que podemos parar cuando quieras —me sondea.

Voy sintiéndome líquida, pero de lava... de fuego.

Voy queriendo más.

Necesitando más.

Y él lo sabe.

—¿Puedo? —pregunta con sus dedos enganchados a los costados del pantaloncito de mi pijama.

Asiento levemente y llevo mis manos al cierre de su pantalón.

—No. Esto es para vos, sobre vos. Después, si querés y tenés ganas... Pensamos en mí.

Eso me corta. Siento su dureza, su latido agitado. Noto las pupilas dilatadas y el brillo en su frente.

«¿Cuánto puede durarle la contención? ¿Realmente quiero estar acá? ¿Así? ¿Con él?»

—Ey, quedate conmigo. Estamos bien, estás bien. Vas a estar mucho mejor —dice terminando de desnudarme—. Sos hermosa, perceptiva, sensible. De punta a punta —agrega con reverencia mientras me acaricia con la mano abierta—. Muy sensible...Y vamos bien —dice saboreando los dedos que pasó por mi femineidad.

Las sienes me laten, el vientre también, me cosquillean las extremidades y mi necesidad de frotarme contra él aumenta. Cuando me toca hay algo que quiere salir de mi piel y traspasarme.

Es placentero al mismo tiempo que perturbador.

No quiero perder el control, pero parece que eso quedó fuera de mi control.

Porque puedo perderlo.

Y encontrar mi primer orgasmo.

Capítulo 7

Ahora que sé qué esperar, el resto fluye.

Una vez más, de hecho.

Hay en Cristian una sonrisa de suficiencia y satisfacción que me molesta.

Si lo pienso, me hubiera gustado que este momento fuera con otra persona. Alguien que signifique algo para mí, alguien para quien yo signifique algo.

Siempre entendí el sexo como un accesorio, una pequeña parte de la relación. Si vamos al caso, ¿cuántas horas diarias se le pueden dedicar?

Hoy me doy cuenta de que estaba equivocada.

Y de que Cristian está ocupando en mi cama más lugar del recomendable, ¡es enorme!

Lo recorro con la mirada recreándome en sus pectorales marcados y me dan ganas de ser más expeditiva, de buscar mi placer... otra vez.

Ya sé de qué maneras me lo puede dar y tendría que estar agradecida en vez de volverme insaciable.

«¿Lo que sentí fue por él?»

«¿Puedo sentirlo por alguien más? ¿Con alguien más?»

—Dejá de pensar —me interrumpe tocando con la yema de su dedo la punta de mi nariz—. Si querés me voy... o puedo quedarme para seguir descubriéndonos y ver qué más preferís.

—Preferiría que te fueras. Gracias por todo, no sabía lo que me estaba perdiendo.

«¿Me habré pasado? ¿Se despide así a un amante? ¿Se lo tomará a mal?»

«¿¡Todo ese hombre fue mi amante!?»

—Fue un placer, literalmente —dice vistiéndose y disimulando una sonrisa que se me antoja presumida—. Tenés mi tarjeta por cualquier cosa: repetir la experiencia, ir a tomar algo o hablar. Lo que quieras.

Enredando los dedos en mi cabello, me da un beso corto que me produce un vuelco en el estómago.

Desde la cama observo su retirada, esta vez no me pide que lo acompañe a la puerta.

Aunque tendría que dormir, la sensación de letargo parece haber dejado mi casa con él.

El resto del sábado es horrible.

Mi departamento es blanco. Todo blanco. Paredes, muebles... blancos.

En cada superficie la luz refleja y se multiplica empeorando mi resaca.

Igual me obligo a limpiarlo de punta a punta.

Desde el mueble recibidor de la entrada y el despojador de granito a los espejos, las lámparas, los sillones y el sofá del living (repasando cada uno de los remaches del capitoné), pasando por las mesitas auxiliares (de vidrio también), los marcos de fotos, los adornos, los portavelas, el *rack* de tv, la pantalla, la mesa del comedor, las sillas, los pisos, las ventanas, las puertas y los picaportes.

Aunque siento la necesidad de hablar de lo qué pasó; para que mis amigas entiendan tendría que confesar que recién hoy tuve un orgasmo.

Bueno, dos.

Sigo por la cocina, las alacenas blancas «¡¿Cómo fue que llegó esta mancha acá!?!», la mesada de granito blanco, las cerámicas, la mesa y las sillas de estilo nórdico, los utensilios a la vista... la ventana, la pileta, el anafe, los hornos, la heladera, los cuadros con frases motivadoras, el piso y las puertas.

«¿También se habrán sentido así la primera vez?»

Aunque somos amigas desde el colegio, no recuerdo haber tenido una

conversación sobre esto.

Anabella fue mi compañera de banco desde primer grado y agradezco cada día los avances en las comunicaciones que nos permiten seguir en contacto ya que vive en El Chaltén desde hace años con su esposo e hijos.

Marisol fue mi némesis. Las dos obteníamos las notas más altas y competíamos por tener el mejor promedio. Por eso que «a los amigos hay que tenerlos cerca y a los enemigos más cerca todavía», pasábamos mucho tiempo juntas y nos hicimos amigas. Aunque es raro que estemos de acuerdo, es de las personas más protectoras que conozco y resulta estimulante discutir con alguien que te obliga a replantearte tus creencias.

Daniela vive en el mismo edificio que Marisol y, para mí, es la contención hecha persona. Ya sea con su hijo Ian, sus alumnos, nosotras, su familia... y hasta con quien no lo merece.

A Lucía la conocimos cuando empezamos la secundaria y se integró al cuarteto como si siempre hubiera formado parte dado que manejaba una locura muy compatible con la nuestra. Muy leal a sus convicciones, su incorporación nos permitió desempatar nuestras disputas de una forma más equitativa que por medio de un sorteo.

Así nos convertimos en «el aquelarre».

Son mis amigas y las quiero, pero siempre me ganó el pudor.

Sigo por la habitación de huéspedes; quito las cortinas, las sábanas y el edredón, repaso las mesitas de luz, los veladores con tul y todo lo demás.

Aun así, necesito hablar con alguien.

«Liberarme... ¿estará relacionado con haber enfrentado a Diego?»

Limpio los baños: los artefactos, el mármol blanco, las mesadas, los espejos. «¿Realmente necesitaba un espejo tan grande en el baño de mi habitación?»

Con una frase en nuestro grupo de Whatsapp puedo empezar a desenrollar la madeja.

Voy a compartir con ellas mis sensaciones.

No exactamente ahora porque tengo mucho que explicar; en los

momentos más oscuros de mi vida estaba distanciada de ellas (y del mundo en general) así que tampoco saben cómo fue mi matrimonio.

Ahora voy a limpiar mi habitación: el piso, la cama grande, los almohadones, el cabecero de capitoné blanco (con todos y cada uno de sus remaches), las mesitas, el tocador, el espejo y el resto de piezas de estilo *shabby chic* que requieren un cuidado especial para que no se arruine la pátina que los recubre.

Las cito para mañana.

Ordeno mi vestidor y organizo la ropa para lavar.

Necesito decidir qué les voy a decir. Y cómo.

Es muy importante el cómo.

Mañana va a ser el día en el que exponga mi pasado.

Capítulo 8

No sucedió. Apenas llegar, un mensaje urgente avisándole a Daniela que su hijo se había caído de la bicicleta y estaba en una clínica nos cortó cualquier charla.

Podría pensarse que en la cena que tuvimos el miércoles siguiente les conté lo que pasó.

Tampoco lo hice. Si bien me interrogaron, me fui por las ramas relatando la cita fallida y poco más.

Las posibilidades de confesar se terminaron de diluir cuando Lucía nos dijo que se estaba mensajeando con Pedro, el dueño del café en el que las cité el domingo; así que a la última persona que querría traer a colación es a Cristian que resulta ser el hermano de su ex novio.

Haber dejado pasar tanto tiempo sin decirles lo que me pasó no ayuda en nada a mi situación pero lo hecho, hecho está.

A veces abuso un poco mucho de los refranes.

Capítulo 9

La música alta y las luces girando no distraen mi búsqueda, tampoco los dos pesados que se acercaron a Marisol y a mí hace unos minutos y espero despachar rápidamente a fuerza de ignorarlos.

Marisol sigue bailando descontrolada ajena a la situación y poco tiene que ver su poca tolerancia al alcohol con eso. De por sí es explosiva, contundente... y opuesta a mí en casi todos los aspectos: rubia de ojos azules y curvas sinuosas mientras yo soy más bien compacta y contenida.

Envidio su seguridad acerca de quién es, qué quiere y su audacia de ir a por ello sin vueltas. En cambio, a mí me cuesta soltarme. Necesito seguir las reglas: las que están escritas y las que no.

Es común verla disfrutar del momento, sacándole el mayor provecho a cada situación y después, si te he visto no me acuerdo. Yo analizo todo... por eso todavía sigo sin entender que me poseyó para dejarme llevar con Cristian.

Por norma no llego a una instancia tan íntima a menos que considere posible una relación estable con esa persona y es obvio que con él no va a suceder. Es demasiado joven, grande y fuerte; además analizó no solo lo que dije, sino también cómo reaccioné.

Ella sigue derrochando sensualidad y yo sigo cuestionando mis decisiones mientras controlo a Lucía que intenta llamar la atención del barman. Dudo que esté pidiendo tragos sin alcohol, aunque sería lo mejor para todas: la rubia ya está borracha perdida desde temprano y a ella no le falta demasiado para estarlo también.

Creo que descubro a su ex novio antes que ella.

Solamente me asignaron una tarea: encontrar un lugar con onda para ir a bailar.

Y lo hice... en las redes sociales de Cristian.

De las peores ideas que tuve últimamente, provocar la casualidad de

verlo está en el podio. Ni siquiera puedo excusarme diciendo que me tenté de espiarlo porque abrir mi billetera y encontrar su tarjeta personal (que al final no tiré, pero tampoco pienso usar) me hace sonreír.

Es que eso no justifica que sugiriera venir acá.

Nunca tuve en cuenta que, dónde esté él... probablemente su hermano esté también.

Negando con la cabeza, tomo de la mano a Marisol y nos hago lugar hasta la barra.

—¡Martín! Hace mucho que no te veíamos. ¿Viniste solo? —pregunto observando disimuladamente a la gente a nuestro alrededor.

«Por favor, decí que no», «por favor, decí que sí» pido en silencio sin ponerme de acuerdo conmigo misma.

Me calmo cuando responde que está con unos compañeros de trabajo porque solo puedo manejar una situación por vez.

Observo de reojo a Lucía y creo escuchar los engranajes de su mente. La mía, en este momento, está llena de culpa por exponerla a esta situación.

Aprovecho para poner distancia cuando Martín nos pregunta qué queremos tomar y, camino a la mesa, le recuerdo a Lucía que sus planes de vida son incompatibles con los de él, que tiene que avanzar y romper con viejos hábitos.

Marisol no ayuda para nada; ella quiere seguir brindando.

No sé qué más hacer. Por mi salud mental necesito que esta noche termine distinta a como suele. Para convencer a Lucía de no irse con él ni siquiera puedo traer a colación que se siente atraída por alguien más; Pedro en estos días no dio señales de vida y, para ella, estar con Martín cada vez que se reencuentran es normal.

—Está bien. Entonces tomamos dos sorbos y después cada una a casa. ¿Estamos todas de acuerdo? —Intento mediar entre mis deseos y los suyos.

—Dale, tomamos algo y después vemos —responde Lucía esquivando mi mirada.

Tuerzo el gesto al escucharla, queda claro que no la convencí de nada.

Capítulo 10

—Tengo algo para vos, pero no sé si dártelo.

Llegar al estudio el lunes después de estar en reuniones todo el día y escuchar eso saliendo de la boca de la recepcionista no augura nada bueno.

—¿Qué pasó, Silvia?

—La semana pasada vino un chico que parecía un vikingo, pero con las fiestas y todo lo demás me olvidé.

Se remueve en el asiento y se sonroja.

Sé exactamente de quién está hablando y, si bien por sí mismo merece alguna reacción, la serie que todas seguimos potencia el gesto de arrobo.

—*Ok* —respondo pasando por alto su error.

—Es que nosotros no podemos dar información personal de los empleados —se justifica.

«¡Por favor! ¡Quiero creer que no lo hacen».

—Porque es política del estudio. Estuviste bien.

Se la nota un poco incómoda.

—Yo no le di información...

—Peeero...

—¿Cómo sabés que hay un pero?

De la misma manera que sé que no tengo paciencia para esto.

Cuento uno, y miro la lámpara que cuelga.

Dos, el frente del escritorio de vidrio esmerilado.

Tres, el cartel que...

—Era tan simpático y me mostró la nota que acompañaba la tarjeta... que al final acepté.

—¿Qué nota? ¿Qué tarjeta?

—Estas. —Luego de dejar sobre el escritorio una tarjeta azul y una nota doblada, se retuerce las manos—. No quería recibirlas porque él no recordaba tu apellido. Me dijo que hiciera lo que me pareciera mejor. No me hubiera dicho eso si tuviera malas intenciones.

—No hay problema. —Sonriendo a modo de despedida, voy a mi oficina sintiendo sus ojos clavados en la espalda.

«Martín me dijo que las vio hace unas semanas y, atando cabos, creo que podrías estar buscándome. Vuelvo a dejarte una tarjeta por las dudas de que hayas perdido la otra».

Me doy la frente contra el escritorio. ¿Será que quedó registro de mi «visita» a sus redes sociales?

Es cierto que se me fue el dedo y un corazón se puso rojo de la nada, pero lo borré casi instantáneamente.

¡Qué vergüenza!

Antes de pensarlo siquiera, marco el número que aparece en su tarjeta.

—¿Hola?

—Hola... ¿Cristian? —Ya me estoy arrepintiendo de esto.

—Hola, él habla. ¿Quién es?

—Errr, soy Belén, la amiga de Lucía.

—Hola, Belén. ¿Cómo estás?

—Bien gracias, llamaba para desearte Feliz Año Nuevo y y y aclararte.... —¿¡Aclararte qué!?

—Gracias, igualmente. ¿Tus cosas bien?

—Errr... Sí, muy bien. —Se hace un silencio incómodo que queda en mí terminar—. ¿Cristian?

—Sí, te escucho.

—Quería decirte que yo...

—¿Querés que nos veamos personalmente?

—¿Personalmente? —Trago grueso.

—Dale, Cuando quieras.

«¡Qué dice! ¡Si yo no acepté nada!»

—Yooooo...

—¿Me buscabas porque vas a aceptar mi propuesta?

¿Y si niego que lo buscaba? Porque aun sin buscarlo, lo buscaba.

—Yooooo...

—Una duda, ¿vamos a hablar «hablar» o vamos a investigar tus preferencias sex...?

Lo interrumpo sintiendo subir el calor de la vergüenza por mis mejillas:

—Para empezar, hablar. Ya te dije que no...

—Cierto, me dijiste. ¿En tu casa?

Parece que la conversación va de interrumpirnos.

—Errr, no. Prefiero que nos encontremos en un bar a tomar algo.

—Poné día, horario y nos vemos.

—Dale, te aviso.

—Espero tu llamado.

Del dicho al hecho hay un largo trecho nunca se sintió tan cierto: no logramos combinar nuestras agendas. Los días que estuve visitando a mi mamá y que se olvidó de que tenía planeado tomarse vacaciones en la playa, siguen postergando nuestro encuentro mientras mis dudas se incrementan.

Capítulo 11

El sábado amanece soleado y cálido, ideal para el plan de hoy.

Con el aquelarre vamos a ir a conocer el departamento nuevo de Julián, disfrutar de los *amenities* y lo más importante: conocer a Pedro, el novio de Lucía.

Tiene sentido que el encuentro se dé en un contexto de relativa intimidad en el que ninguna de nosotras sea local.

Al ofrecer su casa, Julián está cuidando a Lucy. Va a examinar a Pedro y al mismo tiempo va a proveerle un escape ante tanto estrógeno.

Amigo es una palabra muy grande, y será que tampoco creo en la amistad entre el hombre y la mujer, pero sé que si quisiera también estaría ahí para mí.

Fue el compañero de banco de Lucía en la secundaria y cursaron juntos parte de la carrera de Diseño Gráfico. Él terminó, Lucía no; pero ese es un detalle que está pronto a resolverse: ella va a retomar los estudios.

Tengo la sensación de que este es el año de mi amiga. La noto enfocada, puede que más segura. Analizamos hasta el cansancio los pros y contras de retomar la carrera; si bien construyó su propio negocio mutando lo que era un local de revelado de fotos a un estudio de diseño gráfico no deja de minimizar sus logros cada vez que surge el tema.

Es horrible aceptando elogios. No solo los nuestros, que del tema no entenderemos demasiado, pero ni siquiera acepta los de Julián... o los de Pedro, que trabajaba en una agencia de publicidad. Espero que sacarse de encima ese pendiente refuerce su autoestima porque no se valora lo suficiente.

Después del «tropezón» con su ex, Pedro y ella empezaron a salir. Lucía es especial: despistada, graciosa, indecisa y a la vez, muy terca. Le cuesta abrirse, pero una vez que se da, lo hace por entero. Estamos muy orgullosas de verla superarse y creo no equivocarme al decir que Pedro puede potenciarla. Se lo nota atento a ella, a sus necesidades y, aunque se muestra

accesible ante el interrogatorio; no permite que la molestemos demasiado con nuestros chistes.

Le brillan los ojos claritos cuando la mira y ella se ilumina cuando le devuelve la mirada.

Creo que Pedro me cae bien.

Por lo pronto, está de espaldas a nosotras cuidando la parrilla junto a Julián que se las dará de feminista y varios istas más, pero cada vez que hay algo cocinándose al fuego él se hace cargo y no nos deja acercarnos.

El complejo al que se mudó es realmente vistoso con su estilo industrial, techos altos, espacios comunes espaciosos, el amplio jardín y las dos piletas.

Se está rearmando luego de separarse de su pareja y socia de negocios.

¿Estará preparado para avanzar? Porque yo sé de una rubia que, aun negándolo a muerte, estaría más que feliz de formar parte del proceso. No importa que hoy, para no perder la costumbre, hayan discutido. Ellos... tienen chispa.

Y yo tengo curiosidad por saber qué le dijo ella al oído antes de irse ofendida.

Entrando al departamento, me sorprende el sonido del teléfono.

Es Cristian.

—Te llamaba porque ya estoy en Buenos Aires y puedo ser tuyo cuando quieras.

Me descalzo y dejo el bolso de cualquier manera sobre el sillón.

«¿Ser mío?»

«¿Mío?»

Por un momento la mirada se me pierde en el atardecer que se percibe por el ventanal.

—Podemos hablar y... —Dudo.

«¿Mío?»

«¿Estamos todos locos?»

—Vamos a hablar, no tengas dudas. —Interrumpe mis pensamientos—. Si queda ahí, está bien. Si da para algo más... mejor. Además, parte de la seducción entra por el oído. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Cómo pasaste tus vacaciones?

—Cambiamos de tema, parece. —Obvio que cambiamos de tema, ni siquiera sé cómo me expuse a esta situación—. Si no fuera por el morro de fondo y la playa con el agua clara y calentita, con la cantidad de argentinos que tenía alrededor bien podría haber estado en Necochea.

—¿También había viento? —digo con una risita ahogada.

—En Necochea no hay tanto viento... y en Brasil tampoco. ¿Cuándo nos vemos?

—Un día de estos; mañana...

—A las ocho te paso a buscar —me interrumpe—. ¿Vos cómo estás?

—No me despierto tan temprano los domingos. Y estoy bien, gracias por preguntar.

—Siempre voy a preguntar. Paso por tu departamento a las ocho de la noche.

—Prefiero que nos encontremos en algún lado, ¿en un bar te parece bien?

—Mi mamá me enseñó a ser un caballero. Si vamos a tener una cita, tengo que pasar a buscarte y comportarme. Y voy a hacerlo, no quiero decepcionar a mi mamá.

—Primero: no es una cita, vamos a charlar. Segundo: tu mamá no va a enterarse.

—Eso es lo que crees vos, ella siempre se entera de todo.

Rápidamente busco opciones para evitar quedarme a solas con él en un lugar cerrado, (lo que no tiene demasiado sentido considerando lo que pasó la última vez), pero es lo que es.

—Podés venir a buscarme, pero yo elijo adónde ir.

—Bueno, si eso te deja más tranquila, lo hacemos así.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana; soñá lindo.

Capítulo 12

Las horas del domingo pasan más rápido de lo que me gustaría.

Aunque no cuento en el grupo de chat que voy a salir con alguien, se lo confieso a Anabella sin aclararle de quién se trata y sigo con otro tema especulando con que, en medio de su trajín diario, no va a prestar demasiada atención.

Es que necesito ponerlo por escrito:

«Voy a salir con un hombre más joven».

También más fuerte de lo recomendable, pero eso me lo guardo.

Por las dudas, repaso la rutina de defensa personal: si me agarra del cuello, dedos a los ojos; por la espalda, pisotón y codazo.

Y siempre está la tan rendidora patada en los testículos.

En base a eso planeo mi look. Iba a usar plataformas, pero los *stiletto*s con su taco finito pueden ser más dañinos. Jean chupín oscuro y remera sin mangas para bajar el conjunto.

Recibo un silbido de aprobación cuando Cristian me ve.

«¿Realmente era tan grande?» Aun con tacos, mi cabeza no alcanza su nariz y la camisa blanca que usa no hace más que resaltar lo enorme de su pecho.

—Ey, si me mirás así voy a convencerme de que no te gusto nada y te doy miedo —me dice revelando que mi reticencia es demasiado notoria.

—Es que sos muy grande y me había olvidado. En cuanto lo internalice voy a estar más cómoda.

—No hay problema, me encanta que me veas muy grande... y me internalices —Choca su brazo contra el mío—. ¿Adónde querés ir?

—¿Todo va a tener una connotación sexual? —Freno y lo miro seriamente perdiéndome en esos ojos miel con chispitas.

—Bueno, es un precalentamiento, y si no me equivoco para esto me buscabas. ¿Está funcionando?

Su gesto de suficiencia me irrita.

—¡Que no te buscaba!

—No me estoy quejando. Para nada. Estoy muy contento.

Quisiera reaccionar mal, estallar, dejarlo plantado... pero lo único que me sale es hacerme la desentendida mientras por dentro me río de la cara de yo no fui que intenta poner después de su comentario. Igual, el brillo en los ojos lo delata.

—A la vuelta hay un bar buenísimo que tiene las mejores papas fritas y tapas de la zona.

—Los beneficios de vivir en Palermo.

—Obvio, los problemas para estacionar tienen como correlato la variedad de bares.

—Te acompaño, ya me dirás cual es el camino —dice haciendo la venia.

Creo que intenta dejar en claro que estoy a cargo y lo agradezco.

—Vamos, te muestro.

Camina a una distancia prudencial. Ahora que lo pienso, el beso corto con el que nos saludamos me resultó poco.

Que me tiren de las patas si al captar que huele a algo mezclado con chocolate, que me incita a acercarme, no me arrepienta de haberme puesto tan nerviosa.

Por suerte, no hay mucha gente en la terraza.

Me divierte su expresión al descubrir la decoración: las mesas con venecitas y los sillones antiguos de alambre; las lamparitas enredadas en las plantas, la luz tenue y las esculturas en la arcada; también su gesto confundido ante los aros concéntricos que coronan el muro que da a la calle... y eso que no tuvo la oportunidad de ver la pared que está detrás de la caja, ni la que decoraron con trompetas.

—Eso redondo de metal... ¿qué sería? —me pregunta disimuladamente señalando hacia el muro.

—Para mí, es un iris —al percibir su ceja elevada aclaro—. Desde ahí, podés ver al exterior y... no estás de acuerdo.

—Mmmmsí... Puede que sea un iris. —Ladea la cabeza—. Tenés razón.

—Y a cuento de qué, entonces, venía tu expresión; si se puede saber — Me cruzo de brazos dispuesta a discutir.

Imitando mi postura, usa un tonito que ¡arggg!

—¿A que falta el otro ojo?

—Claramente. Porque es la representación de un cíclope.

—¿Ese es el del ojo solo? —Asiento—. ¡Pero hubieras empezado por ahí!

Nos señalan nuestra mesa y de la carta de bebidas elijo una simple caipiriña, ignorando el resto de los tragos.

Él no se cohíbe y pide un *julep* que me hace agua la boca. Mi versión favorita es el *scotch*, pero qué se le va a hacer: renuncié a los tragos fuertes en general y en especial cuando estoy con él.

Para «picar» selecciona la tabla de quesos y frutos secos, los bastones de mozzarella en masa *wantan*, las *bruschettas*, los pinchos de pollo y la bondiola en masa *philo*. Mi único aporte al pedido fueron unas papas fritas.

—¿En qué estábamos? —pregunta al quedarnos solos otra vez.

—En que no entendías a qué viene el ojo que todo lo ve.

—Cierto. ¿Vos cómo estás? Además de nerviosa, digo.

—¿Además de nerviosa?

—Te sigo poniendo nerviosa y no entiendo el porqué. Podría pensar que es porque te gusto, pero en este momento no percibo esa clase de vibración.

—¿Y qué percibís?

—Sé que te gusto a pesar de todo, pero ahora van ganando los

nervios... Y lo que sea que te obliga, cada vez que estamos juntos, a tocarte la muñeca sin parar.

—Yo no...

—Vos no te tocás la muñeca, excepto cuando la estás tocando. Ahora, por ejemplo.

Los tragos no pueden llegar en mejor momento, así como también los platos fríos a cual más tentador. Todo el despliegue me permite tener las manos ocupadas en cualquier otra cosa que no sea mi muñeca.

—¿Brindamos? —Levanta su vaso.

—Dale, ¿por qué brindamos?

—Porque me buscaste, porque confiemos el uno en el otro, la pasemos bien... y quién dice, podamos quedar amigos.

—¡Qué yo no te...! —Cambio de táctica—. ¿No esperabas mi llamado?

—Sí, sabía que ibas a hacerlo, lo que no esperaba era que tardaras tanto tiempo en decidirte. Saber que me estabas buscando y...

—¿Tan seguro estabas? —pregunto entornando los ojos.

—No es por eso, igual ahora no importa. ¿Brindamos por pasarla bien?

—Porque la pasemos bien.

—Hecho. De eso me encargo yo, no tengas dudas.

Tendría que molestarme tanto engreimiento... pero vaya una a saber por qué, no lo hace.

—Contame de vos. —Trato de tomar la delantera.

—¿Qué querés saber?

—¿Todo me vas a responder con otra pregunta?

—¿Qué es todo?

—Lo opuesto a la nada.

—Error. Poniendo el artículo convertís a «la nada» en algo. Sino sería nada a secas. Esa no la viste venir, ¿no?

—¿En qué momento pensé que esto era una buena idea? —pregunto en

voz alta.

—En uno de lucidez total. Para seguir iluminándote: soy fisioterapeuta. Soy el menor de dos hermanos. Tengo...

—Todas esas cosas ya las sé.

—Entonces tu todo no es todo, es un poco.

—Me estás aburriendo, ¿qué era eso del todo y el algo? Por lo menos la comida está buenísima, sino...

—Me voy a comportar. Decime qué sabés de mí y te completo el resto.

—Sos el hermano menor de Martín, sos fisioterapeuta, tenés...

—Ya entendí. —Levanta las manos y me muestra las palmas—. Te cambio una pregunta por otra.

—Dale. —Me remuevo inquieta deseando estar en un lugar más concurrido. La pareja sentada en la otra mesa se está matando a besos.

—¿Qué te decidió a buscarme?

Necesito ubicarlo.

—No estaba buscándote a vos específicamente. —¡Y ahora empieza a crecerme la nariz!—. Las chicas querían ir a bailar y, en vez de elegir al azar, me pareció más lógico revisar las redes sociales de la gente que conozco.

—¿A qué edad te casaste?

¡Ah bueno! Si lo pienso bien, cuánto mejor era seguir con lo de la búsqueda.

—¿Y eso qué...? No importa. Me casé a los dieciocho.

—¡Tan chica! ¿Él cuántos años tenía?

—Veintidós. ¿Podemos no hablar de mi ex marido?

—Como quieras. ¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —Al notar mis brazos cruzados aclara—. Perdón, pero no es una pregunta que trate solo de tu ex.

—Cinco años. No quiero hablar del tema.

—Ya me di cuenta. Creo que me pasé de turno.

—Tengo dos preguntas.

—Hecho. —Toma otro trago y se recuesta contra el respaldo del sillón.

—¿Qué te decidió a buscarme? Y no digas que no me buscaste, porque el que dejó la nota en el estudio fuiste vos.

—Me gustas desde siempre, pero te veía inalcanzable...

—¿Inalcanzable cómo? —De camino me arrepiento—. Dejá, no quiero saber eso. ¿Cuántas relaciones importantes tuviste?

—Ninguna.

—No puede ser.

—De verdad. Yo no me enamoro.

—¿Y las mujeres de vos?

—No lo permito, en cuanto las cosas se ponen un poco serias o percibo que ellas se apegan... Me abro.

—¡Se apegan! Qué palabra extraña apegarse, ¿no? —Se encoge de hombros y me contengo de poner los ojos en blanco—. Entonces, a diferencia de Martín, no tenés un cronograma de vida para cumplir.

—Martín está mal de la cabeza. Probablemente a alguien se le cayó cuando era chiquito y le dio vergüenza confesarlo.

—¡Qué malo! Pero sí, eso explicaría muchas cosas.

—Yo puedo hablar mal de mi hermano, vos no.

—Lo acepto. —Levanto mi vaso y brindo a modo de disculpa.

—Tuvimos una infancia complicada. El viejo iba y venía y, básicamente, nos criaron nuestros abuelos.

—Eso lo sabía. Que tu mamá trabajaba de mucama cama adentro y la veían solamente los domingos.

—Durante unos años fue así. Después empezó a trabajar de lunes a viernes, pero era más o menos lo mismo porque se iba tempranísimo y cuando volvía casi siempre estábamos durmiendo.

—Debe estar muy orgullosa de ustedes.

—Muy. Que sepamos que las cosas se consiguen con esfuerzo y

dedicación es por su ejemplo. Martín, en cuanto le empezó a ir bien, le exigió que deje de trabajar y descanse. Ella le hizo caso durante un mes, después se metió en quince cursos. Mi mamá no sabe estar quieta.

—A vos, ¿Martín no intentó convencerte de nada? Como que estudiaras algo que hiciera necesario que te dijeran doctor —aclaro ante su gesto interrogante.

—Más o menos. Al final hice lo que sentía, pero si fuera por él... —Niega con la cabeza—. Creo que lo marcó ver lo diferente que podía ser la vida. El patrón de mi mamá era abogado. Una familia muy importante, muy establecida, muy formal; imaginate. De ahí le viene la obsesión porque todo sea de lo mejor.

—¿Vos no te sentís así?

—Yo soy feliz con mi trabajo. Cuando un paciente se supera o tiene menos dolor me siento satisfecho conmigo. Esos momentos son impagables; justifican no ser doctor y ser, en cambio, una decepción para mi hermano.

—Nunca lo escuché decir que fueras una decepción; pero puedo imaginarlo tratando de moldear tu personalidad a su gusto.

—Lo decís por lo que pasó con Lucía.

—Sí. Por suerte ella no se dejó. —Un poco envidio la capacidad de mi amiga para priorizar sus deseos sobre todo lo demás, incluido un (ex) novio con intenciones de convertirla en una mujer florero.

—¿Porqué estamos hablando de mi hermano y de Lucía en vez de hablar de nosotros?

—¿Hay un nosotros? —Me atraganto.

—Hay un nosotros en este momento, ahora, acá. Yo no tengo pareja ni me enamoro. Probablemente te enamores de mí, pero tenés que evitarlo como sea. Considerame un instrumento para tu placer, no una pareja potencial. Yo juego solo.

Dan ganas de bajarle la confianza a hondazos.

—¿Y si vos te enamorás de mí?

«¿Qué acabo de aceptar, si se puede saber?»

—Eso no va a pasar. El amor no existe —afirma vehemente.

Capítulo 13

—¿Cómo que el amor no existe? —exclamo indignada—. Que alguien te ame lo hace real.

—No hablo del amor en general. El amor de pareja no existe; es un invento para soportar las particularidades del otro y no mandarlo a volar a la primera de cambio. Sirve para justificar la monogamia. —Está absolutamente serio. Creo que nunca lo vi así—. Es un espejismo. Hasta que uno u otro se cansa: de fingir, soportar, o lo que sea y piensa en sí mismo y no en ese otro que dice amar.

—Mmm eso me resuena a que quisiste y te rompieron el corazón. Y sí, para poder querer a otro, primero uno tiene que quererse a sí mismo, priorizarse; en eso estoy de acuerdo. Yo creo en el amor: en el que se demuestra con cariño, respeto... cuidado. Creo en eso. —Y también creo en la monogamia.

—Pero estás divorciada. ¿Quién dejó de querer a quién?

—Éramos muy jóvenes; no construimos ni el respeto ni el cuidado. Puede fallar, no es matemático. Eso no quita que estoy dispuesta a seguir intentando —respondo sinceramente.

La última parte, al menos.

—¿Seguir intentando qué?

—Conocer a alguien, dejar que me conozca... querernos, planear un futuro juntos.

—Yo no intento. A quien esté conmigo, en ese momento le doy lo mejor de mí. Disfrutamos, la pasamos bien y después cada uno sigue su camino —dice acomodándose el cuello de la camisa.

—Tampoco creés en la monogamia.

—No por amor, sí por respeto. Podría definirme como un monógamo serial.

—Tus viejos se aman.

—Puede que sí, puede que no. —Ladea la cabeza.

—Tu viejo cambió porque los quería.

—Veo que con vos no tengo que evitar los temas ríspidos de mi historia familiar porque ya los conocés.

—No con detalles, no pienses mal de Lucía. —Solamente sé que después de años yendo y viniendo prometió serle fiel a su esposa y asumir sus responsabilidades.

—El viejo cambió porque se asustó. El primer ACV fue un llamado de atención importante. A su modo siempre nos quiso; igual mi mamá es una santa por perdonarlo después de todas las que se mandó. —Se tira de la oreja.

—¿Elegiste tu carrera para ayudarlo a él con la rehabilitación?

—¿Qué? —Se sorprende—. ¡No! ¡Claro que no! —Se cruza de brazos y niega con la cabeza—. Quería formar parte del mundo del deporte, pero desde otro lado. Sin la parte de la competencia, las exigencias o el cansancio.

—¡Eras un vago! —Le sigo la corriente al notar que no quiere ni siquiera considerar mi pregunta.

—Error. Era un gordito... que podría haber jugado al rugby, pero nunca terminé de comprar lo de la caballerosidad del deporte y todo eso. Era y soy un pacifista.

—Qué gracioso. Me encantaría ver una foto de cuando eras chico.

—Tenés que hacer muchos méritos para que te muestre alguna de las pocas que hay. ¿Vos cómo eras de chica?

—Sería. Estudiosa. Tranquila. Un as en matemáticas.

—¿Buenas notas? —al captar mi mirada engreída acota—. Mejor alumna, probablemente.

—Claro, primer puesto disputado con Marisol. Generalmente ganaba yo.

—Si la veo, le pregunto qué tanta verdad hay en tus dichos.

—Vas a tener que confiar en mí.

—Y vos en mí.

—*Touché*. Volviendo al tema del amor; querés ayudar a los demás. Asumiste un compromiso muy grande, hay amor en lo que hacés.

—Te repito: es en el amor de pareja en el que no creo.

Recostado contra el respaldo de su sillón, tiene las cejas casi unidas, los brazos cruzados y las piernas también. Pareciera que está un poco a la defensiva.

—Pero en ese amor puede haber una conexión real, me niego a creer en otra cosa.

—¿Tuviste alguna pareja seria? Además de tu marido, digo.

—Ninguna duró demasiado, pero eso no hace que descrea del amor. A pesar de mi pasado, de mis errores, de lo que viví. Necesito y quiero esa ilusión. Quiero querer a alguien y que alguien me quiera. No tiene por qué ser tan difícil. ¿No se supone que cada roto tiene su descosido?

—¿Decís que estás rota? —pregunta descreído—. Seguro que hay alguien para vos, quedate tranquila. Pero yo no soy.

—Nunca creí que lo fueras. Sos más joven, más... —Exhalo con ruido—. No importa.

Si le molesta que le diga que no lo veo como una pareja posible no se nota; enrolla una servilleta y la deja a un costado.

Si vamos al caso, tampoco se lo nota aliviado.

—Podemos ser amigos. —Retruca.

—No existe la amistad entre el hombre y la mujer. De eso sí estoy segura. Con la interacción alguno se siente atraído y eso complica las cosas.

—¿Ningún amigo hombre?

—Amigos, no. Conocidos, pocos.

—Lo bueno es que nosotros ya sabemos que nos atraemos. Solamente nos queda la parte de, ¿cómo dijiste? Interactuar más. Porque yo sí creo en la amistad entre el hombre y la mujer.

—En los amigos con derechos, me parece que creés.

«¿O pensás que no noté las veces en las que tus ojos vagaron de los míos a mi boca?»

—Acepto también la parte de los derechos sin la amistad.

—Lo voy a tener en cuenta —respondo sin pensar.

«¿De cuándo a acá me planteo algo así?!»

—Me gustás mucho. Sos *sexy* sin buscarlo, hasta en los momentos en los que estás nerviosa y te retraés. La manera que tenés de morderte el labio inferior; tu forma de expresarte, pausada y pensada.

—Me asusta tu tamaño. —Listo, lo dije.

—Lo noto y eso me da pena porque con poca gente estarías más segura que conmigo. A veces pareciera que te olvidás y eso me gusta mucho. ¿Hay algo que pueda hacer para que estés más tranquila?

—Tomarte una pastilla de Chiquitolina está fuera de discusión, ¿no? —digo tratando de desdramatizar.

—Si la conseguís, estoy a tu disposición.

Me gustan sus ojos achinados, las cejas gruesas y la forma en la que mueve las manos. Aunque es expresivo, no tiene gestos ampulosos. Es consciente de su cuerpo y del entorno. Sonríe y seguimos charlando mucho; las horas pasan sin que nos demos cuenta.

El sistema de una pregunta por otra es muy útil para cubrir fácilmente los tópicos: el chocolate, el verano, en ropa, los gatos, las dalias, virgo; por mi parte.

Por la suya: los higos, el otoño, en tecnología, los elefantes, los cactus (que no son una flor), escorpio.

La historia de los higos me provocó cosquillas en la panza. ¿Qué se le dice a alguien que te cuenta que de chico esperaba con ansias el verano para trepar a los árboles y llevarle a su abuela fruta para hacer mermelada en vez de comerla en el momento aunque se muriera de ganas?

Tengo que reconocer que la noche va más que bien.

Dejando (un poco) mis miedos de lado, estoy usando todos mis sentidos para percibirlo: qué dice, sus gestos, cómo huele... Y ahora el tacto y el gusto mientras me besa.

¡Y cómo me besa!

—Me gustás mucho —murmura contra mi boca.

Está apoyado contra la pared y tengo la sensación de que trata de ocupar el menor espacio posible. Además, con esta postura no me encierra.

—Lo sé.

Se ríe contra mis labios, pero sigue besándome como si tuviéramos catorce años y no quisiéramos separarnos.

Bah, creo. Porque nunca lo hice antes.

Es la primera vez que me besan de esta manera. Son muchas primeras veces con él.

—Voy a empezar poco demandante, ¿te puedo llamar? —dice en el momento de la despedida.

—¿Para qué? —contesto en un respiro.

—Hablar, vernos. Lo que surja.

—Pero sin enamorarnos.

—Sin enamorarnos. —Se separa de mí y me mira directamente a los ojos para reforzar la idea—. De verdad. Sin enamorarnos.

—Acepto. ¿Qué preguntarías si te pusieras demandante?

—¿Puedo subir?

Sonrío, le doy otro beso... y subo sola.

Por esta vez.

Capítulo 14

—Belén, hoy me entregaron un sobre para vos. Es personal.

Teniendo en cuenta la aclaración y el gesto conspirador de Silvia, tengo algunas sospechas de quien fue. Aún así, tengo mis reparos en abrirlo porque no figura el remitente y finalmente decido hacerlo adelante de ella (nunca se sabe si se va a necesitar un testigo).

¡Qué vergüenza por favor! Dentro del sobre hay varias hojas de revistas que contienen test con títulos «sutiles» tales como: «¿Qué tan osada sos?» «¿Dominada o dominatrix?» «¿Romántica o pasional?» «Termómetro sexual» «Fetiches» y otros artículos del mismo estilo además de una nota que no pienso leer ahora.

—¡Listo! Si mis amigas te consultan, podés decir que pasé el reto —improvisado tratando de recomponerme.

—Perfecto; se los informo. Y si vuelve el vikingo que trajo el sobre... ¿Qué le digo?

—Errr, nada. Gracias, de él me encargo yo. —Junto las hojas y vuelvo a mi oficina.

—Belén; creo que recibiste mi paquete.

—¡Lo abrí delante de la recepcionista! ¿Cómo vas a mandar algo así a mi trabajo?

Escucho que se ríe despacio y eso me enfurece.

—Estaba cerca y me pareció buena idea. ¿Siempre abrís tu correo delante de terceros?

—No, pero este no tenía nombre y.... ¿De dónde sacaste tantas revistas? —pregunto repasando las hojas con más tranquilidad. Me causa gracia, a mi pesar, una nota sobre los signos y sus preferencias sexuales que tiene escrito en el margen con lapicera: «todas me parecen bien».

—Te olvidás de que trabajo en un consultorio y, además de recursos

capacitados, tenemos un montón de revistas. Tomalo como una tarea, si llevás todo respondido la próxima vez que nos veamos... por ahí no te incomoda tanto tocar el tema.

—Nosotros...

—Nosotros vamos a vernos. Sin presiones, sin nada que perder y mucho por ganar.

Llevamos algunas semanas viéndonos... bastante.

Para tener sexo, básicamente. Hay ocasiones en las que, todavía, me cohíbe su tamaño; pero en general le tengo confianza.

De algún modo, siento que tiene cuidado cuando me toca... hasta en los momentos en los que no es suave.

Me gusta.

Me gusta cada día más.

Y no me reconozco.

Capítulo 15

—Tu departamento es gris.

—Qué observadora. —dice enarcando las cejas.

—¡Pero es gris! —En todas la variedades de grises—. Y metal —agrego al girar y descubrir que la cocina, la heladera y el lavarropas son de acero inoxidable.

—Quería un lugar tranquilo, calmo.

—¡Pero es gris!

—Y tu casa es blanca. Chist. —dice al notar que voy a interrumpirlo—. Tu casa es toda blanca. Y yo no te critiqué.

—No es una crítica. Es... un comentario. —Sonrío no sé bien por qué y a él le brillan los ojos—. Es gris —repito en voz más baja repasando con el dedo el borde de un portarretratos de peltre con una foto en blanco y negro en la que aparece con Benjamín, su sobrino, riéndose a carcajadas.

Las paredes están pintadas en un tono gris perla, el sofá es gris topo, la mesa tiene vidrio y patas plateadas, los muebles son grises, la mesada es de cemento. Tiene una lámina de Londres cubierta de bruma. Hay una estantería con elefantes: grises.

—Adiviná de qué color es mi habitación.

—¿Si adivino qué gano? —pregunto acercándome mimosa.

Ancla sus manos en mi espalda, sosteniéndome entre sus brazos.

—Si ganás... Porque estoy comprometido con la causa, que se entienda. —me susurra al oído, rozándolo y haciéndome cosquillas—. Voy a hacer mi mejor esfuerzo y voy a tener sexo alucinante con vos.

Su promesa y nuestras pelvis en contacto me producen escalofríos de expectación.

—¿Y si pierdo?

—Bueno, tendría que ser algo que me guste mucho. Qué puede ser...

Qué puede ser... —Se ciñe más a mí—. ¡Ya sé! Si perdés... ¡Vas a tener que tener sexo alucinante conmigo!

—Mmmm dejame pensar, ¿si gano o pierdo tengo sexo alucinante? — consulto colgándome de él y masajando su nuca.

—Sip. —ronronea.

—Es... Ruido de redoblantes: ¡gris!

—¿Tan previsible soy?

A horcajadas me lleva a una habitación que efectivamente ¡es gris!

—¡Chist! —lo llamo para que baje la intensidad de los mordiscos en mi garganta—. ¿Cómo conseguiste que la madera también sea gris?

—Fácil. ¡La compré!

Me río a carcajadas y tironeo con mis dientes su labio inferior para que empiece a pagar.

Y paga.

Recostada sobre su pecho y tapada con una sábana de rayas grises, sonrío al darme cuenta de que la pantalla de tv, con muchas ganas, rompe la monotonía.

Eso si está prendida.

Me siento saciada y cómoda. Una de sus manos acaricia mi cabello pasando los dedos hasta las puntas y volviendo a empezar; la otra está enlazada con la mía y al descuido recorro el contorno de su palma.

Tiene manos mágicas. Grandes, anchas, fuertes, nervudas.

Mido y comparo...

Sigue siendo enorme.

—La primera vez que te vi, estabas de espaldas. Llevabas el cabello recogido en una cola baja. Era larguísimo, te llegaba casi a la cintura. Tenías puesto un jean y un pullover negro enorme.

—¿Cuándo fue?

—En un cumpleaños de Lucía. Yo tendría unos diecisiete años...

Estabas con tu marido —sigue perdido en el relato sin percibir que empiezo a incomodarme—. No te vi la cara hasta mucho rato después y no por no intentarlo. Hablabas con alguien hasta que él te agarró del brazo para llevarte a la mesa. Me acuerdo de que quisiste sentarte en una silla al lado de Julián y él no te dejó. Te ubicó en un extremo, casi de espaldas al resto de la gente.

En algún momento abandoné su mano buscando distanciarme.

—No me acuerdo, fue hace mucho tiempo. Además, estaba casada y vos eras una criatura —contesto intentando simular normalidad.

—Los dos éramos chicos. ¿Tenías veintidós?

—Por ahí. La verdad es que no me acuerdo... No te enojés.

—No me enojo. —Percibo un atisbo de sonrisa en su voz—. Hasta ese momento estaba convencido de que me atraían las rubias. Y a partir de ahí...

—¡Preferiste morochas!

—También. En realidad me di cuenta de que me gustaban todas.

Lo enfrento fingiéndome ofendida y le pego en el hombro, bloqueándome por haber tenido esa reacción.

—Perdoname, no quise. No sé que me pasó —intento justificarme con el corazón acelerado.

—Tranquila; fue un chiste... que te puso celosa. Nada del otro mundo. ¿Vos crees que con estas manitos podés lastimarme? —dice besándome los dedos uno por uno.

—Aplicadas estratégicamente, obvio que sí.

—Y también podés hacerme mucho bien.

—También.

—Las prefiero así, entonces.

Mientras nos preparamos para dormir, sigo inquieta. La situación que me describió pasó demasiadas veces para identificarla exactamente y eso hace que sienta vergüenza de ese yo del pasado.

En realidad debería sentir orgullo por superarlo y superarme.

¡Qué mejor prueba que estar acá, con este hombre!

Capítulo 16

—No, ¡por favor! No. Nos pueden ver —murmuro alterada y temblorosa—. Esperá a que lleguemos a casa. No fue a propósito. Él me habló. —Me retuerzo intentando soltarme de ese agarre imaginario—.Tenía que contestarle. No, no, no ¡NO!

Agitadísima, abro los ojos para descubrir que estoy en un lugar gris que no conozco y en el que la imagen de una cabeza de elefante decorada con ¿mandalas? Me observa seriamente.

Trato de enfocar la vista, de volver a mí... y me tocan suavemente.

—¡No me lastimes! ¡No fue mi culpa! Yo... —Reacciono instintivamente cubriéndome la cabeza.

Al aclararme, advierto a Cristian sentado sobre sus talones con las palmas en alto y cara de preocupación.

Lágrimas silenciosas caen por mis mejillas.

—Shhh, Belén. Estás conmigo, estás bien. No pasa nada; fue un sueño.

Estira su brazo y, al querer alejarme, noto que el cuerpo no me responde. Eso incrementa mi desesperación.

—Por favor, no te acerques. Por favor, dejame sola. Por favor, te lo pido —balbuceo—. Por lo que más quieras. Por mí. Por favor.

Se queda a distancia mientras yo, apoyada contra el respaldo, me concentro en respirar para tranquilizarme.

Tiempo después, ya junté los pedacitos de raciocinio suficientes para notar que baja de la cama y sale de la habitación.

Quiero hacerme un nudo y llorar. Y desaparecer. Y borrar de mi memoria estos recuerdos en los que Diego me maltrata por sonreírle a alguien. Y nunca volver a sentirme así.

Necesito mi casa. Mis cosas. Tengo que irme.

—¿Belén? —murmura desde la puerta—. Te traje un vaso con agua.
¿Puedo pasar?

Necesito calmarme. Esto no puede estar pasándome. No ahora. No acá.
No con él.

—Me voy.

—Como quieras. Mirá, dejo el vaso apoyado en la mesita. Agarralo,
tomá a sorbitos —agrega retrocediendo sin darme la espalda hasta sentarse en
un baúl grisáceo ubicado bajo la ventana.

Me acerco al agua fría y, después de beber un poco, apoyo mi frente
contra el vidrio. Estoy agotada, pero el temor de volver a la pesadilla hace
que no quiera dormir nunca más.

—Hablame, Belén. Decime qué necesitás.

Lo observo de refilón, tiene las manos cruzadas bajo el mentón y las
cejas casi unidas.

—Quiero ir a mi casa.

—Está perfecto. Te llevo o podés contarme lo que quieras. No sé...
¿Preferís que llame a alguien?

—No, ya estoy bien. Ya estoy bien —digo rotando la cabeza.

—¿Tenés muchas pesadillas?

—Un par de veces al año. —Antes, muchas más.

—¿Querés contarme?

Abro los ojos y me enfoco en él. En el intento de camuflar su tamaño;
en la cara de preocupación, la mandíbula tensa, la mirada de ¿lástima?

A mí nadie me tiene lástima.

Aunque sufrí, viví para contarlo.

—No significa nada. Es un sueño tonto que me saca de eje.

—Parecía mucho más que eso —dice suavemente—. No hace falta que
me mientas, respeto...

—Creé lo que quieras —lo interrumpo y, sin dejar de temblar, busco

mi ropa.

—Belén, hablemos. Somos amigos.

—No somos amigos. Somos conocidos que se encuentran, hablan dos pavadas, se ríen un rato y después se acuestan —aclaro mientras me visto lamentando no poder aparentar mayor seguridad—. Te agradezco los *rrrrgasmos* y la paciencia. Pero no somos amigos. No me gustaría apegarme a vos de ningún modo.

—Entiendo que estés sensible. Vamos, descargá conmigo. Sacalo todo. Te escucho.

—¿Sensible? —Tengo ganas de putearlo, pero no digo malas palabras; así que en cambio me despido—. No hace falta que me acompañes a la puerta. Que te vaya bien.

Capítulo 17

Eso es lo último que le digo durante algunas semanas. Dejé de responder sus llamadas, mensajes y, además, lo bloqueé.

Pero empezaron a dejarme en el contestador automático mensajes vacíos y necesito hablar con él para pedirle que no lo haga más.

A veces me pregunto para qué mantener la línea del teléfono fijo si, hasta ahora, la mayoría de los llamados que recibía eran de gente intentando vender algo.

Hasta que recuerdo que si la diera de baja, mi mamá tendría una excusa para llamar al celular.

Punto para mantener la línea a pesar de los llamados anónimos.

Mejor llamo a Cristian mañana.

Intentando detectar todos los sonidos posibles en esos mensajes que me dejan desde hace más de una semana, hago el esfuerzo de abstraerme del ruido ambiente. Pero nada, solo percibo la respiración de quién sea que está al otro lado de la línea.

Apenas en uno creo escuchar, amortiguado, el llanto de un bebé.

No tiene sentido.

Será... ¿Un perro? ¿Un gato?

Hora de dar el siguiente paso.

Sobre la mesa hay una copa de agua y observo atentamente cómo las gotas que se condensaron resbalan por el pie hasta llegar a la base.

El cerco en el posavasos es cada vez más grande.

Probablemente haya cosas más interesantes en las que enfocarse, pero perder tiempo con esto es una opción tan buena como perderlo con cualquier

otra cosa.

«¡Basta!» Me digo en voz baja.

Aunque estoy casi segura de que no es él, necesito comprobarlo. Respiro hondo y enfrento lo que no quiero enfrentar.

—Belén —contesta quedándose en silencio después.

«¿Mi nombre es todo lo que tiene para decir?»

—Cristian. Necesito preguntarte algo y que seas totalmente sincero conmigo. ¿Vos me estás llamando y cortás sin decir nada?

Sin hola ni cómo estás. Directa al punto. Bien por mí.

—¿De qué estás hablando?

—En el contestador del teléfono de mi casa dejaron varios mensajes desde un número privado. Están vacíos; solamente respiran y cortan. Si sos vos, te pido que no lo hagas más.

—No tengo ese número —afirma en un tono de extrañeza que percibo real—. ¿Qué está pasando?

—Nada importante. ¿Me estás diciendo la verdad? —Parezco aturdida. Y lo estoy.

—Nunca te mentaría, menos en esto. Si preguntás es porque te importa. ¿Qué está pasando? ¿Estás bien? ¿Tu ex marido te está molestando?

—¿Mi ex...? No, para nada. ¿Cómo se te ocurre eso?

—No es muy difícil: el mismo día en el que recordé una situación con él, tuviste una pesadilla horrible que me confirmó que te maltrataba.

—No quiero hablar de eso.

Una especie de risa hastiada se cuela por la línea telefónica.

—Que no contestaras mis llamadas me dio una pista bastante firme y la confirmé cuando me bloqueaste. ¿Qué pasa Belén? ¿Necesitás algo? ¿Te puedo ayudar?

—Nadie me puede ayudar —digo antes de cortar.

No quiero tener miedo. No quiero sentirme así. No quiero.

Abrazándome las rodillas empiezo a llorar... y sigo llorando sin saber a quién pedirle que me acompañe en este momento.

Demasiadas palabras omitidas, demasiadas evasivas. Demasiado silencio.

—¡Llamá ahora que estoy acá si te atrevés! ¡Decime algo! —le grito al teléfono.

En algún momento me quedo dormida y es el timbre del departamento el que me saca del duermevela inquieto.

Abro la puerta para encontrar a Cristian del otro lado observándome con preocupación.

—No tendrías que haber venido.

—Digas lo que digas somos amigos... o empezábamos a serlo. Hablame, Belén.

—No quiero.

Ladea la cabeza y un suspiro cansado se escapa de sus labios.

—Estás asustada.

—No —respondo con la voz entrecortada sin poder contener las lágrimas.

Se acerca a mí y me abraza, para soltarme en el instante en el que se da cuenta de la tensión que me genera su contacto.

Cierra la puerta, me toma de la mano y nos lleva al sofá. Lentamente, va acercándose a él hasta que quedo sentada en su regazo.

Lo abrazo y doy rienda suelta a todo el malestar que tengo acumulado.

—Llorá, preciosa; sacalo todo. Yo te sostengo. Estoy acá. ¿Mejor? —pregunta luego de un rato al percibir que me voy calmando envuelta en su aroma a chocolate.

Mi gesto de asentimiento no detiene la mano grande que me acaricia con cuidado la espalda.

—¿Qué es eso de los mensajes?

—Desde hace días dejan mensajes en el contestador. No hablan. Simplemente respiran fuerte y después cortan —digo entre suspiros—. A los primeros no les di importancia, pero siguen y siguen. El número es privado, así que no sé quién es y empiezo a tener miedo.

—¿Creíste que era yo? —pregunta en un tono de voz contenido.

—No al principio. Después pensé que quizás conseguiste mi número y decidiste llamarme pero no te animabas a hablar. Qué tonta, ¿no? —Me río de mí misma—. Un par de semanas acostándonos juntos y ya me creo inolvidable. Te llamé porque necesitaba confirmarlo.

No responde respecto a mi grado de *inolvidabilidad*, sino que vuelve al tema manido y remanido:

—¿Qué pasa con tu ex marido?

Me retuerzo entre sus brazos que ya no se sienten tan confortables.

—No tiene forma de ponerse en contacto conmigo. Tampoco motivos.

Analizando la situación... lo que dije no es absolutamente cierto, pero pasaron meses desde que vi a Diego de casualidad y no lo creo capaz de esperar tanto tiempo para jugar con mi paz mental.

—¿Las chicas?

—No les dije.

—Pregúntales, pueden darte alguna idea.

—No todavía.

—¿Alguien del trabajo?

Antes de contestarle lo observo de reojo percatándome de que estoy en una posición enteramente vulnerable.

Me bajo de sus rodillas y me siento en un sillón.

Si nota mi tensión o le molesta mi abandono no lo expresa. Está ahí mirándome invitador, sólido... grande. Fuerte. Y demasiado grande.

—Llevamos negocios lícitos, nuestros clientes son decentes; están conformes. No tiene por qué venir de ahí.

—¿Alguien con quien hayas salido? ¿Qué estés saliendo?

—Del pasado no... Salí un par de veces con un compañero del estudio; pero él no es.

—¿Le preguntaste?

—No, ¿por qué le preguntaría?

—Porque me preguntaste a mí.

—Pero nuestra situación es distinta. Con él está todo bien.

—Entre nosotros también estaba todo bien. —Suenas cansado—. ¿De quién sospechás?

No voy a decir mi ex marido. Ni siquiera voy a considerar la posibilidad de que esté metiéndose en mi vida condicionando, otra vez, el modo en que quiero vivirla.

—No tengo idea.

—¿Llamamos a la policía?

—¿Por esto? No, es una estupidez.

—Que te tiene preocupada.

¿Para qué negar lo que está a la vista?

—Disculpá por molestarte —digo en cambio—. No te ofrecí nada. ¿Qué querés tomar?

—Mejor bajemos a comer algo por ahí. Te va a hacer bien salir y despejarte, estás conmigo y nada va a pasarte.

—No vamos a volver a acostarnos.

—Como quieras; pero necesitás un amigo y yo soy lo más parecido a uno que tenés en este momento.

—Tengo que cambiarme de ropa.

—Bueno, te espero.

—Por un momento creí que ibas a decirme que estaba bien así y no hacía falta que me arregle.

—Te encanta arreglarte. Se te ilumina la expresión cuando das vueltas por el vestidor decidiendo qué vas a usar. Cuando te maquillás, me da la sensación de que sumás capas de valor; a cada pasada de pincel te ves más

confiada, más asentada. Y cuando llegás a los tacos... pareciera que estás lista para conquistar el mundo. Por mí, vamos tal cual estás. Pero si necesitás ir a ponerte todas tus armaduras, te espero para ser tu escudero.

Con los ojos llenos de lágrimas, lo único que atino a contestarle es que ya vuelvo.

Capítulo 18

Media hora después me siento más yo. El maquillaje cubrió bastante bien los rezagos del llanto y la siesta; elegí un pantalón verde botella y una camisa con pajaritos que el simple hecho de verla me hace sonreír. Me calzo las plataformas y acá estoy: dispuesta a comerme el mundo con papas fritas.

Literalmente.

Quiero papas fritas.

Y helado.

Helado de chocolate.

Y chocolate.

No hace falta que sea en ese orden.

—Lista —aviso volviendo al living para encontrar a Cristian dormido en el sofá en una posición que parece bastante incómoda.

Recostado a medias, está tapándose los ojos con un brazo y el otro le cuelga. Tiene una pierna apoyada en el piso y la otra bajo su cuerpo.

En esa postura es evidente su porte.

Una vez que reconfirmé que es muy grande, demasiado grande; vuelvo a observarlo.

No se afeitó en días, porque asoman unos pocos vellos colorados. Sigue teniendo la boca tan besable como siempre y recordar lo que puede hacer con esos labios me apremia a lamer los míos.

—No estoy dormido —interrumpe mi recorrido sin moverse.

—Mejor, ya estoy lista.

Se incorpora apenas y se estira.

Su pecho se ve muy pero muy grande y no es por la remera negra que lo marca.

Sus ojos van de los míos a la manera en la que me cubro la muñeca y

no hace ningún comentario al respecto. Haciendo un esfuerzo descomunal, la suelto y dejo caer los brazos obligándome a respirar con normalidad.

—Antes de irnos, ¿puedo escuchar los mensajes? —pregunta.

Ingreso la clave en el contestador y se los muestro.

—¿Eso es...? —Duda al llegar al único que tiene algo diferente a la respiración pesada—. ¿Una sirena?

—Creo que es el llanto de un bebé; pero no estoy segura.

Frunce los labios valorando mi apreciación:

—¿La alarma de un auto? —especula.

—No sé; pero necesito salir de acá. ¿Vamos?

—Al lugar que indiques. Te sigo, como siempre.

Capítulo 19

Tengo enfrente un helado enorme de tres chocolates con salsa de chocolate y chips de chocolate.

—¿Qué despropósito! —comenta Cristian meneando la cabeza.

—¿Algo que criticar?

—Obvio, ¿por qué no pediste que lo sirvieran en una capelina de chocolate?

Quiero hacerme la ofendida, pero al notar que me guiña el ojo no hay manera de que pueda lograrlo.

—¿Cuánto hace que empezaron los llamados?

—No sé exactamente. Al principio no presté atención, pensé que era un sistema automático que se cortaba o alguien que marcaba mal —me apuro en aclarar cuando levanta una ceja—. Hace unos días llegué a la conclusión de que tantos llamados no podían ser casualidad. Además, los sistemas no respiran fuerte.

—Necesitamos hacer algo. ¿Quiénes te llaman al teléfono fijo?

—Mi mamá, básicamente.

—¿También aparece como número oculto?

—No.

—Llamala y preguntale si cambió la configuración de su línea sin avisarte. También tenés que hablar con tus amigas.

—No me digas qué hacer.

—Quiero ayudarte.

—No te pedí ayuda.

—Pero la necesitás.

—¿Por qué crees que sabés que es lo mejor para mí? Necesitás esto, hacé lo otro. —Elevo el tono de voz para hacerme escuchar sobre la música

de la heladería, no porque estoy enojada con él.

—Porque lo sé. Dependiendo de lo que respondan tu mamá y tus amigas vamos a ir a la comisaría para que nos informen cuales son los pasos a seguir.

—Voy a preguntarle a mamá y a las chicas. Pero vos y yo no vamos a ningún lado juntos. Vos vas a ir a tu casa y yo a la mía.

—Si eso te hace sentir mejor, gritame. Enojate. Decime lo que quieras. Igual, contás conmigo.

—¿Estás seguro de que el de los llamados no sos vos? Parecés bastante obsesionado. —Me cruzo de brazos. La mejor defensa es un buen ataque.

—Pienses lo que pienses de mí, la única verdad es que me interesa tu bienestar. Es importante que estés segura y tranquila.

Su gesto serio me abruma.

—¿Gracias? —respondo incómoda queriendo desaparecer.

No estoy acostumbrada a tener un hombre preocupándose por mí de esa manera.

Y de ninguna otra.

—Somos amigos. Eso es lo que hacen los amigos. Es... No puedo creer que terminaras todo ese helado.

—No puedo creer que solo pidieras una misia bolita de helado de limón.

—No soy fan del helado. —Ante mi gesto de estupor se encoge de hombros restándole importancia—. Algunos somos así. ¿Le preguntás a tu mamá, por favor?

Su mirada atenta y la manera en la que acepta mis contestaciones fuera de tono me hacen sentir culpable de haberlo cargado con mi problema.

—Hoy no me tocaba hablar con ella. —Puchereo.

Veinte minutos después, durante los cuales caminamos sin rumbo, logro cortar sabiendo que mi mamá no me llamó ni le dio mi número a nadie.

—Confirmamos que no era —dice señalándome una caca de perro para que la esquive, tal como hizo con todos los obstáculos que encontré en este

ratito—. ¿Qué hacemos?

—Necesito papas fritas.

—Perfecto. Decime adónde ir.

Estamos en silencio sentados frente a frente. A él le queda poco menos de la mitad del bife de chorizo que pidió y yo estoy a punto de terminar mi porción de papas fritas... y considerando si pedir otra o robarle algunas de las que acompañan su plato.

No es necesario que siga elucubrando, ya que las empuja hacia mí obteniendo una sonrisa agradecida como recompensa.

—Me gusta verte sonreír.

Entonces me sonrojo.

—Voy a escribirle a las chicas.

Asiente con orgullo y algo en mí se entibia.

En el intercambio de mensajes confirmo que ellas no fueron y tampoco se les ocurre quién puede ser.

—No saben nada —digo con resignación.

—Era una duda que tenías que despejar. Ahora te queda averiguar en el trabajo.

—Mañana pregunto.

—Gracias por acompañarme —me despido al llegar a la puerta del edificio.

—Es lo que hacen los amigos.

—Sí, somos amigos. —Me sorprende al darme cuenta de que es cierto—. Cuando estuve en tu casa no me porté bien. Decir lo que dije... en esas semanas nosotros pasamos juntos bastante tiempo hablando de todo y yo lo reduje a... —Frunzo los labios decepcionada de mí misma—. Me gusta estar con vos. También podés contar conmigo.

—¿Hasta dos o hasta diez?

No sé si hasta diez o hasta diez millones.

—De verdad aprecio que me hayas obligado a enfrentar esta situación.

—Es lo que hacen los amigos. ¿Querés que me quede con vos esta noche?

—No es necesario.

—Ok. Si cambiás de idea, llamame. ¿Me podés dar un abrazo?

—¿A qué viene eso?

—A menos que estés distraída, te incomoda que el abrazo lo inicie yo.

—Yo no... —Al final me pierdo entre sus brazos. Tiene apoyados los labios en mi cabello y no recuerdo haber sentido antes esta certeza de protección.

Pareciera que rodeada de ese hombre nada malo pudiera alcanzarme.

Con un suspiro hondo vuelvo a despedirme.

—Gracias por estar para mí.

—Para cualquier cosa que necesites; a cualquier hora. Contá conmigo.

Y así retomamos nuestra amistad.

Capítulo 20

Hoy confirmé que Gustavo tampoco es el de los llamados.

Durante la cena pude colar el tema en la conversación y, además de contarme que no tiene teléfono fijo, me explicó por qué mantener el mío es una pérdida de tiempo y dinero.

Camino a casa, arrullada por la música que suena en la radio, miro sin ver por la ventanilla.

No sé quién de los dos se sorprendió más cuando un jueves después del trabajo me invitó (de nuevo) a tomar algo y acepté.

Desde hace unos meses trabaja en el área de sistemas del estudio y me atrajo que tenga sentido del humor; un poco tosco para mi gusto (probablemente influya que está rodeado de hombres todo el día) pero se ríe hasta de sí mismo: es más bajo que yo (de mi yo con tacos, hablando con propiedad), y dice que si enderezaran sus piernas chuecas ganaría los centímetros que le faltan para arañar el metro ochenta.

No voy a desmentirlo, pero dudo que pueda superar el metro setenta y cinco.

Su aspecto general es poco amenazante: barba recortada, ojos oscuros, cabello castaño y ondulado. Tiene cara de bueno y es de los que pasan desapercibidos, sobre todo porque escucha más de lo que dice, (aunque de su auto y de tecnología sí habla bastante). Vive solo, no le gusta mucho salir y prefiere mirar películas.

Hoy nos besamos un rato y se puede decir que estuvo bien. Básicamente, cumple con mis expectativas como prospecto de pareja.

Sobre todo después de comentar que quiere dejar de perder el tiempo y asentarse.

Me trae a la realidad mi celular sonando insistentemente: es una seguidilla de mensajes de Cristian diciendo que me extraña, que tiene ganas

de que pasemos tiempo juntos y va subiendo de tono hasta detallar los beneficios que voy a obtener si retomamos la parte de los derechos...

Sonrojada, le contesto que mis no son no y una catarata de muñequitos, caritas y videos tristes reemplazan sus ofertas de placer garantizado.

—¿Una amiga? —pregunta Gustavo mirándome de reojo.

—No, un amigo con muchos pajaritos en la cabeza. —E imaginación. Y algún que otro ratón.

—Que te hace reír.

—Sí, hasta cuando no tengo ganas.

—¿Se conocen desde hace mucho?

—Un montón de años. ¿Vos tenés amigas? —Cambio el foco de atención.

—¿Mujeres? Algunas conocidas, pero nada más. Tengo solamente dos amigos de toda la vida.

—Cristian, así se llama, es mi único amigo hombre... —No me tiembla la voz porque es cierto—. Tampoco tengo muchas amigas. Conservo el mismo grupo desde el colegio.

—Es difícil dejar entrar gente nueva. Y ya te lo dije antes, me sorprendió mucho que ese día aceptaras mi invitación. Desde el principio me pareciste muy inteligente y atractiva, es fácil estar con vos.

—Yo también me sorprendí. —Sonrío—. Y estoy contenta de haber aceptado.

—¿Querés venir el domingo a cenar a mi casa? Me gustaría mostrarte la colección de documentales que te comenté y, de paso, vemos el del océano.

—Sí, me gustaría —respondo con el celular sonando en mi mano.

Intercambiamos algunos besos más de despedida que también están bien.

Creo que esto puede funcionar.

Y tengo que hablar con Cristian.

Luego de sacarme los zapatos, la ropa, el maquillaje, darme una ducha rápida y prepararme un sándwich, ya que en las citas no me gusta comer demasiado, me acomodo en el sillón y llamo a Cristian para repetirle que no vamos a volver a acostarnos.

—¿Venís o voy?

—Ni una ni otra. Llamaba para decirte que no me mandes más mensajes picantes. Es... —Suelto el aire—. Incorrecto.

Silencio.

—¿Cómo se llama?

—Gustavo —Podría hacerme la desentendida, pero no tengo ganas.

—¿Tuviste orgasmos con él?

—No.

—Solamente conmigo, ¿eh? Es que vos y yo tenemos una chispa que...

—No me acosté con él —interrumpo su perorata—, todavía.

—¿Cuándo...?

—Probablemente el domingo. Me invitó a su casa —respondo mientras un trozo de pan casi se va por el lugar equivocado.

—¿Qué estás comiendo?

—Nad... —Carraspeo—, un sándwich.

—¿Tan fea era la comida?

—No como en las citas.

—Pero... nosotros...

—No tuvimos citas.

—Bueno, como digas —contesta sonando incómodo. Sin motivos, dicho sea de paso—. ¿Y respecto a los llamados?

—No es él.

—¿Te hizo alguna sugerencia? ¿Recibiste algún llamado más?

—No le conté. No surgió la oportunidad. —Y tampoco revisé el contestador.

—Pero...

—Hablamos en general... y le parece obsoleta la telefonía fija. Le sorprendió que mantenga una línea.

—Ahhhh... un boludo importante.

—Cristian... —le digo en tono repreensivo.

—Mientras a vos te guste... Igual, nosotros podemos ser amigos, ¿no?

—Creo que podemos. Siempre y cuando te comportes.

—Voy a ser el mejor amigo que alguna vez pudiste tener. Vas a convertirte en una defensora de la amistad entre el hombre y la mujer, vas a ponernos de ejemplo y decir...

—¡Cristian! —lo interrumpo.

—Bueno, con que seamos amigos me alcanza.

—No dudo de eso.

—Siendo honesto, de eso dudá un poco. Pero no dudes de mí. Un beso, soñá lindo.

—Otro, vos también —me despido negando con la cabeza al no poder definir cómo me siento al respecto.

Capítulo 21

—Quiero que sea lunes, quiero que sea lunes, quiero... —canturreo revisando mi vestidor.

Daniela me contó que puedo pedir que deriven las llamadas del teléfono fijo a mi celular, así que voy a poder increpar a quién me está molestando. ¡Todo lo que le voy a decir! Le voy a sacar las ganas de hostigar a la gente. No veo la hora de que sea mañana.

Por lo pronto tengo que decidir qué ponerme. En el top tres de lo mejor de ser mujer la posibilidad de elegir entre toda la variedad de prendas disponibles, la adecuada para marcar el tono de la ocasión, probablemente esté peleando el primer lugar.

Estoy predispuesta a avanzar, así busco ropa que me dé confianza. Falda campana estampada y una musculosa cruzada en la espalda. También tacos, faltaba más.

—Estás muy linda. Bienvenida a mi casa —dice Gustavo.

Su mirada apreciativa hace que me felicite por la elección.

—Gracias. ¡Qué televisor tan grande!

—Me gusta mucho la tecnología. Pero pasá, ponete cómoda.

Sin dudar, me hundo en un sillón enorme que invita a quedarse horas ahí.

No tiene demasiados muebles y se nota que en la elección pesó más el confort que el sentido estético.

Mientras observo alrededor, se acerca trayendo una bandeja con aperitivos y dos cervezas.

Pierde un punto por ni siquiera haber preguntado qué prefería tomar.

—En un rato pedimos la cena, ¿qué tal tus cosas? —pregunta.

—Bien. Aprovechando lo más posible estos días de sol. ¿Vos?

—Muy contento. Reconfiguré el *router* para mayor velocidad y optimicé el rendimiento de los equipos. Es una tontería, pero lo venía postergando y ahora que lo hice se nota mucho la diferencia.

—¡Qué bueno! —Asiento con cara de entender de qué está hablando.

—¿Querés ver el documental ahora?

—Como quieras vos.

—O después de cenar...

—O podemos verlo cenando, también.

Si vamos al caso, estamos evaluando todas las opciones posibles.

—Sería incómodo. Mejor lo vemos ahora, así podemos comentarlo después —agrega pasándome un par de lentes 3D.

Se acomoda a mi lado y unos minutos después me siento parte de ese océano increíble que muestra la pantalla.

—¡Me encanta! Qué maravilla todos esos colores. ¡Cómo me gustaría bucear alguna vez!

—Yo nunca bucé en el mar, pero tengo un dispositivo.

—No entiendo, ¿en un lago entonces?

—No, con el visor.

Al notar mi incomprensión pausa la imagen y, quitándose los lentes, me observa con seriedad.

—No soy un *freaky* de la tecnología. —dice tirándose de la barba.

—Bueno.

—Me gusta estar actualizado y disfrutar de las novedades —aclara acercándose a una estantería.

—Claro, como yo con la ropa y los zapatos.

—Sí, algo así —responde dudoso.

Estoy casi convencida de que contestó de esa manera para no llevarme la contraria. Tal como hice yo, reservándome mi opinión sobre las cervezas que trajo sin preguntar.

Olvidándose de todo, maniobra concentrado con una especie casco que tiene lentes y anteojeras.

—Listo —dice después de algunos minutos de silencio en los que me dediqué a mirar el techo—. Acercate.

Aunque no sé qué esperar al usar el visor de realidad virtual (porque eso es lo que es), definitivamente; bucear no.

—¡Me mareo! ¡Qué cerca pasó ese tiburón!

Escucho su risita y la sugerencia de sacarme los zapatos para afianzar los pies. Probablemente me vea bastante ridícula moviendo las manos y caminando a ciegas.

—Es buenísimo. ¿Tenés otro? ¿Podemos hacerlo juntos? Así charlamos mientras tanto.

—No, tengo uno solo. ¿De qué querés charlar?

—De lo que vemos. Siempre me pareció que lo peor de bucear debe ser no poder contarle al que tenés al lado lo que te llama la atención. —Estiro la mano hacia un coral que obviamente no puedo tocar y decido que tuve suficiente.

—Creo que hay un lenguaje de signos y se puede escribir.

—Qué triste. Imaginate querer decirle a alguien «mirá las rayas de ese pez, ¿no te hacen acordar a...?» Bueno, a lo que sea. Pero se entiende la idea, ¿no?

Asiente con una sonrisa que traspasa su barba.

—Me gustó mucho bucear a tu manera. Mirame, ni siquiera me despeine.

—Te miro. Estás linda. —dice acercándose a mí y quedando frente con frente.

—Vos tampoco estás mal.

Sonríe con su cara de bueno y me besa un poco.

Si bien la noche transcurre divertida, siento ansiedad por el paso que vamos a dar y picoteo la cena anticipando ese momento temido y deseado. Es

que quiero una pareja, una familia, hijos... y disfrutar del proceso.

De vuelta al sillón traigo dos chocolates xl y dos paquetes de confites chocolatosos.

—Me da alergia el chocolate.

—¿Cómo no me dijiste antes? Acabás de matar nuestra relación. — Pongo una mano en mi pecho—. Amo el chocolate. No tengo mascota, pero si tuviera, probablemente amaría al chocolate por sobre mi mascota.

—Nuestra relación va bien. Vos podés comer, a mí no me molesta. Lo único que te pido es que, si vas a darme un beso, antes te laves los dientes.

—Qué difícil todo —contesto alejando de mí la tentación.

—No es tan difícil —dice acercándose para besarme.

Y así es que el calladito, como quien no quiere la cosa, empieza a meter mano.

Mucha mano.

Demasiada mano.

Y todo lo demás.

Parece que voy a volver a fingir el orgasmo.

Capítulo 22

«¿Estará durmiendo profundamente?» Me pregunto mirando al techo y llegando a la conclusión de que el sexo no estuvo tan mal. Aunque no pude acabar, el proceso fue placentero y tuvo sus momentos.

«¿Mejoraremos?»

No sé para qué me gasto en el plural. Si me guio por su sonrisa relajada, no creo que él tenga quejas.

A lo lejos suena mi celular y me apuro en ir a atender antes que Gustavo se despierte.

Es un mensaje de Cristian diciendo que no dude en avisarle antes de ir a la comisaría, que quiere acompañarme.

Estoy tipeando la respuesta cuando entra su llamado y no me queda más que responderle.

—Cristian.

—¡Ey! Que yo no te hice nada, no me ladres.

—Perdón, no quise —respondo encerrándome en el baño.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Repaso en el espejo mi gesto decepcionado y sacudo la cabeza.

—¿Comiste?

—Poco y nada.

—¿Todavía estás en tu cita?

—Ajam...

—Estás con él.

—Algo así —respondo apoyando la cadera en la pileta, harta de mí misma.

—No entiendo.

—Está... dormido.

—Y vos estás de mal humor.

—No.

—¿Fingiste?

No voy a intentar aparentar que no entiendo a qué se refiere; si todos lo sabemos.

—Yo... —respondo dudosa buscando cómo expresar lo que me pasó.

—Tenés que decir lo que te gusta. —Toma mi tono como una confirmación—. Tenés que buscar tu placer. —Resoplo ante su comentario y no me deja defenderme—. Seguro que te dio un par de besos y ya estaba ahí, tocándote directamente. Corregime si estoy equivocado. ¿Qué vamos a hacer? No te gusta de esa manera, sos muy sensible...

—Nosotros no vamos a hacer nada.

—Todavía lo seguís viendo como... ¿Cómo era? ¿Pareja potencial? ¿O queda descartado?

—Podemos mejorar.

—Claro, claro... pero tenés que decirle cómo te gusta. Ponete juguetona, mimosa o dominante, pero aclaráselo. No te gusta mucho tiempo de estimulación directa; sos hipersensible, así que eso lo tiene que dejar para hacerte explotar. Tiene que tentarte, no ir directo a ese punto e insistir. Da mejor resultado evadirlo, sobrevolarlo... hacértelo desear, pedir. —Para qué decirle que no, si sí—. Y si vamos al caso ni siquiera tiene que empezar por ahí a menos que ya te sepa necesítándolo. Te gusta que te rodeen los senos... —Ante mi risita tonta se detiene—. ¿Qué?

—Dijiste senos, no dijiste te... Bueno, dijiste senos. —Vuelvo a mirarme en el espejo, casi juraría que estoy sonrojada.

—Te gusta que jueguen con tus senos. —Continúa sin inmutarse—. Y te gusta más cuando te resulta imprevisible, con intensidades diferentes: si está estimulándote profundamente uno con la boca, con el otro tiene que ser suave. Tiene que sorprenderte. Cuando estás a punto te gusta que tiren de los pezones. Pero el clítoris se deja casi para el final, cuando estás mojada y jadeante. ¿Belén?

—Esta conversación está mal. —Trago saliva intentando ignorar el latido errante de mi corazón.

—Necesitás tener estas conversaciones. Dejalo que te descubra, pero ayudalo a que encuentre en qué lugar exacto del cuello vibrás o en qué postura acabás mejor... Que atrás de las rodillas tenés cosquillas y los lóbulos de tus orejas son muy receptivos. Me encantaría decirte que solo conmigo vas a tener orgasmos. Pero te mentiría, y no es mi intención. ¿Estamos bien?

—No sé. —Estoy... frustrada. En realidad estoy excitada, deseándolo a él. A sus manos grandes, al mordisco en la oreja, al vello de su pecho contra mi espalda, al jadeo ronco y el aroma único con algo de chocolate que desprende su cuerpo—. Te tengo que dejar, cualquier cosa hablamos.

Corto la comunicación sin escuchar su despedida. Me lavo la cara y vuelvo a la habitación en la que Gustavo sigue durmiendo. Sentirme como me siento y haber tenido la conversación que tuve con otro hombre en su baño casi cuenta como un engaño.

Y yo no engaño a nadie.

A nadie más que a mí, fingiendo orgasmos.

Me visto en silencio, apenada por esta dinámica que construí en mis relaciones.

«¿Por qué no se dio cuenta de que fingí? ¿Tan buena soy? ¿O no le interesó descubrirlo?»

En algún momento quise decirle que me gustaba de otra manera... ¿qué me detuvo? Si ya sé que no hay nada mal conmigo (respecto a este tema al menos). Hasta tengo un testigo que puede certificarlo.

Despierto a Gustavo para avisarle que me voy y, en una actitud bastante decente, se viste y me acompaña hasta el auto besándome mucho y bien a modo de despedida.

Cuando me sugiere quedar otro día le digo que sí, decidida a darnos una nueva oportunidad.

Capítulo 23

Descubrir a Lucía en vestuario del gimnasio cambia mi humor; hoy no pude tomarme ni diez minutos. Ni siquiera encontré un momento para pedir el desvío de llamadas al celular... ¡si hasta almorcé sentada frente al escritorio con el monitor de compañía! Él y un montón de carpetas para revisar y firmar.

Empiezo a cambiarme sin interrumpirla ya que parece muy concentrada en la conversación que mantiene por teléfono.

Tanto, que ni me sintió llegar.

—Yo sé... —Escucha con atención—. Está perfecto. —Suspira y creo percibir una sonrisa—. Te amo, Pipi. Nos vemos en un ratito.

—¿Pipi? ¿!Pipi!? —exclamo con la mano apretada contra el pecho—. Por favor, decime que Pipi no es un señor morocho de ojos claros un poco más alto que yo... No, mejor no me digas nada.

Lucía se pone del mismo color cobrizo que su cabello. La timidez que exhibe al verse descubierta me divierte.

Y aumenta mis ganas de molestarla.

—Por favor no le digas a nadie del apodo.

Me apoyo contra un casillero y mirándola fijo exijo detalles:

—Pipi, no pipí.

—¡Belén! —dice con un mohín molesto—. Sí, Pipi. Le digo Pipi.

—¿Por el pajarito o...?

—¡Basta, Belén!

—¿Cómo puede ser que no nos hayamos enterado antes?

—Nadie lo sabe.

—Nadie lo sabía —la corrijo estudiándola especulativamente—. Hasta ahora.

—Absolutamente nadie... hasta este momento. Ahora lo sabés vos.

—Bueno, podría ser peor —digo en actitud superada.

—Claro, se lo podrías contar a las chicas y que se burlen de mí hasta la eternidad. —Aprieta los labios en un puchero.

—No hablaba de eso. Pensaba que podrías haber decidido decirle Popó o peor: ¡Pupú!

Aunque quiere evitarlo, se ríe a carcajadas conmigo.

—Estás mala mala... ¿Qué puedo hacer para que no me delates?

—Me vas a deber un favor enorrme que me voy a cobrar en cualquier momento.

—Hecho —refunfuña—. ¿Pediste el desvío de llamadas?

—No tuve un minuto en todo el día, ni siquiera salí a almorzar. Vine para despejarme, no quiero hablar de eso —me justifico.

—¿Cómo estuvo todo ayer? —pregunta negando con la cabeza.

—¡Chicas! Si no se apuran, vamos a empezar sin ustedes —nos amonesta la profesora desde la puerta del vestuario impidiendo mi respuesta.

—¡Ufa! Pedro viene a buscarme después de la clase para ir a cambiar el regalo de cumpleaños del padre así que no me puedo quedar para que me cuenten.

«Salvada por la campana».

Luego de ducharme, emprendo la vuelta a casa más despejada. Un poco por el ejercicio y otro poco por la compañía: con Lucía solíamos tomar juntas esta clase de Pilates, pero nuestros horarios dejaron de coincidir desde que retomó la universidad y extrañaba la complicidad... no tanto sus preguntas.

Perdida en mis pensamientos, al entrar al *lobby* del edificio me sorprendo al descubrir, sentada en el extremo de uno de los sillones, a la última persona que esperaba volver a ver alguna vez: la esposa de Diego.

Capítulo 24

—¿Belén? ¿Te acordás de mí? Soy Nadia. —Se acerca a mí.

—Sí claro, ¿cómo estás? ¡Qué casualidad verte acá!

—Es que te estaba buscando. Necesito hablar con vos. Si podés, obviamente. Ahora o cuando te quede mejor —agrega frotándose las manos—. En cualquier momento. Vos me decís hora, lugar y vengo. O voy adónde digas —continúa sin respiro—. No conozco mucho porque no soy de acá, pero me voy a arreglar. ¿Podemos charlar?

A medida que se atropella con las palabras sus nervios parecen aumentar, llegando al punto de hacer un nudo con la manga de saco enorme que usa.

—¿Querés subir?

—¿Ahora? ¿Ya? Sí, gracias. Eso sería bueno. Gracias por ser tan amable.

—No es nada.

En el ascensor la observo con disimulo. Tiene una cartera grande y usa zapatos bajos (si mal no recuerdo, las zapatillas solo son adecuadas para hacer deporte), pantalón holgado negro, remera de manga larga y un saco sin forma. Lleva recogido su cabello oscuro y no usa maquillaje. Insegura, crispada, con ojeras y la mirada apagada. Parece triste, asustada y atenta a todo.

Mi corazón se encoge.

Ya estuve ahí, ya me fui de ahí. Nadie se merece estar así.

—¡Epa! qué...

—¿Blanco? —Completo la frase por ella al notar que se cohíbe de terminar la idea cuando entramos al departamento.

—Blanco y limpio.

—Sí, no hay manchas traicioneras que aparezcan en el momento menos indicado.

Intercambiamos miradas de conocimiento.

Y dolor, para qué negarlo.

—Sentate, ¿quierés tomar algo?

—No, gracias. Sos muy amable por recibirme así de improviso, seguro no esperabas volver a verme... ¿o sí?

—En realidad no; creí que Diego seguía en San Luis. Hace muchos años que no sabía nada de su vida. ¿Pasó algo?

Se retuerce las manos mientras sus ojos vagan por el living buscando el valor para decirme qué necesita.

—Hasta el día en que nos encontramos en el centro comercial yo no sabía que él había estado casado. Vivíamos en San Luis; yo soy de allá, pero... bueno... mi familia... Viste cómo son las familias... Así que él decidió que era mejor que nos mudáramos acá, a la casa que era de su mamá.

—¿Hace mucho? —pregunto más que nada para darle un momento que le permita ordenar sus pensamientos. Es extraño sentir esta conexión con alguien que alguna vez viste un minuto, pero sé que lo necesita.

—Puede parecer mucho, pero no: vinimos a fines de octubre del año pasado. —Sentada en el borde del sofá, estruja con sus dedos la tela del pantalón a tal punto que sus nudillos están blancos.

—No tendría que haber reaccionado así cuando lo vi; fue más fuerte que yo, te pido disculpas. No quise molestarte o causar algún problema.

—No me molestaste. Fue revelador verte ahí parada. Tan fuerte, tan... no sé. Y lo que le dijiste...

—¿Por qué querías hablar conmigo? No me digas que él también va a venir. —Recién ahora caigo en la cuenta de que si ella está acá, Diego no debe estar lejos. Tendríamos que estar en un lugar público. ¿Cómo se me ocurre permitirle la entrada a mi casa? ¿Cómo me puse de vuelta en una situación vulnerable? A medida que mis miedos aumentan, pareciera que los suyos también.

—Él no sabe que vine. Estamos... separados —balbucea.

—¿Cómo me encontraste?

—Yo... pregunté en la parroquia. Me dijeron que eras contadora, también tu apellido y te busqué en la guía. Estuve llamando, pero no me animaba a hablar.

—¿Llamabas y cortabas?

—Sí, disculpame. Es que no sabía cómo preguntarte por teléfono si podíamos vernos. ¿Qué pasaba si no me dabas la posibilidad de explicarme?

«Misterio de las llamadas anónimas resuelto».

Aunque sus palabras rezuman miedo, también muestran decisión y respeto eso.

—Sigo sin entender por qué necesitás hablar conmigo. Ese día tuve un arranque, no debería haber dicho lo que dije. Si es por Diego, quedate tranquila que no tengo intenciones de volver a verlo en mi vida. Es más, si me lo cruzara lo ignoraría; él no merece un segundo más de mi tiempo.

—No es eso. Es que quería preguntarte. Él... —Respira hondo, suspira, junta valor. Suelta la bomba—: ¿Alguna vez te pegó?

Capítulo 25

Respiro, suspiro, junto valor.

—¿Importa? Por lo que decís, ya lo dejaste y eso es lo principal.

—Sí, eso es lo principal —murmura repitiendo mis palabras—. Quizás la pregunta es muy personal, pero a mí sí me pegó y necesito asegurarme de que no fue mi culpa. La psicóloga del refugio dijo que no lo fue, pero pensé... no importa. —Sacude la cabeza y sus hombros se hunden.

—Yo no hablo de lo que pasó. Con nadie —agrego frotándome la muñeca—. Pero te puedo asegurar que no es tu culpa. Es él que actúa mal. No vos... o yo, si vamos al caso.

El silencio entre nosotras está cargado de recuerdos y dolor.

—No fue mi intención molestarte, te agradezco que me hayas recibido —dice, más apenada de lo que llegó, levantándose del sillón.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Gracias, no es necesario. Nos estamos quedando con mi prima y estamos bien. Voy a sacar a mis hijos adelante. Sé que puedo —agrega para sí, pero la escucho—. Tengo que renovar la orden de restricción de acercamiento y quería hablar con vos antes de hacerlo. Quizás exageré o fue mi culpa o... no quiero que Diego tenga problemas; es el padre de mis hijos.

—¿Orden de restricción?

Se sonroja y esquiva mi mirada.

—Es que los vecinos llamaron a la policía al escuchar los gritos... hasta vino el patrullero y él... se fue. Pero después, cuando volvió, todo se puso peor. No me quedó más remedio que confirmar la denuncia y pedir la orden porque terminé en el hospital. Quizás volví a provocarlo, no lo sé. —dice agachando la cabeza y estirándose las mangas.

—¿Volviste a provocarlo?

—El día que te encontramos en el centro comercial... Cuando llegamos

a casa le pregunté por vos y me dijo que no quería hablar de eso. Lo ignoré y seguí insistiendo, y y y... —Se sonroja—, me calló como mejor sabía. Pero yo seguí y seguí. Fue culpa mía que se enojara tanto.

Suena convencida. Suena como sonaba yo.

—No fue tu culpa, él...

—Tendría que haberme contado que era divorciado, lo sé. Nosotros nos casamos cuando quedé embarazada y por eso no tuvimos una ceremonia por iglesia, eso fue lo que dijo y después buscó una excusa y otra. Bah, excusas. Decía que no, que así estábamos bien y listo; ahí terminaba el tema.

Trago con fuerza y la saliva no me pasa a causa del nudo que tengo en la garganta. La maltrató por mi culpa. Porque no supe tener la boca cerrada, porque no quise ignorarlo. Tengo tantas culpas que no entran en mí.

Soy hija única. Mis padres, en los términos de esa época, me tuvieron «de grandes» y me sobreprotegeron mucho.

Tenía alrededor de doce años cuando empecé a ayudar a mi papá en su estudio contable. Siempre me encantaron los números y tuve facilidad para cuadrarlos, así que ser contadora pública casi formaba parte de mi ADN.

Aunque no había un mandato familiar para que siguiera sus pasos, sí lo había respecto a formar una familia fundada en los principios católicos, apostólicos y romanos. Decir que estaban muy apegados al credo es quedarse corto.

Fui bautizada, tomé la comunión, la confirmación... y hasta por iglesia me casé.

A los diecisiete años conocí a Diego. Él tenía veintiuno, trabajaba con su papá y todos los sábados coincidíamos en la parroquia. Empezamos a pasar tiempo juntos y me gustó que tuviera tan clara la manera en que tenían que ser las cosas.

No solamente sus cosas, sino todo. Yo incluida.

Cuando nos hicimos novios empezó a fijarse en la ropa que usaba; teniendo en cuenta mi educación ni siquiera eran prendas estampadas, cortas, ajustadas o escotadas. Él ayudó a completar mi estilo: todo tenía que ser

largo, amplio, en colores neutros y sin forma. Entre otras cosas, le molestaba que lleve el cabello suelto, que me ría fuerte o exprese mis opiniones.

La primera vez que dijo quererme fue... «memorable». Yo estaba hablando con un compañero del grupo juvenil cuando de malos modos me alejó de él e hizo una escena de celos.

Me explicó que actuaba así porque me quería. Me quería mucho.

A esa escena de celos siguieron varias más, además de las restricciones cada vez más severas acerca de qué usar, cómo actuar o con quién compartir mi tiempo.

Pero todo tenía sentido, él era mayor, experimentado y tenía las cosas muy claras.

Él sabía lo que era lo mejor para mí.

Cuando terminé el secundario ya no tenía tan claro si quería ser contadora, maestra o astronauta. Solamente quería formar una familia con él, pero empecé el curso de ingreso a la universidad para mantener intacta la ilusión de mi papá: lo enorgullecía que siguiera sus pasos.

En abril de ese año nos casamos.

Estaba convencida de que al pasar la mayor parte del tiempo juntos discutiríamos menos. Él sabría con quién estaba, dónde y podría controlarme mejor.

Así de tonta era.

También me casé porque quería ponerme un vestido blanco enorme y quería hacer el amor... pero no quería ir al infierno por eso.

Me sentí bastante decepcionada la primera vez, la segunda y todas las siguientes.

Su control sobre mí se intensificó. Ya no solamente me decía cómo vestir, a quién ver y cómo ser, sino que controlaba el dinero que gastaba y cómo pasaba mi tiempo; hasta hizo un cronograma con las tareas del hogar.

Podría haber sido feliz teniendo a alguien que dirigiera mi vida tan bien, pero él nunca estaba conforme con los resultados que obtenía.

Aunque abandoné la universidad, y cualquier indicio de personalidad, seguí ayudando a mi papá en su estudio tres mañanas por semana.

En algún momento de nuestra relación, para llamarme la atención, empezó a golpearme con los nudillos en la cabeza y no me parecía mal...

Aunque el día que Lucía nos vio de casualidad y me preguntó al respecto, le mentí diciendo que era la primera vez.

Es que yo no hablo de esto.

De ahí a los cachetazos no tardó mucho tiempo, pero tampoco eran tan graves. Sobre todo porque después él se arrepentía mucho y, por un tiempo, todo iba como seda.

Tres años más tarde estaba atrapada sin ver una salida posible. Como referentes de la parroquia resultaba impensable separarnos y tampoco tenía adonde ir; mi mamá no me iba a recibir en su casa «la gente se casa para lo bueno y para lo malo», me dijo una vez «y ni creas que tu padre te va a apoyar», sentenció luego. Y yo le creí. Había perdido contacto con mis amigas y no ganaba el dinero suficiente para mantenerme sola.

A fines de ese año recordé que la universidad tenía un programa virtual por medio del cual podría continuar mi carrera de contadora pública a distancia. Solo los finales se rendían en forma presencial; clases, debates, trabajos prácticos y demás requisitos para llegar a esa instancia se cumplimentaban por internet. Como ex alumna tenía un descuento importante en el precio, así que pasé parte del cuarto año de mi matrimonio ahorrando todo lo que podía.

Desde siempre, además del sueldo, mi papá me daba plata «extra». Era para que la guarde o gaste como quiera sin tener que darle explicaciones a nadie; era una especie de secreto entre los dos y siguió de esa manera.

Me resultaba fácil llevar al día las cursadas y los trabajos prácticos. El problema era escaparme a dar los exámenes.

Muchas cosas perdí en esos años, sobre todo la autoestima, pero tuve la necesidad de saber que algo de mi mente quedaba fuera del alcance de Diego. Que no era estúpida o una nena de papá. Además, consideraba que sin independencia económica no iba a llegar muy lejos.

De todo dudaba: abría el *placard* y no sabía qué ropa usar. Como si en esa variedad de prendas amorfas grises, negras y marrones hubiera demasiadas opciones. Y así con lo demás. Qué cocinar, qué comer, qué pensar. Con todo excepto mi trabajo y mi carrera.

En algún momento traté de hablar con mis padres acerca de lo mal que me sentía con toda la situación. No les conté específicamente que me daba esos cachetazos «de nada» o que algunos de sus arranques me dejaban dolorida durante días. Sí les dije que menospreciaba cualquiera de mis opiniones, ¡ellos habían sido testigos! Me contestaron que «uno se casaba para toda la vida y cuando llegaran los hijos las cosas se iban a arreglar».

No es que tuviéramos mucho sexo, pero tampoco «llegaron los hijos».

Lo que llegó fue la hecatombe cuando Diego recibió un certificado que habían enviado desde la oficina de alumnos.

Tuvo tal ataque de furia que fue al estudio y no se aseguró de que estuviera sola para reclamarme.

Mi papá fue testigo de los gritos; también de cómo me retorció la muñeca mientras me agredía y golpeaba.

Y de cómo los huesos de la muñeca se rompieron en varios pedazos.

Igual que mi vida.

Pero yo no hablo de eso.

Hasta ahora.

Ella se merece la verdad.

Capítulo 26

—No me golpeaba seguido ni lo hacía por algo que pudiera prever. Podía ser porque el piso había quedado mal encerado, me atrasaba diez minutos... o alguien me hablaba y yo contestaba. Después de eso llorábamos, me decía que no era su intención actuar así y durante un tiempo era todo amor. ¡Me traía flores! Me ayudaba con las tareas de la casa, no tomaba represalias si... no sé, el carnicero me sonreía de más.

Cada una de mis palabras tiene como correlato un gesto afirmativo de Nadia.

—¿Lo denunciaste?

—No. Perdón, no. La última vez me lastimó mucho y me quebró la muñeca. La recuperación fue complicada, tuve varias operaciones y ni siquiera quedó del todo bien. —Desvió la mirada—. Lo único que quería era no volver a verlo. Mi papá, a cambio de no denunciarlo, arregló con su familia que se aleje de mí. Nos divorciamos y ahí quedó todo.

—Se mudó a San Luis... y años después lo conocí yo.

—Perdoname. Si lo hubiera denunciado, quizás...

—Quizás sí, quizás no. —Suspira cansada—. Pero no tendría a mis hijos y ellos lo valen todo.

—Te vi con un nene y un bebé.

—Sí. —Se le ilumina la mirada—. Lara tiene seis meses y Diego dos años y cuatro meses.

—¿Ellos cómo están?

—La bebé podría considerarse nómada —dice con un intento de sonrisa—, tenía poco más de un mes cuando vinimos a Buenos Aires. Al tiempo fuimos al refugio, luego a la casa de mi prima y quién sabe adónde iremos después. Dieguito no habla mucho pero está bien. Todo es una aventura, le encanta la gente y la atención. No extraña demasiado al padre; es que tampoco compartían demasiado, yo tenía miedo y...

Se le quiebra la voz y algo de mí también se quiebra.

—¿Estuvieron en un refugio?

—Unos días, hasta que la orden de restricción se hizo efectiva. Por seguridad, más que nada.

—Lo siento mucho.

—Yo también, pero elegí y me salió mal, ¡qué se va a hacer!

—¿El resto de tu familia?

—Tengo un hermano mayor en San Luis. Él se cansó y lo entiendo. Por eso vinimos a Buenos Aires... —Se aclara la garganta—. Me hizo elegir y lo elegí a Diego. Acá está mi prima que me ayuda mucho, pero también está asustada. Tiene chicos y la situación es complicada. Necesito encontrar un trabajo para poder mantenernos; el problema es que no sé hacer nada y con los trámites y todo... es muy difícil. Todo es muy difícil. —Su voz se va haciendo cada vez más chiquita. Carraspea. Se endereza—. Bueno, no quiero molestarte más. Me alegro de haber hablado con vos. La psicóloga tenía razón, hace bien sacar todo.

—Todos somos diferentes, pero sí: alivia. Sos la primera persona fuera de mi familia más cercana que tiene una idea de lo que me pasó. Lamento mucho toda la situación y cualquier cosa...

Suena su teléfono y su cara se transforma mientras se deshace en disculpas.

—¿Algún problema? —pregunto preocupada.

—Era mi prima, dice que hasta hace un rato Diego estaba dando vueltas con el auto por el barrio y, al pasar por el frente de su casa, disminuía la velocidad. No lo vio más y tuvo miedo de que se hubiera cruzado conmigo.

—Te llevo.

—No es necesario.

Vuelvo a insistir y acepta al notar mi gesto decidido.

—Vine en colectivo, no sé cómo llegar —aclara.

—Tranquila, mi auto tiene GPS.

Camino a la casa de su prima llama a la abogada, pero no logra

comunicarse y eso aumenta sus nervios.

Y los míos, tengo un nudo en la garganta y una sensación de culpa que no para de crecer.

Al llegar a la casa, notamos que hay alguien espiando por una ventana.

—Me dijiste que no podía acercarse, Nadia. Vi el auto por casualidad y, como no estaba segura de si era él, me quedé atenta. ¡Pasó varias veces más! ¿Qué hacía si llamaba? ¿Y si quería llevarse a los chicos? Yo también estoy sola —la abruma su prima apenas cruzamos la puerta.

—No te preocupes, Claudia. Yo voy a manejar todo, estoy llamando a mi abogada para saber qué hacer. No quiero meter a la policía a menos que sea necesario. Vos quedate tranquila. ¿Los bebés están bien?

—Ya están acostados. ¿Por qué tardaste tanto? Estas no son horas de estar en la calle. Tenía miedo de que te hubiera pasado algo —agrega volviendo a espiar por la ventana.

—Ella es Belén, la ex esposa de Diego. Te dije que iba a buscarla.

Intento una sonrisa que se queda congelada en mi rostro.

—¡Ahí está! —susurra Nadia conteniendo el grito.

Efectivamente, un auto rojo pasa lentamente por la puerta de la casa y, aunque no distingo el interior, las dos confirman que es el auto de Diego.

—Tengo miedo, ¿y si por hacerte algo a vos lastima a mis hijos? — Claudia se pasea nerviosa delante de la puerta.

A mi lado, Nadia, con la mirada perdida en el piso, parece derrotada.

Es hora de hacerme responsable de las consecuencias de mis actos.

—No se preocupen. Nadia, si querés, pueden venir a quedarse conmigo. El edificio es muy seguro, no se puede pasar del *lobby* sin autorización a menos que vivas ahí y en mi departamento hay doble cerradura. Tengo una habitación extra que pueden ocupar el tiempo que necesiten.

—Gracias, pero no. Yo...

—Gracias, sos muy amable. Les ayudo a juntar lo básico para esta noche así pueden irse rápido. Mañana buscan el resto —interrumpe Claudia.

—Perfecto.

Capítulo 27

Se podría decir que nos estamos adaptando bien.

Vivir con alguien que conocés desde hace una semana (y lo único que te une es un mal recuerdo) en un departamento de tres ambientes en el que las paredes son blancas, los elementos decorativos son frágiles, el piso es de la madera más clara que había en el mercado, los muebles son blancos y el tapizado también; hacerlo con una persona que viene acompañada de dos niños menores de tres años... podría considerarse un desafío.

Aun así, se podría decir que vamos bien.

Definitivamente, la presencia de criaturas rompe todos los hielos.

En un par de días me convertí en «Lelé» y cenar en la cocina con Diego sentado a upa de Nadia y Lara en el cochecito en medio de las dos, en algo habitual.

Su psicóloga le recomendó que ponga en palabras todo lo que siente y parece un buen consejo.

Hubiera estado bien que también le sugiriera poner en palabras qué es lo que necesita: aunque estos días le dejé plata para que compre cualquier cosa que hiciera falta, dudo de que haya gastado en algo más que pañales y leche. Apenas si sale a la calle.

Soy obsesiva con la limpieza pero ella me gana. Mi departamento nunca estuvo tan brillante ni mi ropa tan bien planchada.

Ayer logré convencerla de llamar a su hermano; le dijo que va a divorciarse y que están bien. No le contó que la separación fue en malos términos y que no está en su casa. Tampoco que allí dejó la mayoría sus cosas y las de los bebés.

Menos que Diego no ve a sus hijos desde el día en el que ella terminó en el hospital. No es que la orden de restricción de acercamiento facilite las cosas, pero él tampoco muestra interés. Negó haber sido quién pasaba con el

auto por el frente de la casa de su prima «porque no tenía motivos para hacerlo».

Verla a ella es verme a mí más joven. El cabello oscuro y larguísimo, los rasgos afilados, la delgadez, la actitud. Perdió una sesión de terapia por no pedirme que me quede con los bebés y va de arriba abajo con los últimos resabios de energía.

Tiene un cuadernito en el que anota la plata que le doy y lo que consume en casa. Es tan digna en su dolor que me siento cada vez más responsable.

—¿Qué querés hacer en el futuro? —le pregunto de sopetón dejando el control remoto sobre la mesita.

Los bebés se durmieron y, desde hace un rato, estamos en el sofá buscando qué ver en la televisión.

—Quiero dejar de tener miedo.

—Me imagino. ¿Qué más? —Me rompe el alma que no sepa por dónde empezar—, ¿Te interesa saber qué quiero hacer yo? —Asiente—. Quiero ir de vacaciones un mes sin pensar en lo que estoy gastando. Quiero que me pongan a cargo oficialmente de un par de cuentas que manejo desde hace tiempo y parecen ser de todos y de nadie, pero siempre terminan en mi escritorio. Quiero formar una familia. Quiero querer y que me quieran. Ahora vos.

Se retuerce las manos y mira el techo. Bajaría el volumen del televisor, pero creo que eso la cohibiría más.

—Quiero que mis hijos estén a salvo, que mi hermano me perdone. Quiero que lo de Diego sea un mal sueño. Me gustaría trabajar en una oficina, como vos. Quiero... tener ganas de bailar. ¿Alcanza?

—Tus hijos están a salvo. Tu hermano sabe que diste el primer paso, así que es cuestión de tiempo para se le pase el enojo. Diego no va a ser un mal sueño, pero puede convertirse en el pasado pisado. Si te preparás, podés trabajar en el lugar que quieras. Podés ser lo que quieras ser. —No parece creer en mis palabras—. Lo más complicado es lo de bailar: estaría bien que los bebés no se despertaran, así que la música fuerte queda descartada. —

Desconozco mi versión graciosa aposta—. Además tendrías que hacerlo sola; yo no bailo si no hay alcohol involucrado. —Sonrío y las comisuras de sus labios apenas se elevan—. Volviendo a lo de la oficina, ¿trabajaste alguna vez en una?

—No, nunca. Cuando salí del secundario empecé como vendedora en un local de ropa y al tiempo ascendí a encargada. Controlaba al resto de las chicas, los stocks de mercadería, la caja y ese tipo de cosas. Mi hermano tiene un complejo de cabañas y algunas veces lo ayudé atendiendo a la gente, pero eso no cuenta como experiencia de verdad.

—¡Todo cuenta! Con un poco de preparación para sentirte más segura podrías trabajar de recepcionista. O especializarte en algún programa de gestión... o aprender a liquidar sueldos. Esos puestos siempre tienen demanda.

—En el local organizaba los horarios, los francos; controlaba la puntualidad y la asistencia.

—¿Te interesa profundizar por ahí? —Al ver que asiente continuo—. Yo puedo enseñarte a liquidar sueldos y después buscaríamos la manera de acreditar experiencia... Necesitaríamos alguna guía para asegurarnos de cubrir lo más importante, pero sería un comienzo. ¿Qué te parece?

—Ahora tengo un poco de ganas de bailar.

—Y podés hacerlo sin riesgos. En ese cajón hay auriculares, así que ni siquiera nos vamos a enterar del ritmo que elijas. Yo me voy a acostar. Hasta mañana, que descanses.

—¿Belén?

—¿Sí?

—Gracias por todo.

Despidiéndome con un gesto, voy a dormir.

Capítulo 28

—¿Estás segura de que no te molesta quedarte sola? —le pregunto a Nadia por enésima vez antes de salir con Gustavo.

—No hay problema. Si vamos al caso, tampoco estoy sola.

—Igual me siento mal al dejarte.

—Vos tenés tu vida, ya bastante estás haciendo por nosotros. Además, llevás el celular, ¿no? Cualquier cosa te aviso.

Sin estar muy convencida, hago un último repaso antes de salir: pantalones ajustados, blusa con transparencias. Todo en negro excepto la suela de los zapatos de taco y mis labios pintados de rojo furioso. Busco la campera de cuero y reviso la cartera para asegurarme de que no me olvido de nada.

—Te queda muy bien esa ropa.

—Gracias. Sabés que podés usar lo que quieras del vestidor; aunque sos más delgada que yo, seguro encontrás algo de tu gusto.

—No me animaría.

Parece que vamos a hablar de lo que no hablo; así que vuelvo a dejar la cartera y las llaves del auto sobre la mesa.

—Me llevó un año y pico comprar un vestido que no fuera gris, negro o marrón. El primero con el que me animé era azul con pintitas. Aceptable para los estándares de Diego, ¿no? —Se muestra de acuerdo—. Excepto que tenía escote corazón y la espalda descubierta. —Me río sin ganas ante su gesto azorado—. Fue abrir una puerta que no se cerró nunca más. Ahora compro lo que me parece, del color que me parece, con escote o sin. Adoro entrar al vestidor y encontrar toda esa variedad de ropa esperándome. Y los tacos... Es un camino de ida.

—Paso a paso.

—Ya diste el paso más importante de todos. ¿Alguna novedad de la abogada?

—Tenemos que firmar el divorcio y me quedan por hacer unas pericias psicológicas y físicas. Es un horror.

—Lo imagino. Contás conmigo para lo que necesites.

—Lo sé, gracias.

—Bueno, me voy. Si no cambio de opinión por el camino, vuelvo mañana a la mañana. Hay plata en la mesada de la cocina, tenés mi número de teléfono y el de Gustavo. Creo que eso es todo. ¿Vas a estar bien?

—Sí, andá tranquila. Disfrutá.

—Voy dispuesta a eso.

Y no tiene idea de cuánto.

Con la intención de no esperar demasiado tiempo a Gustavo, manejo con cuidado y llego pasada la hora de nuestra cita.

Una vez en el restaurante, lo diviso sentado en uno de los reservados revisando su teléfono y eso suma muchos puntos: ¡es puntual! Me encanta la gente puntual porque odio esperar... así que siempre llego cinco minutos tarde.

—Bueno, bueno... estás muy linda —dice levantándose de la silla para darme un beso en los labios.

—Vos tampoco estás mal. —Sonrío y tengo que bajar un poco la cabeza para que me bese y me gusta la sensación al enredar mi mano en su nuca. Se ve atractivo con la camisa rayada y el pantalón azul—, disculpá que haya llegado un poquito tarde.

—No es nada. Me alegra que, después de tantas idas y vueltas, finalmente estemos juntos. ¿Qué pasó con tu amiga?

—Nadia. Es de San Luis, se está quedando en mi departamento con sus hijitos. Tiene un nene de dos años y una beba de seis meses.

—Estarás entretenida.

—Ni que lo digas. —Miro alrededor buscando a algún camarero—. Estuve tan en otra cosa que ni siquiera pude enterarme bien de los líos nuevos en la oficina.

—¡Es que hay demasiados!

—¿Ustedes tienen sospechas acerca de quién se está llevando las cápsulas de café? Si esto sigue así van a traer de vuelta la cafetera vieja y ahí vamos a lamentarnos todos—. Amago de explicación dada, cambio de tema en marcha. Bien por mí.

—Nosotros no somos. Yo sospecho de la colorada alta de Auditorías, esa que va con la cartera para todos lados y...

—¡Nooooo! —lo interrumpo—. No se separa del bolso porque cuesta más de mil dólares. Imaginate que lo deje por ahí y lo manchen, lo roben o... no sé, lo ojeen.

—¿Mil? ¿Vos me estás diciendo...? Doy gracias a que todavía no nos sirvieron la cena, sino me atragantaba acá. ¿Por qué alguien gastaría tanto...?

—Porque quiere y puede. —Cruzada de brazos, creo que mi gesto dice más que mis palabras.

—No es un tema del que pueda salir bien parado, ¿cierto?

—Su plata, sus decisiones. Igual, si lo analizamos, de repente se está recapitalizando con cápsulas de café.

—No voy a responder a eso.

—Hombre sabio.

Sonríe orgulloso y seguimos charlando mientras picoteo la cena y él disfruta de la suya (y de la mía también).

—¿Hasta cuándo se queda tu amiga en tu casa?

—No lo sé. Va a tener un lugar conmigo durante el tiempo que lo necesite.

—Con dos chicos... debe ser difícil.

—No creas. Guardamos los adornos que quedaban a su alcance; corrimos los muebles con puntas, como la mesita de centro y tal, tapamos los enchufes...

—¡Tanto lío! Aunque es mejor prevenir que lamentar.

—Es que para ellos es un mundo nuevo; descubrir cada cosa, cada sensación. Diego quiere hacer que todo ruede: no importa si es cuadrado,

redondo o la hermana. Es muy divertido estar con ellos.

—¿Querés tener hijos?

—Sí, obvio. ¿Vos?

—En algún momento. Siempre que quede claro que mis juguetes son míos. Ojo, mis hijos van a tener los suyos —contesta sonriendo.

—¿No compartís?

—No, para nada.

—Me parece que voy a tener que enseñarte a no ser egoísta... Y castigarte en caso de que te portes mal.

—¿Empezamos esta noche?

—Si me invitás...

Me gusta la mujer en la que me estoy convirtiendo.

No solamente porque tengo a Gustavo desnudo recostado contra el respaldo de la cama recuperando el aliento después de recibir su recompensa por seguir paso a paso mis instrucciones; sino porque pude olvidarme de mis reparos, bromear con un hombre, ponerme en una posición dominante, decir qué quiero y cómo lo quiero.

Buscar mi placer... y encontrarlo.

Capítulo 29

—¡Llegué! —anuncio dejando las llaves en el mueble del recibidor y sacándome los zapatos.

Una mini tromba se choca contra mis piernas.

—¡Lelé! El nene no, no, no. —Diego agita su dedito frenéticamente—. Mami, no. El nene bueno.

—Claro que el nene es bueno, Diego no sé si tanto... pero le hace caso a mamá—. Me río subiéndolo a upa y yendo a la cocina.

—Hola, ¿cómo lo pasaste? —pregunta Nadia.

—Bien. Muy bien, en realidad. ¿Qué tal las cosas por acá?

—Tranquilas. Nosotros vamos a la plaza un rato así podés dormir sin interrupciones. No queremos molestar. —Se frota las manos y parece inquieta.

—No tengo sueño y tampoco molestan. Te lo repito: considerá esta tu casa. No me di cuenta de decírtelo antes, pero si querés invitar a tu prima: hazelo. Si querés salir y dejarme los bebés... Lo que sea.

—Preferiría no salir —murmura y sacude la cabeza—Gracias; pero no hace falta, tampoco quiero abusar.

—Diego ni se imagina que están acá, quedate tranquila.

—Sí, puede ser... Estoy cansada de tener miedo. —Frunce los labios y al mirar al pícaro que tengo en brazos aparece un atisbo de sonrisa—. Tuve que trabar las puertas de las alacenas de la cocina porque «el nene» empezó a sacar las ollas. En casa no hacía esas cosas.

—Necesita investigar y mientras no se lastime, está todo bien. Podríamos ir a la tarde a comprar dos sillitas altas.

—No es necesario, me arreglo bien sin ellas.

—Si no las compré ayer fue porque habían demasiadas variables a considerar: el peso, la altura, la sujeción y no sé cuantas cosas más.

Aunque insiste, yo insisto más y claudica al notar que no voy a cambiar de opinión.

—Como quieras, a la tarde vamos y elegimos una. Una sola. A Lara le puedo seguir dando de comer sentada en el cochecito —me explica—. Te lo agradezco, pero no es necesario comprar dos.

—Bueno, vemos —desisto por el momento—. Voy a ducharme y, considerando que todo brilla y no tengo sueño, ya encontraré en qué ocupar mi sábado.

—Si querés, podés venir con nosotros a la plaza —dice atajando a Diego que intenta tirarse de cabeza al piso.

—¿Estás segura? Gracias, me encantaría.

Los bebés se quedaron dormidos luego de almorzar; Diego está en el cochecito y Nadia tiene a Lara en brazos.

—Recién ahora puedo corroborar sin distracciones lo parecidos que son. —El cabello oscuro, sus narices de botón a juego, las pestañas larguísimas descansando sobre los cachetes redondos. ¡Hasta tienen el puñito derecho cerrado!

—Recién nacidos era increíble. Los dos tuvieron el mismo mechón rebelde; no importaba de qué manera los peinara, siempre se paraba. Ahora, aprovecho el de Lara para ponerle hebillitas y a Diego con el pelo corto no se le nota.

—Por lo menos en el futuro, cuando mires sus fotos, vas a poder decir con seguridad quien es quien: si tiene hebillita es Lara, sino es Diego.

Una tenue sonrisa se insinúa en sus labios.

—Anoté los nombres en el reverso de las fotos para asegurarme.

—¡Precavida vale por dos! —Sonríó entornando los ojos hacia el cielo al escuchar el canto de un pájaro.

Sentadas en el jardín del restaurante, todo se disfruta más: el verde alrededor, la brisa que corre y los rayos de sol que juegan entre las ramas.

—Qué gusto estar al aire libre —dice Nadia poniendo voz a mis pensamientos—. Lo extrañaba. En San Luis teníamos un terreno grande con

huerta y jardín y me encantaba ocuparme de las plantas. En la casa de la mamá de Diego había un patiecito de cemento; aunque compré unas macetas, no era lo mismo.

—Y ahora estás encerrada en un departamento que apenas tiene balcón. No sé cómo pedirte disculpas por mi reacción en el *shopping*. Si yo no hubiera abierto la bocota, ustedes...

—No era la primera vez que se enojaba mucho. Hubo un par de episodios fuertes en San Luis, el último fue el que causó que mi hermano me diera el ultimátum. Lo llamaron los vecinos cuando escucharon los gritos y yo negué todo. Intentando taparme el pómulo cortado, le dije que exageraban. Lo peor es que ni siquiera puedo identificar exactamente qué había pasado ese día para que Diego se pusiera así. Ahora entiendo que era cuestión de tiempo que repitiera; porque le pregunté por vos o por otra cosa.

—¿Lo habías dejado antes?

—No, y eso es lo que me hace sentir más estúpida. Siempre pensé que él tenía derecho a reaccionar mal. Por ejemplo: mi papá gritaba mucho, rompía cosas y nos puteaba a todos. Para mí, eso que hacía Diego era la versión exagerada de lo que había vivido en mi infancia. —Toma un sorbo de agua. Carraspea—. Pero creía que nunca me había mentado. Enterarme de que todo el tiempo me ocultó algo tan importante me dolió más que cualquier golpe.

—No sé qué decir. Ojalá de esto salga algo positivo, tenés que ser fuerte por vos y por tus hijos. Alguna vez leí que quienes crecen entre maltratadores tienen mayores probabilidades de repetir la historia. Ya sea como víctimas o victimarios.

—Suená lógico. Para mí, el maltrato verbal, los destrozos y los gritos eran normales; esto me parecía apenas un poco más. Tengo miedo del futuro, de repetir la historia, ¿te costó mucho volver a enamorarte?

—En realidad, nunca volví a enamorarme. Pasé varios años sin siquiera mirar a alguien o permitir que se acercaran a mí.

—Sé a qué te referís: me sobresalto apenas me rozan. —Sus labios se curvan hacia abajo.

—Tenés que darte tiempo. Yo me animé a salir porque quiero una familia, hijos... y para eso es necesario conocer a alguien. Sin grandes

resultados, como podrás observar. Pero me merezco... Corrección: nos merecemos querer y que nos quieran bien. Que nos respeten, se preocupen por nosotras. Nos hagan reír, nos hagan felices. Nos lo merecemos.

Creo que es la primera vez que pongo esto en palabras.

Hay algo que me lleva a ser totalmente honesta con ella; quizás sea el saber que pasamos por lo mismo... y tengo la sensación de que a ella le pasa igual.

—¿Y Gustavo?

—Puede funcionar. Dijo que quiere tener hijos y dejar de perder el tiempo en relaciones que no van a ningún lado. Apenas nos estamos conociendo, nos gustamos; el tiempo dirá.

La conversación no prosigue porque una sonrisa desdentada aparece, cual resorte, reclamando la atención de Nadia.

La plaza en Barrancas tiene, además de los juegos, la pérgola y un sinfín de caminitos, varias escaleras que Diego se encargó de subir y bajar mil veces tomado de mi mano. A él todavía le falta un ratito más de siesta.

Al final, dejamos para otro día la recorrida por el barrio Chino y pasamos el resto de la tarde de compras. Además de las sillitas elegimos ropa, algunos juguetes, cuentos y otras cosas que no por prescindibles son innecesarias.

La noche nos encuentra agotados; mientras Nadia baña a los bebés me encargo de limpiar la cocina. Es la primera vez que comparto todo el día con ellos y debo reconocer que es demandante. Fue revelador observar a Nadia con sus hijos; el amor que les brinda, las sonrisas que saca de no sé dónde para alentarlos, calmarlos y ser su pilar. Por lo pronto, a mí me queda pendiente algo que nunca hubiera definido como un momento que pudiera ser especial y se convirtió en mi parte favorita del día: darle a Lara la mamadera mientras Nadia duerme a Diego.

La tengo en brazos cuando suena el timbre.

Capítulo 30

—¡Cristian!

—¡Epa! ¿De dónde salió esta belleza? No me refiero literalmente, porque me lo imagino...

Me hago a un lado mientras la belleza, con la cabeza metida bajo mi barbilla, lo espía tímidamente a través de sus pestañas.

—Lara, te presento a Cristian. —Lo interrumpo—. Se cree gracioso, ocurrente y... ¿sabés qué? A veces lo es.

Pasamos al living y no me saca los ojos de encima.

—¿Alguna novedad?

—¿De? —pregunto acercando al sillón la manta, el almohadón, la mamadera y todo lo que puedo necesitar para no tener que levantarme una vez que estemos instaladas.

—Lara, los llamados, tus cosas... Vos dirás —agrega ayudándome a acomodar el almohadón.

—Lara es Lara, se está quedando acá con su mamá y su hermano por un tiempo hasta que... bueno, por un tiempo. Yo estoy bien, mis cosas también. Los llamados eran una broma. Sin gracia, pero broma al fin; te lo había dicho.

—No hace falta avisarle a la policía —dice alcanzándome el babero que dejé olvidado en la mesa.

—No. Ya está aclarado, por suerte no corrí ningún riesgo. —No me animo a mirarlo directamente, no vaya a ser que tome esa actitud como una invitación a indagarme.

—Se te da bien —dice señalándonos.

—¿Viste? Igual ella es buenísima, así que no sé si es mérito mío. —El puñito agarrado a un mechón y los ojitos que hacen el esfuerzo de no cerrarse traen una sonrisa a mis labios.

Levanto la vista y detrás de Cristian, que tiene una expresión que no puedo descifrar, descubro a Nadia que está examinándolo con temor.

Tiene sentido, un hombre de casi dos metros puede intimidar a cualquiera.

Por más que ese hombre esté usando una remera con caricaturas y parezca relajado.

—Nadia, vení que te presento a un amigo. Él es Cristian. Cristian, ella es Nadia, la mamá de esta belleza.

—Parecen hermanas —comenta sorprendido observándonos alternadamente.

De sangre no, pero se podría decir que nos hermanan nuestras experiencias de vida.

—Hola Cristian, es un gusto conocerte —lo saluda cortada.

—Igualmente. De verdad, ¡qué parecidas son! Si no supiera que Belén es hija única y solo tiene primos, ni dudaría del parentesco. Tu hija es hermosa, ¿cuánto tiempo tiene? —Cambia de tema al notar que Nadia se retuerce las manos.

—Gracias. Tiene seis meses.

Se hace un silencio incómodo al que atiendo a medias, concentrada en darle la mamadera a la bebé que está casi dormida.

Apenas terminado el proceso, después del provecho, ya está lista para los brazos de Morfeo.

—Yo la llevo —dice Nadia dispuesta a abandonar la situación.

—¡Mamá, Lelé! Dormir no. Jugar—. Diego corre desde la habitación y se detiene frente a Cristian estudiándolo de arriba a abajo.

—Buenas noches, señor. ¿Cómo se llama usted? —pregunta Cristian agachándose para emparejar sus alturas.

—*Iego. Tego os.* —Y le muestra los dedos anticipando la pregunta que seguramente le hicieron mil veces.

—Un gusto, Diego. Soy Cristian —contesta estirando la mano y me enternece notar lo cuidadoso que es—, tengo veintiocho.

—*Tian* —confirma Diego sonriendo.

—Vamos a la cama, Diego. Decí hasta mañana —le pide Nadia.

—No. Jugar.

—Dale, Diego. Andá a dormir y jugamos mañana —lo despido y él, tras resistirse un poco, sigue a su mamá.

—Tengo miedo de preguntar —dice Cristian una vez que estamos solos.

—Eso te pasa por no llamar antes.

—Las veces que te llamé nunca podías hablar; ni se diga vernos. Te escribí temprano; te pregunté qué planes tenías para hoy y me contestaste que ninguno. Yo tampoco, así que vine a ver una película con vos. Hasta traje helado, imaginate. A todo esto, ¿por qué nunca te escuché nombrarlos? —pregunta señalando la puerta por la que se fueron Nadia y los bebés.

—Lo que te diga no sale de acá —aclaro innecesariamente.

—¿A quién se lo podría contar?

—Cristian...

—Palabra de honor. —Se hace una cruz en el pecho ¡Enorme! Que no queda disimulado por más que use una remera graciosa.

—Es la futura ex esposa de mi ex marido.

—Y está acá porque...

—Necesitaba un lugar para quedarse mientras resuelve unos asuntos.

—Ajá, ¿asuntos parecidos a los tuyos?

—Yo... Sí; parecidos —contesto agachando la cabeza.

—Qué tipo de mierda.

—¡Cristian!

—Andá, explicale quién soy y decile que no tiene por qué tenerme miedo. Que vos, antes, también te sentías incómoda a mi alrededor. Que no corren peligro. Que soy parecido a un osito. Poné el helado en el *freezer*. Yo... voy a comprar unas cosas y vuelvo.

Ni siquiera intento pedirle explicaciones o aclararle que los ositos

pueden verse tiernos pero ser muy peligrosos.

Golpeo la puerta de la habitación de invitados y, al asomarme, advierto a los bebés dormidos y a Nadia recostada a su lado con los ojos abiertos y los puños cerrados.

—¿Estás bien? —Aunque asiente, los hombros caídos y los brazos cruzados la desmienten—. Cristian es un amigo, el tamaño impresiona pero es inofensivo. Ahora bajó a comprar no sé qué. Necesito que vengas conmigo así elegimos una película para chicas y la próxima vez piensa dos veces antes de aparecer sin avisar.

—¿Qué le dijiste?

—Que sos la ex mujer de mi ex marido. Sin detalles.

—¿No va a ser incómodo? ¿De verdad querés que esté con ustedes? — Se retuerce las manos—. ¿Necesitás apoyo?

—Lo conozco desde hace años y, hasta hace un tiempo, todo lo que veía era su tamaño y las mil maneras en las que podía lastimarme. Empezamos a pasar tiempo juntos y eso quedó atrás. Es una buena persona.

—Tengo que dejar de tenerle miedo a los hombres.

—Es una buena idea, sí.

—¿No tenías uno más accesible para empezar?

—Creeme que más de una vez pensé lo mismo. Pero, no. Es lo que es.

Al rato vuelve Cristian trayendo chocolates, barritas de cereal, papas fritas, caramelos, pipas de girasol, tutucas y no sé cuántas chucherías más.

—Gracias —dice Nadia con un gesto tímido.

—Pensaba encontrar solamente a Belén, así que di por hecho que con el helado de chocolate con chocolate era suficiente. Espero que algo de lo que compré te guste; no vayas a creer que estoy intentando sobornarte para que digas que preferís ver una película de acción. Entre nosotros —agrega conspirador—, no estás obligada a convidarle a ella. Sorprendeme, Belén. — Me reta entornando sus ojos miel—. ¿Vas a torturarme o vas a apiadarte de

mí?

Al final, la película no era tan «de chicas». Cristian duró despierto cuarenta minutos a lo sumo y está hecho un ovillo en el sillón mientras nosotras nos reímos y lloramos comiendo golosinas.

—¿No estará incómodo? —pregunta Nadia mirándolo de reojo.

—Es probable, pero lo he visto dormir más torcido que eso sin inmutarse.

—¡Pobre! También voy a dormir. Gracias por invitarme a quedarme con ustedes, fue divertido. Me gustó conocer a uno de tus amigos.

—No es nada. Que descanses —contesto sumando al resto de mis culpas la de hospedarla sin poner a mis amigas al tanto de la situación.

Cuando termino de ordenar el living me acerco a Cristian para despertarlo.

—No sé que tienen tus sillones que siempre me quedo frito. Por ahí me encandila tanto blanco y al cerrar los ojos...

—Cristian...

—Está bien, no te peleo. ¿Era ella la de los llamados?

Al desperezarse se le sube la remera, quedando a la vista parte de sus abdominales y el elástico de su ropa interior.

Dudo que sea eso lo que me eriza la piel.

—¿Cómo...? Sí, era ella.

—¿Alguna vez vas a contarme qué pasó con tu ex marido?

Si su objetivo era apagar cualquier pensamiento lujurioso, no podría haberlo hecho mejor.

—Lo dudo.

—Eso es un avance. Hasta ahora todo lo que me decías era no y no. ¿Vos cómo estás?

—Bien, adaptándome. Es un cambio muy grande, pero estamos bien...

—¿A ella también...? —Ante mi mirada censora se detiene—. *Ok*, no

pregunto. ¿Las chicas qué opinan...? —entrecierro más los ojos y me cruzo de brazos —. ¿Tampoco puedo preguntar por eso? Bueno... ¿Qué color de ropa interior estás usando?

—¡Cristian! —Para no perder la costumbre, me hace reír hasta cuando no tengo ganas—. Negra.

—¿De encaje? No me digas que es el corpiño que tiene el broche adelante porque me matás... pero no vas a distraerme. Sabés que contás conmigo para cualquier cosa: hablar, escuchar, tener sexo, salir por ahí, hacer de niñero, traer comida, darte... lo que quieras y necesites.

A mi pesar, sonrío otra vez.

—Gracias por la oferta.

—¿Cuál de todas? —dice guiñándome un ojo.

—¡Cristian!

Levanta las manos en un gesto de rendición.

—Es muy generoso lo que estás haciendo.

—No es generoso. No sabés ni la cuarta parte de cómo fue que terminamos así.

—Igual. Necesitás valorarte.

—Gracias por el helado y las golosinas.

—Iba a traerte dalias, pero me pareció que ibas a apreciar más el helado. En fin —dice levantándose del sillón—. Me voy sin saber si el protagonista salía del coma causado por tanta cursilería. Tendré que averiguarlo por mi cuenta. —Intenta sonar apenado.

Y lo dice el que consideró traer flores.

—¿Vos cómo estás? ¿El curso?

—¡Te acordaste! Di un práctico y me quedan mil menos uno por delante. Estoy bien, durmiendo menos de lo que me gustaría, pero bien.

—También contás conmigo, sabés.

—Sé. Entonces... me voy. Hablamos, nos vemos... Vemos.

—Sí.

Y seguimos despidiéndonos sin despedirnos un rato más, charlando de todo y nada.

—Las cosas con... —Se golpea el labio inferior con el índice—. ¿Gerardo?

—Gustavo. Mejor, mucho mejor.

—Entonces, pudiste... —Asiento mirando el piso—. Me alegro —dice—, me alegro mucho. —Aunque su ceño fruncido muestre que no se alegra nada.

—¿La rubia que se mudó a tu edificio?

—Quería un novio.

—Qué atrevida, pretender algo así.

—Sí, una atrevida en todo sentido. Volviendo al principio; no me parece que vayas de caballero andante sin escudero.

—Se dio así. Soy responsable y me hago cargo de mis actos.

—No voy a pedir aclaraciones a eso, total no me las vas a dar. ¿O me equivoco? —Exhala con ruido cuando niego—. En la semana nos vemos. Si aparece tu ex o lo que sea que necesites no dudes en avisarme.

—Mi ex no va a aparecer, no se imagina que Nadia está acá y tampoco tiene motivos para contactarme.

—Ojalá tengas razón —murmura—. Ahora me voy.

—Bueno.

—Te besaría por valiente, por hermosa, por generosa, por inconsciente... por tantas cosas.

—Los amigos sin derechos no se besan.

—Ni idea en qué estaba pensando cuando acepté eso, pero me voy. Con el corazón roto por tu culpa. —Se golpea el pecho y pone cara de pena—. Aunque te juro que vuelvo.

—Chau, Cristian.

—¿Ni un poquito te tiento?

Abro la puerta y le muestro la salida. El juego llegó hasta acá.

Y no porque esté tentada.

Porque no lo estoy.

Muy tentada al menos.

Capítulo 31

—¿Pasó algo, Belén? —pregunta Nadia alarmada al atender mi llamada.

—No, nada. Perdón por preocuparte, ¿qué tal las cosas por casa?

—Bien. Los bebés están durmiendo la siesta así que estoy aprovechando para limpiar los vidrios sin distracciones.

—No hace falta que te esfuerces tanto, la casa está perfecta —respondo revolviendo los restos de mi almuerzo—. Llamaba para hacerte una consulta.

—No me cuesta nada. ¿Qué querías saber?

—¿De verdad estás interesada en trabajar en una oficina?

—Claro, me encantaría.

—Si estás de acuerdo, llevo material para enseñarte a liquidar sueldos y otras tareas básicas. Además me acordé de que en la computadora tengo un par de aplicaciones de las que usamos en el estudio y podés practicar con ellas. Creo que podríamos empezar con eso.

—¿De verdad tenés ganas de enseñarme? Porque me interesa mucho. ¡Te agradecería tanto!

—Antes de los agradecimientos, veamos que tal resultado como profesora.

—Igual, gracias por todo. Por lo que hacés por nosotros, y ahora esto.

—No es nada, Nadia. Se merecen lo mejor que pueda darles; no dudes en decirme qué necesitan. Lo que sea que esté en mis manos para ayudarlos, contás conmigo.

Los días transcurren con la tranquilidad que da la rutina hasta que recibo un mensaje de Gustavo sugiriendo ir a tomar algo después del trabajo y uno de Cristian preguntando si puede «invitarse» a cenar.

Nadia tiene miedo de cruzarse con Diego así que apenas sale a la calle

o habla con alguien que no sean los bebés, los chinos del supermercado, los encargados de la seguridad del edificio o conmigo. También le toca hablar con la abogada, la psicóloga o algún perito pero eso no cuenta, así que le digo a Cristian que puede venir. Aunque por un momento considero invitar también a Gustavo al final desisto y, en respuesta a mi negativa a salir hoy, me pregunta si quiero ir a cenar mañana con él y sus amigos.

Ni siquiera dudo en confirmarle mi asistencia, encantada con que nuestra relación avance.

Por su lado, al menos.

—¿En qué momento los dos bebés se convirtieron en tres? —le pregunto a Nadia desde la puerta de la cocina mientras observo a Cristian y a Diego que están tirados en el piso apilando bloques.

—¿Sabías que no come verduras verdes?

—Sí, me olvidé de decírtelo; perdón. Con las crudas no tiene drama, pero no le gustan cocidas. Tampoco le gusta el helado si no es de agua y la pizza si no es redonda. Además del pescado, salvo que esté frito y es alérgico al maní.

—Increíble.

—Ni que lo digas, que no le guste el helado está más allá de mi entendimiento. En algún momento pensé en preguntarle a Marisol, mi amiga que es ingeniera en alimentos, alguna manera de disfrazar las verduras para ver si se daba cuenta, pero me olvidé.

—Hace tiempo que no ves a tus amigas.

Es cierto. Como no quiero mentir, pero tampoco quiero dar explicaciones, estuve aprovechando que no logramos combinar los horarios para postergar el encuentro.

—De este fin de semana no pasa —respondo en cambio.

—Voy a controlar la comida.

—Yo los controlo a ellos, quedate tranquila —contesto con una sonrisa en los labios al ser testigo de las carcajadas infantiles que inundan mi living.

—No hace falta que nos cuides —dice Cristian desde el piso—. Si

quieren salir o bañarse o lo que sea, yo me encargo de ellos.

—¿Me estás mandando a bañar?

—No te mando. Mi cuñada siempre se quejaba de que ni siquiera podía ducharse tranquila, así que me pareció un buen ofrecimiento —dice en tono contrito buscando mis ojos—. Te estás riendo de mí, Belén. Así nuestra relación no va a ningún lado.

—Cristian...

—¡La cena está lista!

«¡Gracias Nadia por la interrupción!»

Llevamos los bebés al baño para higienizarlos; Cristian lava las manos de Lara mientras yo seco las de Diego sin estorbarnos. Pareciera que lo hubiéramos hecho mil veces antes y eso me resulta tan extraño como reconfortante.

—Con eso de que no comías verduras cocidas, tuve que improvisar. Espero que te guste lo que preparé —se excusa Nadia.

—Si no le gusta que pida *delivery* —me inmiscuyo en la conversación.

—Mamá, eso quiere el nene. Esto no. Eso. —se queja Diego alejando los zapallitos rellenos y señalando la lasaña con jamón y queso que Cristian acapara entre sus brazos.

—Tres bebés, no te decía...

Creo que Nadia quiere reírse, pero todavía está cohibida.

—Gracias, Nadia. Fuiste muy amable en pensar en mí.

—No pensó en vos. Solamente te escuchó cuando dijiste al entrar «yo no como nada verde» —lo imito con voz aniñada—. ¿Tengo que pedir pizza? —agrego en tono caprichoso—. Así que actuó en consecuencia.

—Ya te voy a dar consecuencias... vos de envidia porque mi comida es más rica —dice apuntándome con el tenedor.

Le saco la lengua en un raptó de inmadurez.

—Vos me tenés... —Noto que Nadia está observándonos con atención

y, si sé leer las señales, un poco de temor. Le guiño el ojo para que se quede tranquila, pero no sé si tuvo efecto.

Que suelte el aire que contenía me muestra que sí lo tuvo.

—¿Qué tal es Belén como compañera de casa? —pregunta Cristian cambiando de tema mientras troza parte de su lasaña y la pasa al plato de Diego.

—La mejor. Que nos permita quedarnos acá. Yo... —dice con la voz entrecortada y negando con la cabeza.

—¿De verdad? —la ayuda Cristian al notarla incómoda—. Yo la veía bastante molesta. No la descarto del todo, entonces.

Me alegra contar con él para aligerar el ambiente, hasta que caigo en cuenta de sus palabras.

—¿Descartarme para qué?

—Para vivir juntos.

—¡Cristian!

—Chiste, chiste.

—¿Un café? —le pregunto más tarde cuando vuelve de dormir a Diego que no se despegó de él en todo el rato.

—Por favor.

—¿Qué tal el trabajo?

—Mis pacientes habituales van «viento en popa» —dice sonriendo de costado—, y en el Centro de Día hoy me tocaron el culo tres veces nada más.

Nadia se ahoga y él se hace el desentendido.

—Es que te estás poniendo grande para las chicas, ellas prefieren la carne joven.

—¿Quién dijo que fueron las chicas?

Sin poder evitarlo, estallamos en carcajadas que bajamos automáticamente de volumen al recordar que no estamos solos.

Capítulo 32

Repasando mi imagen frente al espejo antes de ir a cenar con Gustavo, noto que me falta algún complemento.

—Me da no sé qué volver a dejarte sola con los bebés. Podríamos averiguar si alguien tiene una niñera de confianza para que puedas venir con nosotros alguna vez o salir con tu prima —digo comparando dos pares de aros.

—Sin salidas nocturnas para mí. Gracias.

—No te digo de ir a bailar si no te sentís cómoda. Quizás a comer... o al cine. Algo que te distraiga.

—No me siento lista todavía, pero voy a tener en cuenta tu ofrecimiento. —Hace la imitación de una sonrisa.

—En un tiempo te vas a sentir más libre; creeme, vas a superar esta etapa. además, Diego ni se imagina que están acá.

—Voy a aprovechar a practicar con el programa de gestión. Va queriendo, pero cada vez que me equivoco tengo miedo de borrar algo que puedas necesitar después —dice sin responderme directamente.

—La mayoría es información que inventé; no pasa nada si desaparece. ¿Tenés más dudas?

Asiente con seriedad:

—Con las conciliaciones de cuentas. El resto es siempre igual. Si tenés ganas, lo vemos mañana.

—Por mí, perfecto. Estás avanzando rápido, se te da bien. Una vez que aprendés la mecánica se hace bastante monótono.

—Todavía no llegué a eso; va a ser difícil acreditar la experiencia.

—Tengo algunas ideas, pero necesito hablar primero con mi jefe. —Mi teléfono suena y es un mensaje de Gustavo avisando que está abajo—. Justo a tiempo, ¿estás segura de que no necesitás nada?

—Segura. Divertite mucho.

—Gracias, nos vemos mañana.

Los dos amigos de Gustavo están casados desde hace varios años y, por la apatía de sus esposas, deduzco que Gustavo les presentó a varias mujeres (disminuyendo el interés en conocer a quién sea que lo acompañe). Eso, y que el par de anécdotas que cuentan están demasiado bien articuladas para haberlas «recreado» hoy por primera vez, segunda... o tercera.

Pensar que analicé mucho qué ropa usar hoy: el vestido es de diseñador y los zapatos son importados. Aunque quería verme atractiva no quería parecer muy atrevida (en caso de que alguna sea celosa); pero sí estar lo suficientemente arreglada para que Gustavo se sienta orgulloso y nadie crea que pasé de ellos y la situación.

Al cuete, porque ni me registran.

—¿Estás bien? —me pregunta Gustavo acariciándome la espalda mientras tomamos el postre. ¡Iupi! Se acordó de que estaba acá.

—Sí, gracias. —Disimulo—. Te imaginaba más tranquilo de lo que cuentan.

—Es mi lado B; sabía que iban a rememorar viejas anécdotas, pero era un riesgo que tenía que correr. ¿Tus amigas que dirían de vos?

—No demasiado. Por lo menos hasta estar seguras de que les caes bien y ahí sí: no tendrían piedad. Exagerarían situaciones comunes para hacerme parecer más rígida de lo que soy.

—¿Y eso?

—Mmm... Por ejemplo, cuando salimos juntas de viaje soy la única que lee los contratos y presta atención a todas las recomendaciones. Ellas no y después nos metemos en líos.

—Tengo ganas de conocerlas; también a sus hijos. Diego, dijiste que se llamaba el nene que está en tu casa, ¿no?

—Sí. —Tomo un sorbo de agua—, Diego.

—¡Parejita! Secretos en reunión es mala educación —nos llama la atención uno de los amigos de Gustavo.

Si vamos al caso, tampoco estuvo bien que sus esposas me ignoraran durante la toda la noche y hablaran de gente que no conozco, pero no me quejé.

Aliviada por haber sobrevivido a la cena, evalúo mis opciones camino al lugar en el que dejamos el auto: Gustavo está borracho, así que necesito impedirle que maneje... pero no sé cómo hacerlo.

«¿Dónde está la mujer segura de sí misma que creí haber vislumbrado en mí?», me reprocho en silencio.

—¿Gustavo? ¿Estás bien? Si querés manejo yo... o tomamos un taxi.
—Le toco el brazo para llamar su atención.

—¿Taxi? ¿Para qué? —Pone distancia y me observa con el ceño fruncido.

—Creo que tomaste un poco de más y no estás en condiciones de manejar —digo contrita repasando en silencio: ojos, nariz, testículos.

—¿Te parece? Yo me siento bien, he manejado bastante más tomado de lo que estoy hoy.

«¡Pero no ibas conmigo!» Tengo ganas de gritarle.

—Con más razón para no tentar a la suerte. ¿Te llevo yo? —Pruebo suerte una vez más.

Me mira especulativamente:

—Si vamos a tu casa, sí.

—No podemos ir a mi casa, está mi amiga con sus hijitos y sería una situación incómoda.

—Tengo la sensación de que me ocultás cosas —dice tirándose de la barba.

—¿Qué cosas?

—No sé, pero no me contaste todo.

—Nos conocemos desde hace poco tiempo, a mí me resulta difícil abrirme. Pero creo que vamos en buen camino.

Se encoge de hombros por toda respuesta.

—¿Puedo manejar yo? —pregunto cuando llegamos al auto.

—¿Vamos a tu casa?

—No.

—Entonces no.

—No voy a subir a ese auto con vos.

—Entonces tomate un taxi.

Y se va, dejándome plantada.

Capítulo 33

—¿Estuve mal? —les pregunto a las chicas después de contarles toda la secuencia el sábado a la tarde cuando ¿¡Por fin!?. Nos encontramos después de semanas.

—¿Cuánto tomó? —me pregunta Daniela.

—Una botella de vino, seguro. Probablemente botella y media. Éramos seis. Las esposas no tomaron alcohol. Yo tomé una copa y pidieron cinco botellas... quizás seis.

—Las esposas. Qué gracioso. Identificadas sin nombres, sin características personales. Definidas simplemente por su relación con los amigos de tu... ¿Tu? —reflexiona Lucía.

—Lo llamé un par de veces para asegurarme de que había llegado bien y no me respondió. Así que probablemente se haya convertido en «mi situación incómoda del trabajo».

—De repente murió.

—¡Marisol! —la amonestan a coro.

—No murió. Su última conexión de Whatsapp fue al mediodía.

—¡Y con eso se comprueba que de boludo no solamente tenía la cara! —exclama Marisol y ninguna la rebate.

—No sé de qué estás hablando —niego con la cabeza.

—Sin tener en cuenta lo de ayer y sin conocerlo de nada. —Se aleja el cabello rubio del rostro y me observa con el gesto concentrado—. Si tuvieras que definir su personalidad en pocas palabras por su cara. Solamente por su cara.

—No entiendo qué me estás pidiendo.

—Te estoy pidiendo que razones y me digas cara de qué tiene Gustavo.

Lucía y Daniela se sonríen cómplices. Visto y considerando que razonar es lo mío, le sigo el juego.

—Parece... normal; un buen tipo.

—Por eso.

—Sigo sin entender.

—En la foto que nos mandaste se veía que tiene barba y cara de buen tipo.

—No me estás ayudando.

—¡Que es un cara de boludo! Y por lo que pasó ayer, de boludo no tenía solamente la cara —me suelta otra vez.

—Ese capítulo me lo perdí.

Marisol tiene diversas teorías con las que generalmente no estoy de acuerdo, pero siempre son dignas de escuchar.

—¿Sabés la cantidad de minas que en unos años se van a encontrar al lado de un cara de boludo y no van a tener idea de cómo pasó? Lo bueno es que vos te salvaste. Porque no vas a dejar que te trate así, ¿no?

Sigo sin saber de qué está hablando.

—¡La barba les disimula la cara! Si este, con barba y todo tenía semejante cara de bueno; afeitado debe tener una cara de boludazo terrible.

—Mjmmm...

—¿Tengo razón o no tengo razón? —Se cruza de brazos desafiante.

Por las malas aprendí que a veces es mejor no contestarle y espero que con esto hayamos cubierto la cuota de charla que corresponde a mi vida. Además, me siento bastante culpable de contarles mis novedades callando la situación con Nadia.

Respiro aliviada cuando Lucía nos cuenta la manera en la que Pedro le propuso mudarse juntos. ¡Y que ella lo está considerando!

Estaba segura de que eso iba a ir bien. Me deja más tranquila saber que al menos a dos de mis amigas las quieren de la manera que se merecen.

Giro mi vaso vacío mientras Marisol comparte sus últimos dramas laborales enumerando las falencias del ingeniero que ascendieron al puesto que ella pretendía. La noto triste, no solo por saberse más capacitada que el que ahora es su superior, sino porque ya tenía pensado cómo gastar los

ingresos extras que iba a obtener con esa promoción.

Cuando siento que la conversación está por volver a mí, le pido a Daniela más detalles de sus clases de tela.

No de telar o pintura sobre tela o estampados o...

Toma clases de acrobacia en tela.

Como es principiante, las piruetas las hace a poca altura, lo que me deja más tranquila (lo último que necesita es poner en riesgo su vida); ¡ojalá volvieran esas viejas épocas en las que tomaba clases de bailes normales!

—¿Pero es seguro? —le pregunto para confirmar.

—Vení y probá.

—Eso no va a suceder. Me preocupa tu seguridad.

—Soy más capaz de lo que todos creen —responde a la defensiva.

—¿De dónde vino eso? —le pregunta Lucía.

—Ustedes me ven como la madre de Ian, la maestra comprensiva... Y la tarada que sigue enamorada de Víctor y le perdona todos los desplantes: desde haberla convencido de volver al país cuando estaba por parir «porque era más práctico para todos» —dice haciendo comillas en el aire—, y dejarla acá sin fecha de retorno... No nos olvidemos de los años de visitas esporádicas en las que le prometía ocuparse de su hijo y de ella cumpliendo a medias; porque hay que reconocer que un poco se ocupa. Hasta llegar al día de hoy en el que se relacionan mediante abogados y ella se entera de sus novedades por las redes sociales y los medios de comunicación. —Sus ojos marrones parecen largar chispas.

—Me da miedo cuando hablás en tercera persona —dice Marisol cortando nuestro silencio consternado.

—No quise molestarte. Sos capaz de hacer lo que quieras. Que tengas un hijo increíble que se supera día a día. —Al notar que va a interrumpirme la callo con un gesto—. Que tengas un hijo que se supera día a día es porque sos mucho más que una buena mamá. Que lo sos. Además sos también una excelente maestra que siempre está capacitándose y ama su profesión. Es porque sos una persona muy perceptiva que supiste ver que Ian necesitaba ayuda. Y te ocupás, investigás y elegís a los mejores terapeutas para que viva

una vida plena. —Trago saliva. A mi alrededor no vuela una mosca—. Antes no me daba cuenta de lo difícil que puede ser criar sola a una criatura, ahora sí. Te admiro, te quiero. Y además de ser la masoquista que perdona al impresentable también sos mi amiga, la que respeta mis silencios y los entiende. Sos una persona increíble, bella, inteligente y generosa. Y si querés colgarte de un trapo a hacer... todas esas cosas que hacen: adelante. Pero prométeme que no vas a lastimarte. Si te caes, te aliento a que te levantes; pero no vale lastimarse.

Creo que es el discurso más largo que di en mi vida.

—Amén, amiga. Amén —dice Marisol.

Estoy azorada por el arranque de Daniela. Me gustaría desmentirla pero un poco de razón tiene. Aún hoy me resulta inexplicable la cantidad de oportunidades que le dio a su ex pareja de redimirse.

Empezaron a salir antes que se hiciera famoso y ella lo acompañó mientras Víctor construía su carrera de futbolista. Cuando triunfó en España, decidieron formar una familia y volvieron para que su hijo naciera en Argentina porque allá estaban solos, pero faltó la parte en la que Víctor le pedía que regresen con él.

¿¡Pero de ahí a creer que no la vemos capaz!?

Es ella la que no se valora lo suficiente; siempre se consideró del montón. «Marrón caca» dice respecto al color de sus ojos, mientras que al describir los de su hijo (idénticos a los suyos), lo hace diciendo que son madera lustrada; sobre todo cuando brillan de alegría. Nariz parada, le decía Víctor, pero es de la que la gente paga por tener. Cabello ondulado del que sí está orgullosa.

Es paciente; su hijo de ocho años tiene un trastorno de hiperactividad y no alcanzaría a enumerar todo lo que hace para que salga adelante.

Es cariñosa, leal, responsable; y estaría bien que lo crea.

Capítulo 34

—¿Ani? —murmuro cerrando la puerta de mi habitación.

—¿Qué hiciste Belén?

—¿Por qué crees que hice algo? —Al escuchar el resoplido del otro lado del teléfono me apuro en indagar—. ¿Me vendió el Ani?

—No. Te vendió que pusiste la voz chiquita para decirlo.

—¿Cómo están todos por ahí?

Anabella suspira, pero me conoce lo suficiente para saber que necesito manejar mis tiempos.

—A Lucas le encanta la escuela. Es *garande* porque empezó primer grado. Antonia quiere ser bebé para no ir al jardín; la adaptación fue horrible. Ahora que la lleva Matías llora menos, creo que saberme trabajando la calma. No es como si me deshiciera de ella para pasar unas horas tranquilas con el padre.

Me río entre dientes imaginando la situación y esperando que no resulte muy notorio.

—¿Matías tiene poco trabajo?

—Está guiando grupos de principiantes; en general son excursiones en el día no muy alejadas del Chaltén. Ya está bastante fresco así que empieza más tarde y puede hacer de chofer; primero me deja en el trabajo, después a Lucas y, por último, a Antonia.

—Delicias de la vida familiar. ¿Pinchaste mucha gente últimamente?

—Ser enfermera no es solamente dar inyecciones, es... —Al escuchar mi risita la imagino sacudiendo la cabeza con resignación—. Y sí, pinché mucha gente: ya empezamos con las vacunas contra la gripe. ¿Qué pasa amiga?

—Hace un par de semanas traje a vivir conmigo a la futura ex mujer de Diego y a sus hijos.

Mi confesión ocasiona un silencio del otro lado que me lleva a removerme en la cama sin encontrar una posición confortable.

—Y lo hiciste porque...

—No tenía dónde quedarse. La de los llamados era ella, quería saber...
—Si voy por ahí, tengo que explicarle que los encontré en el *shopping*. ¿Quién me mandó a meterme en esto?

—Dame un minuto. —Aunque tapa el auricular creo distinguir que le dice a Matías que se encargue de acostar a los chicos, que ella tiene para largo—. Listo, empezá por el principio. Tengo todo el tiempo que necesites.

No empiezo por el principio; eso me llevaría a demasiados años atrás. En cambio, armo una versión bastante aceptable del encuentro en el *shopping*, la reacción de Diego, las llamadas, y cómo fue que terminé viviendo con sus hijos y su futura ex esposa.

—En algún momento sospechamos que era un maltratador, pero es tan difícil que cuentes más de lo que estás dispuesta a compartir que dejamos de preguntar. —Para no haberle dicho que a mí también me maltrató, captó bastante bien la idea—. ¿Cómo te sentís con ella en tu casa? ¿Qué tal es? ¿Las chicas qué dicen?

—Las chicas no tienen idea. Yo estoy bien, tenemos una rutina aceitada, pareciera que nos conocemos desde hace años. Los bebés son increíbles y, como rompedores de hielo... ideales.

—¿Vos estás bien?

—Sí.

Silencio.

—¿Y?

«Me siento culpable de esta situación; hay tantas cosas que podría haber hecho distintas para evitarle a ella vivir lo que vivió».

Nada de eso sale de mi boca.

—Estoy bien, paso más tiempo en casa. Hablamos mucho; compartimos nuestras experiencias. —Si lo analizo, quizás porque Nadia pasó por lo mismo que yo es que me resulta más fácil.

Más silencio.

Suspira.

—¿Y ella?

—Ella... se está recuperando. Lo denunció, hace terapia. Igual está a la defensiva, un poco temerosa... es difícil que se ría. A veces la veo y me veo a mí de más joven. Cristian dice que parecemos hermanas.

—¿Qué Cristian?

Me golpeo la frente con la palma de la mano porque conté más de lo que pretendía.

—Quizás no te acuerdes, pero meses atrás te conté que iba a salir con alguien más joven que yo.

—Pero no funcionó.

—No, no funcionó. Pero... bueno; quedamos amigos.

—¿Más amigos que tus amigas de toda la vida que no saben que estás alojando en tu casa a la mujer y a los hijos de tu ex marido?

—Que se entere no fue una situación buscada, se dio así.

—¿Cristian, dijiste?

—Sí, el hermano de Martín.

Silencio.

—¿Martín, el ex novio de Lucía?

—Sí —respondo poniendo la voz chiquita y tapándome la cabeza con la almohada—. Nos hicimos amigos. Es buena gente, me hace reír.

—Bueno, mientras te haga reír —responde con incredulidad.

—Sí, y lo necesito. Mucho.

La escucho suspirar (otra vez) ante mi tono compungido.

—Tengo ganas de ir a abrazarte para decirte que todo va a estar bien, y también tengo ganas de ir a sacudirte por cabezona. No es sano que te guardes todo todo el tiempo. No podemos apoyarte cuando hacés eso. Es... triste saber que no confiás plenamente en nosotras después de tantos años. Pero me alegro de que tengas a alguien. ¡Y más vale que lo merezca! Espero

que hables con las chicas, puedas abrirte. Me doy cuenta de que hay mucho más que lo que me estás diciendo y amerita abrazos que no puedo darte. Pero todo camino empieza con un primer paso.

—Yo no lo hubiera dicho mejor.

Capítulo 35

—Belén, el Dr. Gomes pidió verte a las cuatro en su oficina —me indica Marisa cuando llego de visitar a un cliente.

«¿Será posible, todavía no tengo claro cómo encarar el tema de Nadia!»

—¿Está de buen humor? ¿Qué sabemos?

—¿Qué le querés pedir?

—¿Yo? —pregunto poniendo cara de inocente—. Un favorcito de nada.

—Dejalo para más adelante. No estaba feliz —Me ataja con el dedo al notar que voy a pedirle detalles—. Me encantaría que nos quedemos chusmeando, pero tenés demasiadas cosas que hacer y no sabemos cuánto tiempo va a durar la reunión.

—Sí mi capitán, cómo usted indique —le digo en chiste—. Manos a la obra y a apechugar con lo que venga.

—A mí con refranes no... —me amonesta con los ojos entrecerrados.

—No puedo evitarlos —me justifico ganándome en respuesta un gesto de hastío.

—Alfredo, ¿cómo está? —pregunto apenas hace contacto visual conmigo.

—Sobreviviendo, Belén, sobreviviendo. ¿Vos? ¿Tus cosas bien?

—Un poco de cabeza con las órdenes de pago que Gutiérrez no siempre emite cómo debería. Dejando de lado eso... todo marcha por sus carriles habituales. —¿Su silencio significa que espera más detalles? ¿No tenemos para eso las reuniones de *management*?—. Siempre y cuando el sitio de la AFIP funcione como corresponde, mi equipo va sobre ruedas. —¿Será suficiente?

—Muy bien, muy bien. ¿Hay algo que deba saber?

—Imagino que muchas cosas. —El saber no ocupa lugar—, ¿o se

refiere a algo específico?

—Me dijeron que estás saliendo con Gustavo Martínez. Nosotros no prohibimos las relaciones entre compañeros. Pero noté... —Se aclara la garganta—. Notamos... que pasás menos tiempo en la oficina y es importante que tu dedicación no decaiga ya que tu equipo es muy eficiente, siempre y cuando los tengas con rienda corta. Prefiero dejarlo en claro ahora, antes de lamentar después una baja en el rendimiento. Nosotros necesitamos resultados. —Recalca.

—Bueno, es cierto que con Gustavo nos salimos varias veces, pero se terminó. —Imagino que si no me sintiera tan descolocada por el llamado de atención, no le haría esa aclaración. Y estoy diciendo la verdad, no tengo noticias tuyas desde el fiasco de cena—. Mi equipo obtiene resultados. En estas semanas, en vez de quedarme en la oficina hasta las tantas, me retiré en el horario que corresponde. Es que me di cuenta de que cuanto más hacemos, más dan por sentado que podemos abarcar. Descubrí que estoy corriendo atrás de una zanahoria que nunca voy a alcanzar porque cada vez tiene más obstáculos delante. —Sigo de corrido—. Ya le comenté a fines del año pasado que necesito por lo menos dos recursos más para cubrir la carga de trabajo sin horas extraordinarias y que nos asignen claramente nuestras cuentas para gestionarlas de manera más eficiente. Con esto no quiero decir que busquemos desentendernos del resto de los clientes, pero nos tiran los muertos que nadie quiere: tareas hechas a medias o problemas que otros no saben o no desean manejar. Total, de algún modo los sacamos adelante y siento que se abusan; es por eso no me estoy quedando hasta cualquier hora. Me cansé de cubrir los baches ajenos.

Gomes parece desconcertado y yo, en menos de una semana, di otro discurso larguísimo que (sin faltar a la verdad) no es la razón por la que estoy volviendo a casa temprano.

—Bueno. Yo, nosotros...

—Me encanta formar parte de este estudio, Alfredo. Realmente no creí que mi ausencia fuera de horario trajera tantos inconvenientes. Porque cumplo con el horario laboral y con mis tareas. En algún momento hablamos de manejarnos de acuerdo a objetivos, pero el día no tiene suficientes horas para que podamos encargarnos de todo lo que nos cae en las manos. No tengo inconveniente en armar una propuesta detallada para que ese modo de trabajo

sea viable. Pero que quede claro: no fue por Gustavo que preferí cambiar la rutina. ¿Algo más?

—No, nada... Andá tranquila.

—Gracias, que tenga un buen día.

Me parece que no voy a poder pedir el favor que necesitaba y tendré que puentearlo... Qué se le va a hacer.

—¿Qué quería? —pregunta Marisa siguiéndome a la oficina.

—Saber por qué ya no me quedo trabajando hasta cualquier hora.

—A mí también me gustaría saberlo.

—¿Vamos tan atrasados? ¿Está la vida personal de alguien sufriendo porque decidí que quiero tener algo de tiempo para mis cosas? Le dije que necesito dos recursos más y que nos asignen claramente las cuentas. Que estaba harta de tapar baches.

—Así que te pidió una reunión para llamarte la atención y aprovechaste para decirle lo que nos hace falta. ¡Menos mal que ibas a esperar a que esté de buen humor para pedirle el favorcito!

—Ese no era el favorcito —mascullo.

—¿Decías?

—Nada, nada.

Capítulo 36

—¡Llegué! —grito desde la puerta sacándome los zapatos que no hicieron más que incordiarme durante todo el día. Seguramente complotados con la vida para hacerme miserable.

Diego viene a mi encuentro comiendo un trozo de banana.

—Tomá Lele. Te oy.

Me agacho para simular que muerdo un poco.

—Ñam ñam ñam. Gracias, está muy rica.

Riéndose, se aleja de mí y saludo a Lara y Nadia que están sentadas en el suelo con los juguetes alrededor.

—¿Alguna novedad?

—Adelantaron la pericia y tengo que ir el jueves a las tres de la tarde. —dice Nadia frotándose las manos.

—¿Estás nerviosa?

—Quiero que todo termine... pero recién empieza. Hablé con mi hermano, quería saber si todavía estaba separada de Diego y si necesitaba algo.

—Bueno, es un avance. —Suspirando, me acomodo en el sillón—. ¿Necesitás algo?

Se encoge de hombros y tengo la certeza de que, aunque sea así, no me lo va a decir.

—Hay algo que quería comentarte. —Se gira y me observa atentamente —: hasta fines del año pasado venía una señora a ayudarme con la limpieza, la ropa... la comida; hasta que —improvisó—, mmm... renunció. Considerando que ahora vos estás encargándote de eso, corresponde que te pague por el tiempo que le dedicás a la casa. Si no lo hicieras, tendría que contratar a alguien.

—No puedo aceptar. Estamos viviendo acá, comprás la comida, las

cosas de los bebés. Me estás enseñando. No me parece. Ayudar a que todo esté limpio es mi manera de contribuir.

—Entiendo que esa es tu manera de contribuir; pero hay una diferencia entre ayudar y hacer todas las tareas. Soy bastante obsesiva de la limpieza y creeme cuando te digo que la casa nunca estuvo tan brillante. Planchar, lavar; limpiar todo... Es demasiado. Si no aceptás un pago, no quiero que sigas haciéndolo. Me hace sentir incómoda.

—Preferiría que sigamos como hasta ahora.

—No me parece justo para vos; de ahora en adelante yo me encargo de mi ropa, mi habitación y mi baño. De las zonas comunes nos ocupamos días salteados.

Parece molesta por mi decisión... y también decepcionada.

—Si no querés, no vuelvo a entrar a tu cuarto; pero el resto del departamento lo limpio yo.

—Podés entrar a mi cuarto cuando quieras, usar lo que necesites. No pasa por ahí. Siento que es un abuso de mi parte no pagarte por tu tiempo.

—No necesito... no quiero... —interrumpiéndose, mueve la cabeza con frustración y cambia de tema—. ¿Viste a Gustavo?

—Me ignoró, así que yo lo ignoré también. Iba a pedirle que hablemos para aclarar las cosas hasta que me di cuenta de que no tenía ganas de aclarar nada. No lo veía tan susceptible y volátil.

Nos quedamos en silencio.

Un silencio bastante incómodo.

Capítulo 37

—Lelé, ¿qué tal todo por el fuerte?

Al escuchar el sobrenombre, una sonrisa se me escapa sin querer.

—Difícil. En el trabajo, en... todo. Nadia está enojada conmigo porque ofrecí pagarle por limpiar la casa.

La situación es tirante: procuramos evitarnos, no hablamos demasiado... ni siquiera practicamos con las aplicaciones.

—¿Y qué esperabas? Vive ahí, la ayudás... La gente no quiere ser un caso de caridad.

—Por eso quería pagarle, en un cuadernito anota la plata que gasta y estoy segura de que necesitan cosas que no está comprando. Hace demasiado.

—Es la manera de retribuirte por darles un lugar seguro.

—No hace falta que me retribuya. Esta situación es por mi culpa y tengo que hacerme cargo.

—¿Cómo puede ser tu culpa?

—No quiero hablar de eso.

Exhala y, como si lo estuviera viendo, sé que está poniendo los ojos en blanco.

—Como quieras, pero podés hablar conmigo de lo que sea. Y te lo repito: no es tu culpa. Aclará las cosas con ella, necesita saber que apreciás su ayuda.

—¡Obvio que la aprecio, por eso quiero pagarle! —exclamo ¿tan difícil es de entender?—. ¿Qué tal tu vida? —Llego al edificio y saludo con la mano al personal de seguridad.

—¡No te enojés conmigo!

—¿Qué tal tu vida? —insisto.

Creo escuchar otra exhalación.

—Además de tener un sueño húmedo con vos que, dicho sea de paso, fue bastante real; organicé mis horarios y retomé Aikido. La bienvenida que me dieron estuvo genial. Hasta me pidieron que dicte clases, pero no tengo tiempo. La gente me quiere, para que sepas.

Antes de responderle, me siento en uno de los sofás del *lobby*.

—¿No estás grande para sueños húmedos?

—El cuerpo quiere lo que el cuerpo quiere.

—Quiere lo que no puede tener. —¡Qué tontería!—. ¿Yo cómo estuve?
—pregunto arrepintiéndome casi en el acto del desliz.

—Increíble. Con el sueño me di cuenta de que desaprovechamos mucho tu baño.

—¿Mi baño?

—El espejo, Belén. Alguna vez te vi de refilón, pero en mi sueño... Nos veía a los dos frente al espejo. Tu cuerpo húmedo, las pupilas dilatadas, la boca entreabierta. Muy, muy caliente.

No voy a decirle que yo sí nos presté atención alguna vez. La imagen de su espalda enorme, la forma en que esos músculos marcados se movían mientras su cabeza estaba entre mis piernas; mis manos errantes dudando entre alejarlo o acercarlo más... Verlo de rodillas, tan poderoso y vulnerable para mí, para mi placer... No voy a olvidarlo nunca.

—Tengo que subir al ascensor, quizás me quede sin señal —contesto tragando fuerte.

—Antes que te vayas dos cosas: la primera es que no te enojés conmigo por ser directo. A mi pesar, que quede claro, respeto los límites de nuestra relación.

—¿Qué quedaría si no los respetaras?

—Si no los respetara, y estuvieras sola, iría a tu casa y te mostraría frente al espejo de qué manera cada una de las partes de tu cuerpo se erizan mientras te toco. Cómo se ve mi mano perdida en tu intimidad. Me tendrías a tu espalda besándote y haciéndote disfrutar. Pero respeto los límites, así que eso queda en mi fantasía. Hasta dónde sé, mis pensamientos son míos.

—¿Y la segunda cuestión? —pregunto ignorando los latidos acelerados

de mi corazón.

—¿Qué tenés que hacer el domingo?

—¿Además de llamar a mi mamá?

—Durante las otras veintitrés horas del día. El domingo, con los jubilados, vamos a pasar el día a una estancia en la que, dicen, se come riquísimo. Hay una huerta, animales... cosas de campo. ¿Quieren venir conmigo?

—¿Quiénes?

—Vos, Nadia y los bebés. Invitaría a Diego nada más, porque Lara no va a apreciar el asado, pero la incluyo porque sé que no estaría bien que la dejaran sola.

—¡Qué considerado! Así que vas a exponerte a los toquetones fuera del horario de trabajo, lo tuyo es entrega total —respondo en el mismo tono jocoso obligándome a entrar al ascensor—. Tendría que preguntarle a Nadia. —Suspiro.

—¿Estás subiendo?

—Ajá.

—Espero en línea.

—Pero...

—Tienen que hablar. Me tenés acá para romper el hielo, es fácil. Empezás con un «Hola Nadia, ¿cómo estás? Pregunta Cristian si queremos ir el domingo a pasar el día a una estancia. Nos invita él, nos busca y nos trae. Obvio que los bebés también están invitados»... o algo así.

Pendiente de su imitación; me quedo parada delante de la puerta cerrada.

—Yo no hablo así.

—Belén, que no tenemos toda la noche.

—¿Qué tenés que hacer?

—¿Además de encontrarte en mis sueños?

Meneando la cabeza abro la puerta.

—¡Hola! ¿Alguien en casa?

—Yo, amorcito. No sabés las ganas que tenía...

—¡Cristian! —lo amonesto.

—Hola, ¿cómo estás? —me saluda Nadia desde el sofá.

—Bien, todo bien. Cristian, te llamo en un rato. Chau —murmuro antes de cortar—. ¿Por acá? ¿Qué tal la pericia? Era hoy, ¿no?

—Me hicieron mil preguntas; tuve que volver a contar todo lo que pasó al derecho y al revés. Aunque fue incómodo y doloroso, tenía que hacerlo —dice en un tono resignado.

—No te pregunté si necesitabas que me quedara con los bebés o algo...

—Fui con mi prima. Me esperaron en una heladería.

—Bien. —Ante el silencio que parece cortarse, prefiero tomar el toro por las astas—. ¿Tanto te molestó que ofreciera pagarte por tu ayuda?

—No es eso, es que... necesito devolverte algo de lo que hacés por nosotros. Está claro que no puedo ayudarte en tu trabajo, pero puedo hacerlo acá, con tus cosas. Es horrible depender de los demás.

—Lo sé y por eso mi ofrecimiento. El departamento no puede estar más brillante y lo aprecio, pero es demasiado. No buscaba ofenderte. Por lo menos entre nosotras tendríamos que ser capaces de hablar.

—No sé hablar.

—Yo tampoco, si vamos al caso. Pero es necesario.

Asiente y, desviando la mirada, noto a Lara y Diego pendientes de la TV.

—No puedo creer que el par esté tan concentrado con los dibujitos.

—Hasta que llegaste me habían hipnotizado a mí también. Es la primera vez que los vemos y siento que sé las canciones desde siempre.

—Gajes del oficio. ¿Estamos bien?

Se encoge de hombros, así que lo tomo como un sí.

—¿Tenés planes para el domingo? Me llamó Cristian para invitarnos a pasar el día con él y sus jubilados en una estancia. Dice que hay animales,

cosas de campo y asado.

—No sé. ¿Vos querés ir?

—Parece una buena idea desconectar del ruido y la ciudad... También conocer a sus enamoradas.

—Querés estudiar a la competencia.

—Noooo, él es mi amigo. —Salvo en los momentos en los que es más que eso—. ¿De dónde te salió esa maldad? ¿Los dibujitos tenían mensajes satánicos? —pregunto clavando la vista en la pantalla mientras pasan los títulos.

—Si no molestamos, me encantaría ir.

—Hecho, le aviso y te aviso.

Le avisaré por texto, y espero que de acá al domingo se me pase la vergüenza por la conversación que mantuvimos.

No por lo vulgar, sino por lo tentadora.

Capítulo 38

—Creo que es la primera vez que te veo en zapatillas.

—Hola para vos también. ¿Tan mal estoy? —le respondo a Cristian dando una vuelta y desfilando coqueta el mono azul que llevo con una camisa de jean a modo de abrigo.

—Nunca estás mal.

—Me parecía. —Le doy un golpe juguetón en el brazo cubierto por una remera blanca que destaca el tamaño, ni qué decir de los jeans gastados que se le ajustan como si estuvieran hechos a medida.

Nadia lo saluda tímidamente y Diego corre a treparse para que le haga el avioncito.

—¿Están seguras de que tienen todo? —pregunta ayudándonos a trasladar el surtido de bolsos, mantas, el cochecito, el asiento para auto, una mochila y una caja con juguetes.

—Probablemente no, pero hicimos lo mejor que pudimos. Este no es tu auto —le digo cuando desactiva la alarma de un auto gris que no conozco.

—Se lo pedí a Martín. Quería que el viaje fuera cómodo, además me prestó la silla de Benjamín.

—Genial. ¿Vos no le dijiste que...?

—No, sigo siendo tu secreto —dice algo molesto—. ¿Algo más para poner en el baúl? —pregunta terminando de acomodar los bolsos.

—No, gracias. Prefiero tener la mochila a mano por cualquier cosa —responde Nadia.

—Genial —dice con una sonrisa fingida.

Lo sé porque no se le pusieron los ojos chinitos.

Diez minutos después, estamos en camino. Como Nadia está sentada entre las sillitas recae en mí la conversación, (a menos que queramos hacer del sonido de la radio la única distracción).

A los pocos kilómetros Cristian afloja su actitud y nos cuenta que el Centro de Día organiza estas salidas varias veces al año para los jubilados, sus familias y los que quieran sumarse. En esta ocasión, el micro que salió de la puerta del predio lleva más de cincuenta personas.

—Es obvio que la comida es buena —nos cuenta—. Sino la gente no se hubiera anotado tan rápido. A los dos días el cupo de asientos estaba completo.

—¿La comida o el lugar?

—Más que nada la comida. Las veces que los escuché comentando los viajes que hicieron dedicaron dos comentarios al lugar, uno al hotel, otro al tiempo y todo el resto a la comida: si era rica, abundante, variada o no. Además, en fotos, la estancia también se veía bien.

Y no mentían. Para ingresar al casco atravesamos una arboleda centenaria en todo su esplendor.

Nos reciben varios edificios pintados de blanco y una bocanada de aire puro.

—Para ahorrarnos explicaciones que seguro no quieren dar: vos sos mi novia, Nadia tu hermana y los bebés nuestros sobrinos —nos comenta Cristian al pasar mientras bajamos las cosas del auto.

Busco la mirada de Nadia por apoyo y lo único que sale de su boca es:

—Por mí, perfecto.

En la recepción nos detallan las actividades del día y decidimos ir al área de juegos infantiles. Cristian nos ceba mate mientras hamacamos a los bebés.

Al poco rato, respira hondo y mira al cielo. Apenas minutos después se acercan unas cinco señoras a saludarnos.

«Cris, mi vida, cariño, bonito, lindo» y otros adjetivos de los que pierdo la cuenta son los que usan para saludarlo y no pierden oportunidad de toquetearlo también. Conté tres palmadas en el culo, un apretón de bíceps y un par de intentos de subirle la remera para controlar sus abdominales.

Con Nadia queremos reírnos a carcajadas ante su resignación porque se nota que está acostumbrado, hasta que decide hacernos partícipes:

—Señoras; dejen que les presente a Belén, la dueña de mi corazón. Ella es Nadia y sus hijitos Diego y Lara.

En medio de todos los: «¡Ah! ¡Qué tierno! ¡Tan bonito él! ¡Quién pudiera disponer de esas manos cada vez que quiera! ¡Cómo debés disfrutar sus masajes! Qué envidia», y suspiros varios; quedamos en medio de la nube de señoras que hablan todas a la vez, sacan a los bebés de las hamacas y nos arrean con el resto del grupo.

Aunque hay mesas al aire libre, a la hora del almuerzo tenemos lugar asignado en el galpón de la estancia. Un espacio de techos altos y vigas a la vista con un hogar enorme que seguramente confortó a miles de personas en invierno.

Las paredes encaladas están decoradas con ponchos, cinchas y otros elementos típicos campestres y, para reforzar la idea, camareras vestidas de chinas nos sirven empanadas, asado criollo, ensaladas y papas fritas.

—¡Querida! Creo que es más barato comprarte ropa que invitarte a comer —dice uno de nuestros acompañantes al notar que acepto cuando pasan ofreciendo, nuevamente, asado de tira.

—No crea, Antonio. Si conociera las marcas de la ropa que usa, preferiría invitarla a comer.

Todos a nuestro alrededor se ríen y las conversaciones discurren sobre demasiados temas y ninguno en particular. Con Nadia apenas logramos intercambiar impresiones: Lara está sentada entre nosotras y a Diego, que está a su otro lado, los que nos rodean le ponen comida en el plato del que come con las manos, ensuciándose casi íntegro. Según dicen, el asado se disfruta más así.

Cristian parece relajado. Es obvio que está disfrutando, feliz en su piel y sus elecciones.

En algún momento alguien pregunta cómo nos conocimos y cuánto tiempo hace que estamos juntos. Si bien no estuve de acuerdo con la idea de decir que éramos pareja, tampoco lo desmentí; así que me quedo en silencio

observándolo desafiante mientras él se repantiga en la silla para contar su versión.

—Una de sus amigas y mi hermano eran novios, pero la dama acá presente ni me registraba. La primera vez que la vi me enamoré perdidamente, pero tuvieron que pasar más de diez años para que nos encontremos de casualidad en un bar. Y ¡suacate! —Eleva el tono de voz generando risas a nuestro alrededor—. Cayó en mis redes. Después me evitó, pero ustedes saben que soy irresistible. —Varias señoras asienten en conformidad y yo tengo ganas de poner los ojos en blanco—. Y volvió a caer. Una y otra vez —su voz se dulcifica—. Y yo caí redondito por ella. Y acá me tienen, trayéndola para que la conozcan y no me digan que exagero cuando afirmo que es hermosa.

—Lo del cabello es cierto —dice una señora a su costado—. Queda claro que vas a tener muy difícil que sus hijos saquen algo tuyo. Ellas son de genes muy potentes, ¡hay que ver lo que se parecen ellos cuatro!

Nos quedamos bastante cortados con el comentario, pero por suerte pasó desapercibido ya que en medio de las apuestas sobre si nuestros hijos van a ser pelirrojos o no, trajeron el café y el postre.

Una vez que logramos estaquearnos del show gauchesco (Nadia porque es la madre de los bebés que necesitan dormir siesta, y yo porque... bueno, alguien tenía que ayudarlo a traer las cosas) nos acomodamos bajo unos árboles añosos.

—La paz que se respira en este lugar es increíble —susurra.

Estamos recostadas sobre las mantas contemplando las copas de los árboles y el cielo sobre nuestras cabezas.

—Te diría del silencio también, si no fuera porque todavía me parece escuchar a esas señoras.

Se ríe bajito y eso me hace sonreír también.

—Sus hijos van a ser pelirrojos, yo no tengo dudas de eso. Con ojos oscuros, eso sí.

—No empieces vos también.

Sigue riéndose disimuladamente y la paz del lugar se presta a confesiones.

—Es mi amigo y punto. Aunque nunca pensé que podría ser amiga de un hombre... Hablando en general, y menos de él. Conectar con alguien de ese tamaño es... fue, en realidad, inesperado. Le temía sin conocerlo, pero tuvo actitudes que me llevaron a confiar en él, a aceptarlo y acá estamos.

—Ustedes tuvieron algo. Se nota en la forma en que te mira.

—Sí, pero no llegamos a nada. Además de los motivos obvios, es más joven que yo y dice que no cree en el amor de pareja.

—No me parece que te mire como amiga.

—¿Y cómo te parece que me mira?

—Está siempre atento a vos —responde sin dudar—. A lo que decís y hacés. Hay... cariño en su mirada. Ganas. Admiración. Es bastante payaso de por sí, pero busca hacerte reír. Vos te reís y él se ríe con tu risa.

—No lo sé. A mí también me gusta hacerlo reír. Es lo que hacen los amigos, ¿no?

—Si vos lo decís.

Escucho unos pasos, y es Cristian.

Lo observo con atención y no encuentro nada distinto en su mirada, me mira como siempre. Con ¿cariño? y eso es todo.

—Pensar que contaba con ustedes. Y me dejaron ahí... solito con mi alma.

—Pobrecito, mi vida. ¿Te acosaron mucho?

—Naaaa, no más que de costumbre —dice sonriendo con picardía—. ¿Qué planes tienen para el resto de la tarde?

—Me gustaría que los bebés visiten la granjita, quizás dar una vuelta en el carro—responde dudosa Belén.

Cristian se sienta a mi lado haciéndome cosquillas con una brizna de pasto.

No hablamos mucho más, ya que se acerca a nosotros dos señoras ofreciendo cuidar a los bebés mientras duermen la siesta en caso de que

queramos ir a dar una vuelta.

Nadia declina, pero Cristian se para, extiende su brazo hacia mí y no me queda más remedio que aceptar su invitación silenciosa.

Una vez que me levanto, lleva mi mano hasta sus labios y la besa cariñosamente.

—Se las devuelvo en un ratito —avisa a nuestra platea guiñándoles un ojo.

Creo escuchar un par de suspiros, pero seguro lo estoy imaginando.

Con mi mano perdida en la suya, caminamos sin rumbo hasta llegar a un palomar abandonado.

La estructura circular ¡y altísima! Nos recibe digna en su antigüedad.

Una vez en el interior no dejo de preguntarme cuántas historias habré presenciado, cuántos mensajes habré visto partir.

—Me siento perecedero.

—¿Y eso?

—Esto existe desde antes de mis abuelos. ¡Qué digo! Probablemente desde antes de mis tatarabuelos.

—¡Tatararaaaaaaaaaa! —Imito el sonido de trompeta—. Perdón, tenías un momento reflexivo y te lo corté.

—Ya te voy a dar a vos... Cortarme.

Intento correr, pero me alcanza y empieza a hacerme cosquillas. Nuestras risas retumban alrededor, multiplicándose.

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

Sonriendo, me suelta y solo se escuchan nuestras respiraciones agitadas.

Hasta que me hace cosquillas otra vez.

—Seriedad —le digo intentando no volver a tentarme.

—Seriedad.

Recordando que soy una persona adulta, busco mi teléfono con la intención de tomar fotos.

—Hermoso —expreso con respeto enfocando los rayos de sol que se cuelean por los espacios abiertos.

—Hermosa vos —dice robándome un beso.

«¿Por qué siempre tiene que oler a chocolate?»

—Ni tanto —contesto sacudiendo la cabeza.

Abrazándome por la cintura, como si nada hubiera pasado, acerca su cara a la mía para tomarnos una foto y, en vez de mirar la lente, me mira a mí.

Lo sé porque yo también lo miré.

—Volvamos antes que se te vuelen los pajaritos... Otra vez.

Sonríe resignado y emprendemos la vuelta en un silencio cómodo para encontrar a los bebés despiertos y dispuestos a seguir con la aventura. Nadia y él van con Diego a una cabalgata guiada y Lara se queda conmigo en el parque de juegos.

La tarde transcurre sin que nos demos cuenta y en el viaje a casa nos entretenemos imitando a los animales de la granja: que si el pato hace «cuac cuac», el cerdito «oinc oinc»... si el perro hace «miau» y el gato «guau».

Para delicia nuestra e indignación de Diego que no acepta que los adultos a su alrededor se confundan todo el tiempo.

A las siete de la tarde del domingo me toca llamar a mi mamá.

Me dicen que no es necesario cuando les sugiero que paremos en alguna estación de servicio y aprovechen a tomar algo mientras hablo por teléfono.

Los veinte minutos de charla incómoda se me hacen más largos que el resto del día que viví. Detallo qué comí, qué ropa usé. Alguna noticia de la tv, un par de novedades del trabajo y me dedico a escuchar pacientemente su perorata sin fin tratando de sacar en claro si ella está todo lo bien que puede estar y no necesita nada.

Al cortar, con un suspiro me hundo en el asiento y le gruño a Cristian que parece estar mordiéndose la lengua:

—Decí lo que tengas que decir. Y atente a las consecuencias.

—No puedo creer que pongas la alarma siete menos cinco para asegurarte de llamarla puntual. ¡Es demasiado hasta para vos!

—Aprendí a las malas. Si la llamo más temprano puede que la interrumpa mientras mira un programa y pasada la hora se preocupa. Ser puntual no me cuesta nada... más que un poco de planificación.

—¿Hace mucho que vive en Mar del Plata? —pregunta Nadia.

—Unos seis años. Cuando murió mi papá dijo que necesitaba cambiar de aires, así que vendió todo y se mudó.

—Creí que eran más unidas.

—De las veces que me escuchaste hablar de ella...—Contadas con los dedos, dicho sea de paso—, ¿cuál te hizo pensar eso?—encaro a Cristian elevando el tono de voz—. Perdón, no quise reaccionar así. —Me froto los ojos—. No, nunca lo fuimos. Es muy rígida en sus ideas y yo soy una gran decepción. Aunque viajo a verla cada dos o tres meses, las llamadas son sagradas.

—¿Y con tu papá? —me pregunta Nadia.

Cristian sigue manejando en silencio y, a través del espejo retrovisor, percibo su mirada atenta a mí.

—Al pobre lo agobiaba todo lo femenino. Ante cualquier cosa que le planteara, la respuesta era «háblalo con tu madre, ella sabrá mejor qué hacer», nuestro punto de encuentro eran los números. ¡Le daba tanto orgullo cuándo me cerraban los balances al primer intento!

—¿A qué se dedicaba? —pregunta Nadia.

—Contador público. El estudio estaba en el barrio y todos lo conocían. Era un personaje total, envidiaba a los que no padecimos llenar los libros contables a mano. «Así cualquiera» murmuraba cada vez que me veía cargar las facturas con el programa informático que usábamos en ese momento.

—Qué raro que no continuaste vos con ese estudio contable —reflexiona Cristian en voz alta.

—No... No se dio. Él... era mayor y se jubiló antes que me recibiera. Pero fue mejor así. —Intento sonar normal—. Empecé a trabajar para Gomes

y me va bien; no me puedo quejar —agrego con convicción mientras él parece estar en otra cosa.

—Esperá un poco, por favor —le pide Nadia a Cristian una vez que subimos todos los bártulos al departamento y nota su intención de irse rápidamente.

—Espero.

—Para el desayuno —le dice alcanzándole un paquete con pastelitos de membrillo que compramos en la estancia.

—¡Genial, gracias!

—Gracias a vos, disfrutamos de un día hermoso —se despide.

—Gracias por la invitación, Cristian. La pasamos muy bien.

Le doy un abrazo cortado porque siento un trazo de aroma a chocolate que me lleva a otros lugares y a otros tiempos... Y al beso corto que me dio a la tarde.

Ni bien cierro la puerta, vuelve Nadia.

—Tu papá cerró el estudio después que Diego te agredió ¿no? —me pregunta con el gesto serio.

Asiento levemente y desvío la vista al piso, la tristeza de esos días me golpea en el pecho:

—Aguantó dos días los chismes. Tenía un conocido que también era contador, así que en menos de un mes lo puso al día, le pasó los clientes y no volvió a pisar la oficina.

Capítulo 39

Pocas cosas me gustan más en la vida que sacarme los zapatos al entrar a casa.

Es abrir la puerta, dejar las llaves en el despojado y descalzarme.

Es mi momento: ¡ahora sí, llegué!

—¡Hola! —exclamo ejecutando mi ritual.

Diego viene corriendo y me estira los bracitos.

—¿Y tu mamá? —le pregunto luego de alzarlo y hacerle cosquillas en la panza.

Me señala la cocina en donde la encontramos enjuagando los platos, perdida en sus pensamientos.

—¿Qué tal todo por acá?

—Todo tranquilo —responde esquivando mi mirada.

Se nota que estuvo llorando, lo que me resulta raro porque en todo este tiempo nunca la vi hacerlo.

Si lo pienso, eso tampoco es sano.

—¿Estás bien? —Da la impresión de no encontrar las palabras para expresarse y se angustia nuevamente—. ¿Qué pasó? Podés contarme... ¿o querés que llame a alguien?

Respira hondo juntando fuerzas para no quebrarse.

Tiene sentido, considerando que Diego está atento a sus movimientos.

—Extraño mi casa, la rutina... hasta a las amigas que casi ni veía; a mi hermano.

—Es normal —respondo bajito— ¿A Diego también?

—Sí. No. No realmente. Un poco a veces. Pero extraño más mis cosas, poder... —Hace un gesto de impotencia que me parte el corazón.

—¿Poder?

—No importa. Todo eso quedó atrás. Necesito mirar para adelante. Por ellos y por mí.

—Claro, pero necesitás permitirte llorar por lo que fue, por lo que se perdió. Es normal. ¿Querés volver a San Luis?

—No tiene sentido si estoy distanciada de mi hermano. Me muero de vergüenza por todo lo que pasó... lo que nos hice pasar.

—Llamalo.

—No sé. —Niega con la cabeza.

—Llamalo, habla con él. Decile que lo querés.

Trata de disimular los lagrimones que caen por su rostro y no entiendo de dónde saca tanta fortaleza.

—Mamá. El nene. Upa vos.

Inventando una sonrisa, estira los brazos para abrazar a Diego que se ajusta a ella como un monito.

Lara está en su sillita de comer entretenida con algunos cereales que están dispersos en la bandeja. Los empuja con el dedito y, cuando logra tirar uno al piso, se ríe a carcajadas trayendo sonrisas a nuestros rostros.

En realidad, si miro alrededor, puedo entenderlo.

Capítulo 40

—Llegué yyyyy... ¡Tengo novedades! Espero que te alegren. Es necesario que estés con la mente abierta porque vamos a necesitar un poco de planificación pero son... ¡Noticias excelentes! —grito contenta descalzándome apenas cruzar la puerta del departamento.

—¿Qué pasó? —pregunta Nadia viniendo a mi encuentro.

—Si te interesa, podés hacer una pasantía de veinte horas en el estudio y con eso avalar lo que estuvimos practicando. No solo porque vamos a darte una carta de recomendación, sino también por los contactos que sumes en LinkedIn. Va a quedar bien en tu currículum.

—Yo... No sé qué decir. No...

—Lo ideal es que tomes jornadas de cuatro horas diarias. Esa semana yo podría organizar mi agenda para entrar a trabajar más tarde; necesitaríamos a alguien que se quede con los bebés por un ratito, nada más.

—No sé qué decir. Gracias.

—No es nada. Estás construyendo un mejor futuro para vos y tus hijos, eso es lo importante.

—Lo más importante —responde sonriendo.

—¡Hola Cristian! —atiendo el teléfono mientras reviso la heladera decidiendo qué preparar para cenar.

—¿A quién estás salvando hoy?

—A nadie. Y no me pelees que estoy de buen humor. ¿Qué tal tus cosas?

—Geniales. «Nuestros sobrinos» fueron el tema de conversación recurrente en el Centro de Día. Parece que voy a tener que concentrarme mucho mientras hagamos el amor si quiero que nuestros hijos se parezcan, aunque sea un poco, a mí. ¿Sabías que para tener varones la mejor posición es la del perrito? Yo me enteré hoy.

—No lo sabía. Lo voy a tener en cuenta —respondo sacando una bandeja con carne.

—Considerando que te encanta, las posibilidades aumentan.

—Cristian...

—¿Qué tal todo por ahí? ¿Quieren venir a comer conmigo?

—Va a tener que ser otro día, ya estoy preparando la cena.

—¿Y ese milagro?

—Yo cocino.

—Vos cocinás cuando no te queda otra opción. El cajón lleno de imanes de *deliveries* me avala.

Sonríó. Aunque hay algo de verdad en su afirmación, no voy a reconocerlo.

—No es justo para Nadia cocinar todo el tiempo y se pone incómoda cuando gasto plata, así que acá estoy.

—Tiene sentido. Listo, voy a cenar a tu casa.

—¿Perdón?

—Es que hoy hablaron tanto de ustedes que me dieron ganas de verte.

—Como amiga.

—Sí, bueno... eso tendríamos que discutirlo...

«¿Discutir qué?»

Ni pensarlo. A pesar de sus ojos miel y de que es más dulce que su aroma a chocolate las cosas entre nosotros están bien como están, ¿o no?

—Llevo helado... —Sigue ajeno a mis dudas—. Y mi propia comida si estás preparando algo que no sea de mi gusto.

—Qué considerado resultaste. —Resoplo.

—Dale, decí que sí.

—Raro que no apareciste directamente acá.

—No sabía si estabas o tenías otros planes, ¿puedo? Te extraño.

—Cenamos en una hora —respondo ignorando que también me hace

falta—. No es necesario que traigas nada.

—Llevo helado. Un beso en el lugar que más te guste.

Preparé pastel de papas con ensalada, así que no hay menú especial para «el niño».

Sentados alrededor de la mesa de la cocina, disfruto al verlos sonrientes y relajados tal y como debe ser.

Hasta Nadia empieza a sentirse más cómoda, lo que no es poco.

La conversación fluye con naturalidad y Cristian sugiere que su mamá puede quedarse con los bebés mientras ella hace la pasantía.

Aunque no es mala idea, la mirada azorada de Nadia me hace pensar que es necesario analizar mejor el tema antes de aceptar.

—Le va a encantar cuidarlos. Le digo y...

—No podés ofrecer a tu mamá sin saber sus horarios, si tiene ganas o algo que hacer.

—Estoy seguro de que no tiene dramas.

—Te avisamos cualquier cosa —dice Nadia con voz chiquita—. Gracias igual.

—De nada, Nadia —y susurra bajito en mi oído—. Creo que merezco un premio por la idea. Prefiero en especie.

No llego a responderle porque suena el intercomunicador.

Al estar más cerca del aparato, atiende Nadia. En estas semanas se familiarizó con el sistema de seguridad del edificio, así que también le sorprende que llamen a esta hora sin haber pedido comida.

—Belén, hay alguien en el *lobby* que quiere subir —dice alcanzándome el auricular.

—Tranquilas. Me tienen a mí por cualquier cosa. —Se envara Cristian al notar su gesto preocupado.

—Buenas noches, señora, le habla Pérez. Está Gustavo Martínez en

recepción. ¿Qué prefiere que haga?

—¿Qué tal, Pérez? Permítale subir, gracias.

—Muy bien. ¿Lo agregó a la lista de personas autorizadas?

—No, cualquier cosa le aviso.

—Que tenga buenas noches.

—Gracias, usted también.

—Vino Gustavo —le explico a mi platea expectante.

—Genial, tenía ganas de conocerlo —responde Cristian; está cruzado de brazos estudiándome con un aire retador.

—No hace falta. No va a quedarse mucho tiempo. —Enarca una ceja y decido ignorarlo—. Ahora vuelvo —digo al escuchar el timbre.

Abro la puerta y del otro lado está Gustavo con las manos en los bolsillos del pantalón y expresión incómoda.

Intercambiamos saludos y me aparto para que pase.

—No te esperaba.

—Yo tampoco esperaba venir —responde con un amago de sonrisa —
¿Qué tal tus cosas?

—Bien, todo bien. Casi no te vi estos días.

—Estuvimos bastante ocupados, normal —Parece incómodo y lo percibo esmirriado. Será que al tener a Cristian rondando, tomé el suyo como el tamaño estándar.

—¿Qué necesitabas?

—¡Epa! —exclama al entrar al living—. Qué...

—¿Blanco? —lo interrumpo.

—Iba a decir grande, pero sí. Blanco también.

—Es un departamento de tres ambientes.

—Claro, pero hay diferentes estilos de tres ambientes.

—Puede ser. —Creo que con los brazos cruzados y mi pie repiqueteando en el suelo queda claro que solo espero que diga lo que vino a

decir.

—Quería pedirte disculpas. Mi reacción fue exagerada y está claro que te enojaste.

—Te mandé un mensaje preguntando si llegaste bien y nunca lo contestaste.

—No, no lo hice. ¿Estás sola?

—No. Mis amigos están en la cocina.

—¿Amigos?

—Sí, amigos. Acepto tus disculpas, pero no tendrías que haberte molestado en venir hasta acá para eso.

—Quería saber si hay alguna posibilidad para nosotros. —Se tira de la barba y respira hondo—. Creo que estuvimos bien juntos y es una lástima que se corte por una boludez.

—No lo creo. Tenías razón, hay cosas que se dan o no... y entre nosotros no fluyeron. Igual podemos tener una buena relación, eventualmente vamos a cruzarnos en el trabajo y no tiene por qué ser incómodo.

—¿Todo en tu vida es descartable?

—¿Perdón? —Mi tono de voz se eleva.

—Tuvimos una diferencia y no querés saber más nada de mí.

—¿Siempre sos tan lento? —Aunque no sé de dónde viene eso, antes de considerarlo ya había salido de mi boca—. Pasaron casi dos semanas. Dos. Durante los primeros días en la oficina me evitaste, como si estuvieras ofendido cuando lo único que hice fue velar por nuestra seguridad. ¿Qué esperabas?

—Que pidieras disculpas.

Le recomendaría que se compre un banquito, así espera sentado, pero no creo que se lo tome muy bien.

—No va a suceder. ¡Me dejaste plantada en una esquina! Estaba dispuesta a hablar con vos, pero cuantos más días pasaban, menos sentido le encontraba.

—Te pido disculpas por eso.

—Y yo acepto tus disculpas.

Es Cristian el que corta el silencio incómodo al venir de la cocina y pararse a mi lado.

—¿Todo bien? —pregunta sacando pecho.

—Sí, quedate tranquilo. —Sonríó hacia él distrayéndome por un momento con su gesto protector.

—Amigos... mi culo —me parece escuchar que murmura Gustavo yendo hacia la puerta.

—Nos vamos a seguir viendo en la oficina, espero que nos llevemos bien —digo a modo de despedida.

Cerrando la puerta, me giro hacia Cristian que está de brazos cruzados.

—¿Qué? —Lo desafío paseando mi mirada por su rostro, la camisa a rayas arremangada, el jean, la manera en la que su postura resalta sus antebrazos... para volver a sus ojos entrecerrados.

—Creía que era un boludo importante pero es un boludo. A secas.

«Y eso que no escuchaste la teoría de Marisol».

—Vamos a cenar, querés —respondo meneando la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste que ya no estaban juntos?

Me acerco a él y lo tomo del brazo creyendo que así (ilusa de mí), puedo convencerlo de moverse y volver a la cocina.

—Sos mi primer amigo y me gustan las cosas tal como están.

—A mí no me gustan tanto. —Creo escucharlo mascullar entre dientes.

—¿Qué decías?

—¿Yo? Nada —responde poniendo cara de yo no fui—. Terminemos de cenar.

Estoy afinando el oído o la imaginación, porque a mí me pareció escuchar otra cosa.

Capítulo 41

Creo que Nadia está a punto de hacerle un agujero al piso.

Esta mañana fue a la casa de Claudia David, su hermano.

Y en cualquier momento viene a verlos.

Notarla tan nerviosa y emocionada es fuerte. Por lo general es una persona bastante parca en sus reacciones y hoy está desconocida.

Aunque ofrecí irme o llevarla a la casa de su prima para que estuvieran más cómodos; prefiere que me quede con ellos... supongo que a modo de amortiguador.

Acepté hacerlo, pero solo por un ratito.

Cuando suena el timbre, salta a abrir la puerta abrazando después con todo su cuerpo a la versión masculina de nosotras dos parada del otro lado.

Llora como una nena chiquita y a mí me parte el corazón.

Su hermano la consuela con frases que no llego a escuchar, le acaricia el cabello y la mece despacio.

En silencio, agradezco que los bebés estén durmiendo la siesta ya que los pondría muy nerviosos verla así.

—David, ella es Belén. Belén, él es mi hermano —nos presenta limpiándose las lágrimas que no dejan de correr por su rostro.

—¡Hola! Es un gusto conocerte.

En vez de darme un beso me abraza y me dice gracias con la voz quebrada.

Algo que definitivamente no me merezco.

Estoy a un minuto de empezar a llorar yo también.

Niego con la cabeza y les pregunto qué quieren para tomar.

—Agua está bien —me contesta David antes de volver con Nadia que sigue llorando.

Con la excusa de controlar a los bebés, los dejo a solas sentados en el sillón.

Cuando Diego se despierta, intento entretenerlo un rato más en la habitación para darles tiempo a hablar y aclarar las cosas sin demasiado éxito: en cuanto me descuido, se baja de la cama y se escapa al living.

Me estruja el corazón la imagen que encuentro más tarde al entrar con Lara en brazos. En el regazo de David está sentado Diego tocándole la cara, mientras él lo observa atentamente tratando de absorber todos los cambios que, a su edad, son muchos.

Lara se esconde en mi cuello como siempre que se encuentra con algún desconocido. Es que para ella, él lo es.

Me acerco despacio y se la doy a Nadia que se la muestra con orgullo a su hermano.

—¿Puedo pasar al baño? —pregunta David intentando aclararse la garganta.

Le señalo el camino y me acerco a consolar a Nadia a quien le corren ríos de lágrimas por las mejillas.

—Ya está, todo va a mejorar.

—Vino a vernos.

—Los quiere mucho, por eso vino. Van a poder aclarar las cosas. Es un gran paso.

Cuando David vuelve del baño con los ojos enrojecidos, dimensiono el dolor de la distancia. Me resulta increíble pensar que la última vez que estuvieron juntos, Lara tenía menos de un mes.

Y entiendo menos a la basura de Diego, que ni siquiera se preocupa por sus hijos.

—¿Estás segura de que no sos Farías? —me pregunta intentando hacer un chiste.

—Tendríamos que hacer un árbol genealógico para saber en qué momento nuestras familias se cruzaron. Es imposible que no seamos parientes.

Es cierto que Nadia y yo nos parecemos mucho. La complejión física,

el cabello oscuro, la nariz recta, las pestañas largas. Pero con él... ¡Es como si nos hubieran fotocopiado la mirada! La forma de los ojos, el color, el arco de las cejas. Aunque tiene los labios más finos que los nuestros y su mandíbula es más cuadrada, la similitud es increíble.

Lara, desde los brazos de su mamá, lo observa con curiosidad.

—Es hermosa —le dice a Nadia que parece obnubilada—. A Dieguito también se lo ve muy bien.

Ella se sienta más recta y quiero batirme en retirada cuando la conversación se centra en mí.

—Belén me enseñó a liquidar sueldos y a manejar un programa de gestión que se suele usar en estudios contables. Voy a hacer una pasantía en su trabajo.

—¡Qué bueno! Me alegro mucho por vos.

Diego le lleva juguetes, Lara ya no se esconde y nosotros no sabemos cómo rellenar el silencio.

—Bueno, los tengo que dejar —me despido de ellos—. Están en su casa. —Ante la mirada de aprensión de Nadia; ofrezco llevar a los bebés conmigo y me dice que no es necesario.

Capítulo 42

No planeé la tarde y se nota, si bien aproveché para pasar por el centro de estética y me hicieron masajes, un tratamiento facial, manicura y pedicura (a pesar de haber ido sin turno), solo me llevó un par de horas.

No sé qué hacer.

Pegarle un rato a la bolsa queda descartado: no voy a poner mis manitas hermosamente decoradas en unos guantes feos y no hay clases de Pilates los sábados.

Soy totalmente libre y dueña de mi tiempo. Excepto que no puedo volver a casa y no puedo llamar a mis amigas. Ni siquiera tengo encima la tarjeta de ingreso a la oficina para adelantar tareas.

«¿Antes qué hacía?»

Ir al shopping un sábado a la tarde está fuera de mis límites. Odio sentarme sola a tomar algo, así que no voy a ir a un café. Como las botas que tengo puestas no están pensadas para las vereditas rotas de Buenos Aires tampoco puedo seguir dando vueltas por ahí.

Igual, el rato caminando rindió sus frutos: pasé por una tienda de decoración y desde la vidriera un elefante de jade blanco me invitó a entrar... y a salir con él envuelto para regalo a pesar de que el vendedor sugirió que lo pusiera al lado de la cama si quería concebir... y me dijo que «al ser de jade fortalecía la unión de pareja».

Voy a quedarme con que es un símbolo muy poderoso de protección e ignorar el resto.

Por las dudas, antes de perder el valor y guardarlo, llamo a Cristian para saber en qué anda y darle su regalo.

—Hola Belén, ¿cómo estás?

—Muy aburrida. ¿Vos qué estás haciendo?

—Recién salgo de Aikido. ¿Por qué aburrida?

—Vino el hermano de Nadia. Están en el departamento y no sé qué hacer. No me gusta salir a comer sola, tampoco ir al shopping los sábados. Ya estuve en el centro de estética, no puedo trabajar. Tampoco llamar a las chicas...

—¿Todavía no les contaste de Nadia?

—De la semana que viene no pasa.

—¿De mí tampoco les hablaste?

—Bueno, a Anabella...

—Es horrible ser tu secreto —me corta—. Si fueras honesta podrías estar con ellas. Y en cambio estás sola, sin saber qué hacer y conmigo como tu última opción.

—No sos mi última opción.

—Sí lo soy. Me llamás cuando necesitás algo o no tenés a nadie más.

No es completamente cierto; decidí llamarlo porque tengo algo que darle, algo que me hizo recordarlo. Con el agregado de dejar mi impronta en uno de sus objetos preferidos.

—Entonces...

—¿Entonces? Entretenete sola. No quiero ser tu secreto. Creo que tampoco quiero ser más tu amigo.

—¿Cuántos años tenés? ¿Me hacés un corto mano corto fierro por teléfono?

—Pensá lo que quieras.

—Vos también.

—Que te vaya bien.

—A vos mejor.

—Chau.

Y cortamos.

—Me preguntó si quería volver a San Luis con él —dice Nadia apenas entro a casa bastante más tarde.

—¿Y vos qué querés hacer? —pregunto tirándome en el sillón.

—No sé. ¿Comiste?

—Sí sabés. Y gracias, ya cené. —Es cierto, lo hice en un local de comida rápida con el teléfono de armadura y la bolsita a mi costado a modo de recordatorio de lo tonta que puedo ser.

—Va a ser difícil verle la cara a todos, no quiero que me tengan lástima... pero extraño mucho.

—No deberías preocuparte por eso, la gente tiene memoria de corto alcance. Tenés que considerar qué es lo mejor para vos y para los bebés... Ya sea quedarte acá o volver.

—No quiero seguir molestando y mi hermano me ofreció su casa. Podría ayudarlo con lo que necesite, fuera de temporada puedo ocupar una de las cabañas del complejo. También sería más fácil encontrar a alguien para cuidar a los bebés mientras trabajo y dependiendo de lo que ahorre, el año que viene estaría por mi cuenta pero cerca de mi familia.

—Suena a que tenés la decisión tomada.

—Tendría que hablar con la abogada. Diego está acá y si me voy... No es que haya pedido ver a los bebés —aclara rápidamente—. Tengo que considerarlo.

—¿Hasta cuándo se queda tu hermano?

—El tiempo que yo necesite. Quiere estar con los bebés... dijo que él podía cuidarlos mientras voy a la oficina, aunque me pone nerviosa porque no tienen un vínculo, ¡y nunca cambió un pañal! Quiere acompañarme a la abogada. También hablar con vos.

Una sonrisa ilusionada cruza su rostro y me alegro por ella. Se merece que todo salga bien.

—El vínculo se crea, los bebés van a acostumbrarse a él. Y lo de los pañales, más tarde o más temprano va a ver cómo se hace. Podés ponerlo a practicar estos días.

—¡Pobre!

Nos reímos en complicidad, ya más relajadas porque sus cosas se van encaminando.

Capítulo 43

—Ani...

—Sé de primera mano que no hablaste con las chicas. El grupo de chat sigue lleno de las charlas de siempre ¿Por qué, Belén? No te van a juzgar.

—No es eso, yo... —Recorro con el cursor las nuevas disposiciones del Banco Central.

—Tampoco van tenerte lástima. Es eso, ¿no?

—No sé, me da vergüenza. Voy a hacerlo. —Algún día—. Todavía no puedo.

Respira hondo y siento el calor subiendo por mis mejillas.

—Así que el hermano de la chica está en Buenos Aires.

Agradezco el cambio de tema. No importa la distancia, seguimos en sintonía.

—Sí, se llama David y parece buen tipo. De nuestra edad, viudo, sin hijos. Creo que le va bien económicamente; me mostró el sitio web en el que promociona su complejo de cabañas y se ven lindas. Además, están en un lugar paradisíaco.

—¿Paradisíaco? ¿Más que los glaciares? Permitime dudarlo —Suena molesta.

—Es diferente, pero hermoso también. —Escucho su bufido de descontento. Nada como decir que existe un paisaje mejor que el de su provincia de adopción y se pone a la defensiva—. Me mostró fotos cuando cenamos el lunes y hablamos bastante. Hay algo familiar en él. Es amable, tranquilo... centrado.

—¿Es un candidato potable?

—¿Vos estás loca? —Me remuevo en la silla con disgusto y apago la computadora—. Por más simpático que sea parecemos hermanos; no te das una idea de lo raro que resulta. Es verme a mí con el pelo corto y vestida de varón.

—¡No te lo puedo creer! ¿Tanto así?

—Es impresionante, necesitamos hacer un árbol genealógico. Después te mando fotos.

—Ay, Belén, Belén. ¿Nadia vuelve con él a San Luis?

—Sí, la abogada dijo que podían irse tranquilos. Ella nació allá, los bebés también y nunca hicieron el cambio de domicilio.

—Un problema menos.

—No es un problema. Es... —Hacerme cargo de mis actos—. No importa. —digo porque no podría explicárselo.

Si David apenas entendió por qué no pude aceptar su cheque para cubrir los gastos de Nadia y los bebés; menos va a entender ella. Y eso que él se culpa por no haber frenado a Diego en su momento o no haber estado más atento y lo agobia pensar que Nadia tuvo que quedarse un refugio... Así y todo no cree que yo (también) sea responsable de la situación.

—¿Ustedes cómo están?

Seguimos hablando y me callo la mitad porque lo pasado ahí está y solamente nos queda mirar para adelante: *pa' tras* ni *pa' tomar* impulso.

Por lo pronto sé que tengo una cabaña a mi disposición si alguna vez quiero visitar San Luis.

Si no desdramatizo yo, ¿entonces quién?

Capítulo 44

Estoy en mi vestidor camuflando en el montón de ropa un par de camisas, un pantalón y un saquito que compré para Nadia. Va a llegar en un rato y quedamos en buscar, entre mis cosas, prendas que la hagan sentir cómoda y sean adecuadas para la oficina.

El jueves empieza la pasantía en la empresa y vuelven a San Luis el fin de semana siguiente.

Los cuatro.

Creo que se me va a volver a romper un poco el corazón.

Además, extraño a Cristian.

Pero ahora no puedo pensar en eso, el sonido de la llave en la puerta indica que tengo compañía.

Diego corre hacia mí todo lo rápido que le permiten sus piernitas cortas.

—¡Lelé! Tío Avi y el nene... —junta las manitos y grita emocionado—. ¡Tren!

—¿Tan lindo era el tren?

—¡Siiiií! —dice feliz.

—¿Qué tal les fue a ustedes? —le pregunto a Nadia.

—Bien, ya hicimos las notificaciones y eso nos cubre. Tendré que volver a firmar o por alguna pericia, pero podemos irnos en cualquier momento.

—Sabés que cuando vengas a Buenos Aires esta es tu casa. No tenés que preocuparte por eso.

—Gracias, de verdad.

—De nada, pero para la verdad, vamos a mi vestidor a armar los *looks*.

—No hace falta, yo...

—Sin discutir. ¿Por favor?

Casualmente «encontramos» un pantalón gris y varias camisas que ya no uso «porque me quedan chicas»; además de dos remeras, un traje pantalón negro, una falda de rayitas y algunos saquitos. Todo combinable; solo quedan pendientes los zapatos que David se ofreció a comprarle.

Si el nerviosismo pudiera medirse, creo Nadia rompería los máximos. No llegó tarde a la oficina, pero sí muy ajustada porque Lara la manchó justo cuando estaba saliendo y tuvo que volver a cambiarse.

Excepto ese percance, todo va tal cual planeamos. Ella entró temprano y yo programé mi agenda para estar libre hasta el mediodía, así que el tiempo que David va a pasar a solas con los bebés es corto.

Menos mal, porque los observa como si fueran *aliens* mientras ellos pelean por un juego de cubos que trajo para Lara.

—¿Qué hago? —me pregunta.

—¿Distraerlos? —Sonríó con complicidad antes de confesarle que es la primera vez que los cuida sin que Nadia esté presente.

—¡Qué buena idea! Vos prendé la televisión que yo abro la puerta y te espero para huir.

—Me gusta tu manera de pensar; pero había entendido que la idea era que los cuidemos, no que huyamos.

David levanta a Lara del piso y le muestra su teléfono poniendo fin a la disputa.

No creo que sea lo más aconsejable, pero resulta. Y yo me tengo que ir.

—Cualquier cosa... —le digo desde la puerta sin completar la frase porque no se me ocurre qué sugerirle.

—Tengo permitido empezar a llorar yo también.

—Qué bueno que lo tengas claro. ¡Bye!

Al llegar a la oficina, Marisa me cuenta que Nadia estuvo haciendo fotocopias toda la mañana. No es lo ideal, pero tampoco está tan mal.

Quisiera llamar a Cristian para contarle todo lo que vivimos esta semana, pero decidió alejarse de mí y, aunque me haga falta, no voy a ser yo la que acorte distancias.

¿O sí?

Capítulo 45

El viernes decido que sí. Él estuvo para mí hasta cuando no sabía cuánto necesitaba contar con alguien... y me hace reír.

—Belén. —Suenan como un gruñido.

Según parece, la conversación no va a ser fácil.

—Hola, Tian. ¿Podemos hablar?

—Dale.

—¿Ahora por teléfono o preferís que vayamos a tomar algo?

—Me da lo mismo.

—Invito yo. ¿Qué te parece?

—¿En tu casa?

—Podemos ir a casa después, pero nosotros necesitamos hablar tranquilos. Nadia empezó ayer la pasantía y no se merece tenernos a nosotros alrededor con mala cara.

Escucho que suspira y percibo cuán importante es para mí aclarar las cosas con él.

—En el bar en el que nos reencontramos alrededor de las siete, ¿te parece bien?

—Perfecto —respondo aliviada.

—Un agua sin gas, por favor —le pido al barman.

Otra vez estoy sentada a solas frente a esta barra con una bebida que voy a beber en un par de tragos esperando a alguien que quizás me deje plantada.

«Alrededor de las siete... ¿Qué hora es esa?»

Para mi gusto las siete y media no aplican como cercanía, pero voy a esperar un rato más.

Ocho menos veinte llega Cristian con el cabello húmedo; campera de cuero, la camisa con los dos primeros botones desabrochados que permiten vislumbrar el hueco en el me gusta detenerme cuando lo recorro a besos y un jean que se ajusta a sus partes interesantes (haciéndolas aún más interesantes).

Otra vez levanta la cartera de la butaca a mi lado y se sienta después de darme un beso leve en la mejilla.

Huele cómo me gusta: a chocolate y a él.

—¿Qué tal tu semana? —pregunto para romper el hielo.

—Bien —dice estudiando la carta en vez de prestarme atención.

—Qué bueno. ¿La paciente que te preocupaba? ¿Avanzó?

—Sí, por suerte sí.

Sin mirarme pide una cerveza tirada. Esta indiferencia no es algo a lo que esté acostumbrada.

—Tengo algo para vos. Lo encontré el sábado —digo sacando su regalo de mi cartera.

Con una imitación malísima de una sonrisa y un gracias a media voz abre el papel de seda.

—Es blanco.

—Pero es un elefante.

—Blanco.

—Te extrañé. —Si no me sincero yo, esto no va a ningún lado.

Pasaron algunos meses desde que nos reencontramos en este lugar y me resulta increíble pensar de qué manera cambió mi percepción sobre él. Cómo se hizo especial y necesario.

—¿Qué exactamente? —pregunta acariciando distraído los contornos del elefante que, efectivamente, es blanco.

—Hablar con vos, que me cuentes tus novedades; contarte las nuestras.

—Buen punto. —Con cuidado, vuelve a envolver el elefante. ¡Esas manos!—. Las nuestras, no las tuyas. Las novedades de tu casa, no qué pasa

en tu vida. Las travesuras de Diego, no cómo te sentís vos. La pasantía de Nadia, no cómo te va en el trabajo. ¿Sigo?

—Yo estoy contenta y triste. Vino el hermano de Nadia, se reconciliaron y vuelven a San Luis. Es lo mejor para ella y los bebés, pero voy a extrañarlos. Me puse firme en el trabajo y creo que van a asignarme las cuentas que quería. Eso o piensan echarme. —Ni un gesto de su parte. Solo silencio—. Mañana voy a ver a las chicas; hace un tiempo hablé con Ana por teléfono, pero necesito contarles a ellas. Te extraño. —Se me quiebra la voz—. No es fácil para mí, Cristian. Estoy acostumbrada a llevar mi vida de cierta manera y a guardarme lo que me pasa. Yo... —¡Basta! Soy fuerte. Carraspeo—, durante mucho tiempo esa fue la única forma que encontré para protegerme. Y seguí así... —Trago grueso—. Y se hizo costumbre. No quiero que seas mi secreto; quiero que seas mi amigo.

—¿Qué voy a hacer con vos? —pregunta dándome la mano para que baje de la butaca y me acomode entre sus piernas.

Nos abrazamos y es como si algo de lo que está desacomodado en mí volviera a su lugar. Suspiro y respiro su esencia familiar que me transporta a un lugar mejor.

—¿Vos no pensarás arreglarme con una botella de cerveza y un elefante blanco, no?

No me queda más remedio que reír e invitarlo a cenar tal cual lo prometí.

Capítulo 46

Es sábado y otra vez voy camino a un café para contarles a las chicas por qué estuve perdida estas semanas.

Si bien participé activamente de nuestras charlas grupales en el Whatsapp, estoy acostumbrada a desviar la atención de mi persona con preguntas o tonterías y que todo quede en una nebulosa.

Hasta ahora.

Creo que llegó el momento de contarles mi verdad y también me gustaría que conocieran a Nadia antes que vuelva a San Luis.

Consigo un lugar para estacionar y descubro que soy la primera en llegar. Es cierto que estoy diez minutos adelantada, pero aun así no es del todo extraño.

Lucía es la menos impuntual. Marisol y Daniela siempre, siempre, siempre se atrasan. Viven en el mismo edificio y suelen usar un solo auto multiplicando su demora.

Es frustrante esperarlas cuando sabemos que no van a estar a la hora en que quedamos. En algún momento, con Lucía empezamos a agregar un margen de tardanza... que ellas sumaron a su hora de llegada descontextualizando toda la idea.

Veinte minutos después entran Marisol y Daniela como si nada. Técnicamente, llegar diez minutos tarde es todo un logro.

—¿A quién tenemos que enterrar? —pregunta Marisol luego de los saludos.

—Que yo sepa... a nadie —respondo encogiéndome de hombros.

—Menos mal, porque ayer mi mamá me hizo las manos —responde con un guiño.

—Van a enojarse conmigo, pero tus uñas no corren peligro.

—¿Tiene que ver con que este último tiempo estuviste más distante que de costumbre?

«¡Y yo creyendo que nadie lo había notado!»

—Sí. Viene de antes, pero sí. Esperemos a que llegue Lucía.

—Yo tengo hambre y ella siempre pide sin nosotras, así que...

Trajeron la comida y Lucía todavía no vino.

Es raro, aunque le llegan los mensajes, no responde el teléfono.

—¿Confirmó que podía?

—No hoy, pero tampoco canceló.

—¿Llamamos a Pedro?

—En un rato, démosle un poco más de margen —dice Marisol—. Igual, podés empezar sin ella.

—No quiero explicarlo dos veces. Prefiero esperar a que estén todas.

—Esperemos, entonces.

Seguimos charlando de naderías y la hora pasa sin ninguna novedad.

—Me estoy preocupando —dice Daniela al llamar nuevamente a Lucía y no obtener respuesta.

—No hace falta desesperar, seguro se olvidó y está en el gimnasio tomando alguna clase.

—Sí, seguro es eso —respondo y decido empezar a contarles.

Las caras de las dos van del enojo al estupor al escuchar mi relato, interrumpiéndome varias veces con preguntas y maldiciones.

Tendría que haber hecho esto por teléfono.

—¿Y si Diego se entera de que estás ayudando a esa chica? —me pregunta Marisol.

—No le tengo más miedo. Sé defensa personal.

—¡Belén! —Se molesta Daniela.

—¿Qué? Es cierto. Tengo ganas de partirle la cara. Nos la debe.

—Qué hijo de puta, ¿la vez que tenías el cuello marcado fue él? —rememora Marisol.

—Sí, eran sus dedos —respondo sabiendo exactamente a qué vez se refiere. Todavía recuerdo la vergüenza que sentí cuando me preguntó y las excusas que inventé. Pero no quiero darle más vueltas a ese asunto—. Eso ya no importa. Tengo que contarles algo más.

—¿Hay más?

—¿Se acuerdan de Cristian, el hermano de Martín?

Asienten y hago tripas corazón.

Creo que las carcajadas de Marisol se escuchan a diez metros a la redonda; está encantada con la idea de nosotros juntos. Aunque le aclaro que ahora somos solamente amigos, tira abajo mis objeciones acerca de la edad, el tamaño y la circunstancia no menor: él no cree en el amor de pareja.

Es un cambio de clima bienvenido, ya que Daniela había llorado un poco con mi relato anterior y ella parecía a punto de destrozarse la servilleta que tenía entre las manos.

—Fue áspera —les cuento respecto de nuestra última discusión—. Se enojó conmigo por no contarle a nadie lo que pasa en mi vida. Igual aclaramos las cosas, cenamos juntos y volvimos a ser «solamente amigos».

—Es que no es sano que te guardes todo, Belén. ¿Cómo puede ser que nosotras no nos diéramos cuenta de esto? —le recrimina Daniela a Marisol.

—Respecto a lo de Diego, siempre dijimos que había algo raro. Pero las veces que preguntamos ella negó todo y él no la dejaba a solas con nosotras... tampoco nos veíamos tanto. Aunque eso no justifica no haber estado ahí —agrega en un tono de disculpa.

—No estuvieron porque no las dejé.

—Eso no es excusa; no puedo creer todo lo que pasaste. ¿Él provocó que te cortes con la copa? —Cuando asiento, Daniela me agarra la mano y empieza a lagrimear otra vez.

Disimuladamente, me toco el antebrazo con dos dedos pidiéndole auxilio a Marisol.

—Pensar que la tuvimos sentada en tu living llenándonos de evasivas. Después apareció Gustavo y pensamos que era eso lo que se guardaba. ¡No me digas que estuviste con los dos al mismo tiempo! —Aplaude entusiasmada.

Queda claro que todavía recuerda una de nuestras señas secretas, pero no necesitaba ese tipo de auxilio.

—¡Shhhh! —Intentamos callarla antes de empezar a reírnos con carcajadas llorosas.

—Nooo, juro que no.

—Tampoco sería taaan raro, si nos organizamos cog...

—¡No hables así! —la interrumpe Daniela.

—¡Menos raro sería encontrar una gallina con trenzas! —exclamo.

—¿Por qué a ella le dejan decir refranes y a mí no?

—Tu frase no fue un refrán, fue una ordinariez —aclaró Daniela y Marisol le saca la lengua.

—Hablando en serio —digo limpiándome las lágrimas y conteniendo la sonrisa—, apenas puedo con un hombre, mirá si voy a manejar a dos simultáneamente. Estuve con él y, después de un tiempo, empecé a salir con Gustavo. —No blanqueo que, mientras estuve con Gustavo, Cristian y yo mantuvimos un par de conversaciones subidas de tono.

—El coloradito que yo recuerdo no era tan pasivo. —Se recupera Marisol.

Niego con la cabeza al escuchar el diminutivo.

—Cristian es mi amigo sin roces.

—¿Tengo que creer eso? —Frunce el ceño con desconfianza—. ¿Ni un poquito te tienta? ¡No me jodas! —Abre los ojos exageradamente—. ¿Tan malo es en la cama?

Lo bueno de tener la tez oscura es que no se nota (tanto) cuando me sonrojo.

Igual, creo que ahora sí se nota.

—¡No voy a hablar de eso!

—Parpadeá dos veces si es bueno y una si no lo es —insiste Marisol.

Le doy el gusto y parpadeo dos veces.

Aplaude y pongo los ojos en blanco.

—Me queda una duda. —Daniela se aclara la garganta y yo tiemblo—. ¿Por qué cortaste con Cristian?

Marisol deja el vaso sobre la mesa y me estudia con atención.

Tomo del mío para ganar tiempo y Lucía todavía no llega.

—Estuvimos hablando del pasado y eso hizo que reflotaran malos recuerdos, yo... reaccioné muy mal. No me gustó de la manera en la que me miró.

—Él... ¿vos? Si es así voy a...

Si conozco a Marisol, está planeando maneras de hacerlo sufrir.

—Me miró con lástima —la interrumpo avergonzada—. Así que me enojé y lo bloqueé en todos lados. Después pasó lo de los llamados, volvimos a hablar y bueno... decidimos ser amigos.

En vez de responderme, tienen una de esas conversaciones sin palabras que se nos dan tan bien, pero no quiero escucharlas.

Reviso mi teléfono y todavía no hay novedades de Lucía.

—Vas a decirnos cualquier cosa que necesites. Estamos para vos, siempre —se despiden en la puerta del café.

Sé que es cierto. Y un poco me arrepiento de haber manejado las cosas de esta manera.

Vuelvo a casa sintiéndome más liviana y me encuentro a solas porque David llevó a Nadia y a los bebés a pasar el fin de semana a la quinta de uno de sus amigos.

Esta es mi situación normal: una casa impecable sin ruidos ni gente alrededor.

Una vez más intento llamar a Lucía sin obtener respuesta y pruebo con Pedro.

Lucía tuvo un accidente camino a nuestro encuentro.

Todo lo que toco... rompo.

Capítulo 47

Lucía está lastimada por mi culpa. Según dicen, tiene contusiones leves, lesionada la rodilla y también la cervical. Lo más conveniente es que me mantenga alejada.

Quedarme sola es lo mejor que puedo hacer, de este modo me aseguro de no dañar a los que me rodean.

Dormito inquieta y me despierta mi teléfono sonando al mismo tiempo que el timbre de la puerta.

Al teléfono está Cristian y declino su llamada.

A la puerta no sé quién está pero, si no deja de tocar, en cualquier momento va a aparecer un vecino quejándose.

Como eso es lo último que necesito hoy, voy a abrir.

Es Cristian que me abraza sin decir una palabra.

Ni siquiera me calcé; así que, perdida entre sus brazos, quedo reducida a un despojo que llora en silencio.

—Shhhh, tranquila. No fue grave. Lucía se va a recuperar.

—¿Cómo te enteraste del accidente? —pregunto percatándome de que yo no le dije nada; simplemente me guarecí en él como si pudiera protegerme de todo mal.

—Lucía le pidió al médico de la ambulancia que llame a Martín y él me avisó. Ya está en la casa, le dieron el alta. No tenés por qué preocuparte.

—¿Qué no tengo por qué preocuparme? —grito alejándome de él—. Todo lo que está a mi alrededor resulta lastimado. ¿Sabés adónde iba hoy Lucía cuando chocó? A encontrarse conmigo. ¡¿Entendés?! Si yo no fuera tan cobarde y les hubiera contado antes todo lo que pasó, ella no habría estado ahí. Fue mi culpa.

—Fue un accidente. Vos no manejabas su auto ni le dijiste que tome

por esa calle, ¡ni que hubieras maniobrado mal con la moto que causó todo el problema! No fue tu culpa. —Trata de acariciarme las manos y me alejo otra vez.

—Sí. ¡Todo es mi culpa! Nadia está acá por mi culpa. ¿Quieres saber por qué ese tipo la golpeó tan fuerte que le aflojó los dientes? ¿Quieres saber? Porque se me dio por hacerme la cocorita en un *shopping*, la gran superada. «Ya no te tengo miedo», le grité a Diego cuando lo vi después de años. «Espero que sea mejor esposo con vos que lo que fue conmigo», le dije a ella.

—No podés hacerte responsable de eso —dice dando un paso hacia mí.

—Responsable no. —Niego con pesar—. Culpable. Cuando me los encontré, ella no sabía que Diego había estado casado. Se lo preguntó y él la mandó al hospital. Por mi culpa.

—Que él sea un maltratador no es tu culpa.

—Y si... y si... ¿La mataba? ¿La mataba porque yo no lo denuncié cuando me lastimó a mí? —Con el dorso de la mano me limpio las lágrimas que no dejan de caer—. Por tu propio bien: andate, Cristian. Dejame sola. Tengo que estar sola. —Respiro hondo intentando no quebrarme.

—No —responde y me abraza fuerte.

Quiero luchar y pedirle que se vaya. En cambio me aferro a él, que me alza en brazos y me lleva al sillón.

Durante un largo rato no dejo de llorar en su pecho mientras me cobija y murmura palabras de consuelo.

—¿De verdad Lucía está bien? —le pregunto bajito separándome con pesar y clavando mis ojos en su mirada preocupada, tiene las cejas casi unidas y el gesto serio.

Esto no es justo para él.

—Sí, quedate tranquila.

Sus brazos me envuelven y me reconfortan.

—¿Diego te lastimó muchas veces? —pregunta usando un tono neutro sin dejar de acariciarme la espalda.

Asiento, pero en honor a la verdad: no sé cuántas veces son muchas veces.

Ahora sé que con una es suficiente.

Eso, me guste o no, marca un patrón de comportamiento al que no hay que darle la chance de aflorar.

—No sé si fueron tantas, tampoco es que las contara. Podían pasar meses en los que todo estaba tranquilo y en un par de días explotaba varias veces.

—Entiendo —Escucho los latidos agitados de su corazón, pero la mano que me acaricia no varía el ritmo—. Qué... —Carraspea—. ¿Qué te decidió a pedir el divorcio?

—Me quebró la muñeca delante de mi papá. Él le exigió que me deje en paz. Le dijo que si no se alejaba de mí íbamos a denunciarlo —le cuento con voz chiquita.

—Hijo de puta. Yo nunca te lastimaría.

—Lo sé.

—Lamento mucho todo lo que te tocó vivir.

Seguimos hablando durante horas de mi matrimonio, quién fui y en quién me convertí.

Me abraza más fuerte y me siento más liviana. Respecto a esto, al menos.

La mañana me encuentra acurrucada contra él que no se movió de mi lado.

Desayunamos en silencio, cada uno perdido en su mundo y cuando lo acompaño a la puerta me vuelve a abrazar pidiendo que me quede tranquila.

—Gracias por confiar en mí. Contá conmigo para lo que necesites —dice antes de besarme levemente en los labios.

Levanto la mirada y me guiña un ojo.

—Aguanté todo lo que pude. Por lo menos reconoceme eso.

Meneo la cabeza y cierro la puerta sin contestarle.

El zorro pierde el pelo pero no las mañas no puede sentirse más

adecuado.

Capítulo 48

Al volver de la casa de los papás de Lucía, escucho carcajadas y gorgoritos.

Cristian y Diego están sentados a la mesa del comedor jugando con unos rollos de masa que no estaban acá esta mañana.

Hacen formas y las aplastan a los gritos, para deleite de Lara que está sosteniendo un mordedor nuevo.

—Llegué.

—¡Lelé! Tian al nene regalo. A Lara *Tamien*. ¡Mirá! —dice Diego mostrándome sus tesoros ante esos ojos que no se pierden ni uno de mis movimientos.

—¡Qué lindo! Gracias, Tian.

—De nada. ¿Necesitás buscar algo antes de volver a salir? —me pregunta levantándose de la silla.

—¿Qué? No necesito nada —respondo yendo a guardar el abrigo.

—No tan rápido. Nadia, me llevo a Belén sin hora de regreso. ¿Ok? —Saluda a los bebés y me saca por la puerta antes de siquiera poder decir esta boca es mía—. ¿Adónde querés ir? —me pregunta una vez que estamos en la calle.

—¿A mi casa?

—Necesitamos hablar y ahí hay mucha gente. ¿Un bar o mi departamento?

—No quiero hablar más.

—No es para presionarte por más detalles de tu matrimonio, a menos que quieras dármelos. Es para que estemos tranquilos, relajados... y me cuentes cómo estuvo la visita a Lucía.

—Un bar me parece bien.

Al final elegimos una cafetería.

Nos traen unos cafés cargados y unos tostados que comemos en silencio.

—¿Estás mejor?

Hago un movimiento vago con la cabeza: la imagen de Lucía con el labio roto, los moretones, el cuello ortopédico y las muletas es difícil de digerir.

Como si sus malestares físicos no fueran suficientes, también está mal porque Pedro sospecha que ella lo engaña con Martín. Ayer, cuando le preguntaron a quién contactar, Lucía pidió por su ex novio que se tomó bastantes más atribuciones de las que Cristian me dio a entender.

—¿Van a quedarle secuelas? —pregunto aclarándome la voz.

—No. Si hace la fisioterapia correctamente, no. Tampoco creo que la lesión de la rodilla necesite cirugía, y es lo más grave. Con tiempo y paciencia Lucía va a estar perfecta. Le dijo a Martín que está enamorada. Que va a mudarse con... ¿Pedro?

—Eso si logran recomponer las cosas. No puedo creer que tu hermano haya sugerido que seguían juntos.

—Si no decía que era su pareja no iban a dejarlo pasar a verla. Además, fueron y vinieron tantas veces que quién sabe. Yo no tenía idea de que ella estaba tan enganchada con otro.

—Te lo conté. Lo ama y él... la acepta, la acompaña, la potencia. Solamente espero que puedan aclarar todo. —Ojalá Pedro me haya escuchado cuando le dije que las apariencias engañan y le pedí que la deje explicarse—. ¿Martín cómo está?

—Enojado. Salió renegando porque Lucy le propuso ser amigos... sin derechos. No sé quién aceptaría una cosa así —dice sonriendo levemente detrás de la taza—. Él contestó que no, igual no sé cuánto tiempo le va a durar. La quiere.

—No la quiere realmente... o no la quiere bien. Es que él... —Aprieto los puños ¡Ay si lo tuviera adelante!

—No hablemos más de mi hermano. ¿Vos cómo te sentís?

—Ayer no te dije: le conté a Daniela y a Marisol de nosotros. No se enojaron tanto como me lo merezco, pero me queda Lucía. Con todo lo que pasó va a ser más difícil.

—¿Difícil por qué?

—Hola qué tal, hermano de Martín.

—Ah, eso. Vas a tener que contarle. Me hacés falta y nos gusta estar juntos.

—Voy a contarle... en cuanto esté mejor —respondo con voz cansada.

—Me dijo Nadia que vuelven a San Luis el fin de semana que viene.

—Sí. Aunque los voy a extrañar, es lo mejor para ellos.

—Diez minutos de charla sin incluir la palabra culpable. Debe ser un record.

—Soy culpable, pero débil. No quiero pensar en eso.

—Tengo una oferta para que te distraigas. Te va a sorprender.

—¿Y eso?

—Te juro. Te saca el aliento y elimina cualquier pensamiento racional.

—Con las puntas de sus dedos juguetea con los míos y sus ojos brillan pícaros.

—¿Qué es?

—Sexo, ¿Qué más va a ser? ¡Ah! Conmigo, obvio.

—¡No! —digo dándole una palmada en la mano.

—¿Por qué no?

—Porque ahora necesito estar sola, pero cuando decida estar con alguien quiero una relación. Quiero a alguien que quiera estar conmigo.

—Nadie quiere estar más con vos... que yo.

—Alguien que crea en el amor de pareja. Que quiera formar una pareja. Quiero... hijos.

—Querés muchas cosas.

—Demasiadas.

—No son demasiadas cosas. Te merecés todo, Belén.

En realidad no merezco nada pero, aun así, no puedo evitar ese deseo.

—Te escucho y parece que lo entendés; igual presumo un pero que va a mostrarme que no entendés nada.

—Podés estar sola conmigo hasta que aparezca algo mejor. Te mentiría si dijera que no ocupo mucho lugar, pero puedo ser muy silencioso si me lo propongo. Casi ni te enterarías de que estoy con vos.

Riéndome a mi pesar, declino de su oferta.

—¿Por qué?

—Estuvimos juntos, Cristian. Sos re ruidoso.

—Ah, no. Si habló la mudita.

Casi hace que me atragante con el café.

Tiene un poco de razón.

—Nadie me puede criticar por haberlo intentado —dice una vez que volvemos a casa—. Sabés que contás conmigo. Para escucharte, hacerte reír, olvidar. Lo que quieras.

—Gracias —respondo antes de abrazarlo.

Hay algo tan natural y reconfortante en su contacto; es como si nuestros valles y honduras se complementaran encajando perfectamente: mi cabeza en su pecho, su mejilla en mi cabello, ¡hasta su mano tiene el tamaño exacto para cubrir el espacio entre mis omóplatos!

No tengo que pensar en eso.

—Para lo que necesites. Me alegro de verte mejor. —Se despide con un beso corto en los labios, aunque no todavía—, nunca me contaste qué opinaron las chicas acerca de nosotros juntos.

Tampoco estoy lista para dejarlo ir.

Aunque debería.

—Es cierto, me olvidé.

—¿Qué dijeron?

—Me elogiaron el buen gusto.

—No esperaba menos. —Vuelve a darme un beso más profundo que me estremece y se aleja con una sonrisa engreída en los labios.

Aunque me quedo colgada de las sensaciones que me genera, igual lo despidió.

Necesito estar sola.

Capítulo 49

Mi deseo se cumple ampliamente.

Estoy sola.

Nadia y los bebés volvieron a San Luis y el silencio retumba.

Es lo que quería.

Y también lo que merezco.

Capítulo 50

Los días fluyen. Antes de darme cuenta es viernes y sigo en la oficina adelantando trabajo hasta que se haga la hora de ir a la casa de Daniela a comer unas pizzas a su estilo: harina integral, tomate natural, queso orgánico y verduras varias (rúcula o similar). Una vez que uno se acostumbra a ellas, hasta resultan ricas.

Si bien la monotonía no ralentiza mi percepción del tiempo, soy consciente de que el contenido es pobrísimo.

Volví a la rutina de gastar horas y horas en la oficina; creo que esto hará a mi jefe muy feliz. Algunas clases en el gimnasio, intercambio de mensajes con las chicas y con Nadia. Cristian me llamó todos los días, imagino que para asegurarse de que estoy en pie.

Y lo estoy.

O algo así.

Como ayer sonaba decaído y hoy no tuve noticias tuyas, hablar con él antes de ir a cenar con Daniela me parece una buena opción y es la mejor idea que tuve últimamente: está enfermo y solo en su casa.

Necesito ir a verlo.

La imagen que abre la puerta agobia mi corazón. Tiene un color extraño, ojeras, las pupilas dilatadas y los hombros caídos.

Al abrazarlo, reparo en su cuerpo caliente.

—¿Cómo te sentís?

—Como si me hubiera atropellado un camión.

—Vamos a la cama. ¿Cenaste?

—No tengo hambre.

Si dejó pasar el comentario de la cama, es porque se siente peor de lo que se ve.

—¿Fuiste al doctor?

—Hoy temprano. Me recetó las pastillas que están ahí cada ocho horas; la blanca me tocó hace un rato.

—Bien.

Lo acompaño hasta la habitación y, sentada a su lado, leo las instrucciones que dejó el médico. De la mesita de luz tomo el termómetro que está al lado del elefantito blanco.

Tiene casi treinta y nueve grados de temperatura.

Antes de preocuparme más, debería esperar un rato a que le haga efecto el antipirético. Tiene ojeras y respira superficialmente; le paso la mano por la frente y suspira entredormido. Me encantaría acurrucarme a su lado y decirle que todo va a estar bien.

Como es obvio que no puede pasar la noche sin que alguien lo cuide, salgo de la habitación y le aviso a Daniela que no voy a ir a su casa.

En la cocina encuentro algunas verduras con las que preparar un caldo que lo reconforte y nutra; tiene que tomar mucho líquido y no lo veo con energía para algo más consistente.

Con la cena encaminada, vuelvo a la habitación para encontrarlo sumido en un sueño agitado. Sin despertarlo, le tomo la temperatura otra vez.

Está más alta que antes.

Me sacó la ropa de oficina, me ato el cabello y me pongo una de sus remeras para estar más cómoda. Mojo unos paños y se los paso por la frente.

—Eso está frío. —Gruñe.

—Vos estás caliente.

—Sí. Cada vez que te tengo cerca de mí.

Sacudo la cabeza antes de aclararle que no soy responsable de su estado. Con la mirada desenfocada sigue cada uno de mis movimientos y suspira cuando lo refresco.

La temperatura no baja y empiezo a desesperarme porque no me gusta

verlo así.

Busco unas toallas y las llevo al baño. Vuelvo a la habitación y lo insto a levantarse de la cama; está débil y no se resiste demasiado.

Como no puede sostenerse solo, entramos los dos en la ducha. Le paso la esponja por el cuerpo y, lentamente, voy bajando la temperatura del agua agradeciendo en silencio que el espacio sea lo suficientemente grande para darme libertad de movimientos.

Cuando empieza a tiritar, me abrazo a él mientras el agua cae sobre nuestras cabezas. Aunque sigo con la remera puesta, no se reducen las sensaciones que me provoca su contacto. Al tiempo estamos los dos temblando y tengo la impresión de que su temperatura corporal bajó un poco. Intento separarme y me estrecha contra su cuerpo, apoyando su mejilla sobre mi cabeza.

¡Se siente tan correcto estar bajo su cobijo y, a la vez, sosteniéndonos el uno al otro!

—Te vas a enfriar demasiado, volvamos a la cama.

No contesta y se deja manejar con resignación; poco queda de su locuacidad.

Lo seco evitando recrearme demasiado y lo ayudo a vestirse. Creo escucharlo blasfemar en voz baja su malestar y debilidad.

Recostado contra la cabecera de la cama con una mano sobre la frente y los ojos cerrados se endereza al percibir mi presencia en la habitación.

—Eso no tiene nada verde, ¿no?

—No. Había calabaza, así que la sopa es básicamente de eso.

—¿Y el resto?

—No hay resto, probá y después me decís. ¿Podés solo?

Como niega con la cabeza, me siento a su costado y le acerco la cuchara a la boca.

—¿La soplaste?

—¿Cuántos años tenés?

Su mirada miel se ve más parecida a la que estoy acostumbrada, así que llevo la cuchara a mi boca y, en vez de soplarla, la saboreo y se la devuelvo vacía junto al cuenco.

—Si pasaba, pasaba.

—Te sentís mejor.

—Un poco, sí.

Y eso me hace feliz.

Capítulo 51

La mañana nos encuentra como varias veces antes; casi hechos un nudo, con mi espalda contra su pecho y las piernas enlazadas; uno de sus brazos extendido sobre mi cabeza y el otro cubriéndome el costado hasta cruzar mi vientre.

Al poner mi mano sobre la suya creo notar que ya no tiene temperatura.

Sigue sorprendiéndome la diferencia de tamaños y no puedo evitar acariciarla lentamente recordando todo lo que puede dar, lo que puede provocarle a mi cuerpo... en el buen sentido. Hace mucho que no estábamos así y me había olvidado de lo bien que se siente.

Lentamente, giro hasta quedar cara a cara y estudiar su gesto. Está despeinado, tiene ojeras y un poco de barba descuidada. Respira levemente y, mientras recorro sus rasgos con cuidado, suspira. Me atrae contra su cuerpo y yo suspiro también.

Un rato más tarde me despierto con la intención de levantarme, pero no puedo deshacerme de su abrazo.

—No te vayas —susurra ronco.

—No pensaba irme, quería preparar el desayuno.

—Más tarde —murmura besándome levemente.

Me apoyo sobre el codo y vuelvo a mirarlo: aunque tiene los ojos cerrados, definitivamente está despierto.

—¿Cómo te sentís?

—No tan mal. ¿Qué tenés que hacer hoy?

—Limpiar y poner el lavarropas... a la noche voy a cenar con las chicas. ¿Por?

—Necesito que te quedes conmigo.

Apenas dudo:

—Como quieras, aunque tendría que ir a casa a buscar ropa.

—No hace falta, la mía luce perfecta en vos.

—¿No querés desayunar?

—¿A vos?

Pongo los ojos en blanco para contestarle en tono remilgado:

—No. Yo estoy fuera de menú. ¿Querés un té con galletitas?

—Me conformo con eso. Todavía estoy fuera de combate.

La evidencia contra mi pierna lo desmiente, pero no voy a ser yo quien lo contradiga.

Escurriéndome de su abrazo voy a cumplir con mi cometido y un rato más tarde estamos sentados en su cama haciendo un picnic.

Come sin ganas, no habla demasiado y se lo nota agotado.

«¿En qué momento volverá a ser quién es?»

—¿Miramos una serie? —pregunta cuando vuelvo a la habitación luego de limpiar la cocina.

—¿Realmente tenés ganas?

—Tengo ganas de que estés acostada conmigo mucho rato, el resto me da lo mismo.

Estiro las mantas y, al percibir mi intención de acomodarme sobre ellas, las abre y me invita a su lado con una mueca de desafío.

Renegando, me meto en la cama y apoyo las almohadas contra el cabecero para sentarme alejada de él. Al minuto está recostado sobre mí pasando con el control remoto por las opciones disponibles. Elige una serie cualquiera y a los diez minutos está dormido mientras recorro con mis dedos su cuero cabelludo.

Si fuéramos una pareja esta sería nuestra cotidianidad: él como un gato grande y mimoso, desayuno en la cama. Algo que ver en la tv, siestas, caricias, suspiros.

Y un poco más de acción que tampoco vendría mal.

Cuando se despierta decide ir a bañarse antes de almorzar. Conmigo si quiero.

Declino la oferta y aprovecho a ordenar la habitación mientras está en la ducha, cambio las sábanas y sonrío al encontrar otro juego: es gris con arabescos plateados.

Sale del baño caminando lentamente. Mira la cama y me mira a mí alternadamente.

—Me acuesto si te acostás conmigo.

—¿Y si no?

—También te vas a sentir culpable de dejarme... Disculpá, no tendría que haber dicho eso. Soy un boludo. —Se acerca a la cama y vuelve a recostarse—. Me siento mal por sentirme mal. Estaría bien que esta enfermedad de mierda se vaya y podamos disfrutar de estar juntos. Me vuelve loco verte con mi ropa. Toda vos me vuelve loco. Siempre estoy un poco duro al tenerte alrededor, pero esto supera cualquier cosa. Ojalá... me desearas de la manera en la que te deseo yo todo el tiempo.

Sus ojos muestran la certeza de ese deseo que siempre está presente entre los dos. No soy tonta, y sé que en sus comentarios con doble sentido hay mucha verdad.

Como dice él, si pasa... pasa.

Cuando abre la sábana me acurruco y le dejo un beso en el pecho.

No sé si lo nota.

Ya está dormido otra vez.

El resto del sábado transcurre igual, mimoseando entre siestas intercaladas con charlas sin sentido que son toda una declaración de intenciones.

Está en mí qué hacer. No me está ofreciendo una relación. Está diciendo que me desea, me necesita y quiere estar conmigo.

«¿Por cuánto tiempo? ¿En qué términos?»

Parece que la pelota está en mi tejado.

—Quedate conmigo.

—Estás mucho mejor. Lo sabés y lo sé. Tengo que ir con las chicas, hablar con Lucía de lo que pasó... de vos. De nosotros.

—¿Todavía no lo hiciste? Creí que se habían visto.

—Sí, pero estaba muy fresco lo del accidente y su recuperación era lo más importante. Le conté por arriba un día que hablamos por teléfono y no le di demasiados detalles —digo con la certeza de que el aquelarre analizó mi situación sin que yo forme parte de la conversación—. Necesito que sepa de nosotros. —A pesar de que ni yo sé qué incluye este nosotros.

—Está bien. Pero volvé a dormir conmigo. ¿Qué tal si tengo una recaída?

Lo miro tratando de parecer intransigente, pero me causa gracia su gesto enfurruñado al darse cuenta de que cedió, aunque sea en parte.

—¿Te traigo la cena antes de irme?

—No —contesta jugando con el control remoto.

Miro la hora y voy al baño a cambiarme. Todavía tengo tiempo de pasar por casa, darme otra ducha y elegir el look de hoy.

—Dejate mi bóxer debajo de la pollera. Me gusta que algo mío esté contra tu piel.

Decido complacerlo... así no sepa que lo hice.

Poniéndome lentamente cada prenda, reparo en que vestirse puede ser tan sexy como sacarse la ropa.

Al besarlo antes de irme, cierra los ojos y no intenta nada.

Por suerte. Tengo la sensación de que si lo hubiera hecho, no habría ido a ningún lado.

Eso no quita que me llame antes de cruzar la puerta.

—¿Qué? —respondo con la necesidad de cortar con este clima enrarecido.

—Volvé. Te invito a dormir... y a todo lo demás.

Ya en casa, mientras me ducho considero mis opciones: las que se reducen básicamente a qué ropa interior le va a llamar más la atención.

No voy a engañarme analizando si ir o no esta noche. Extrañaba su contacto, la cercanía... su olor.

A él.

Capítulo 52

—Pero bueno, bueno, bueno... Decí que no me gustan las mujeres, sino hoy terminabas la noche conmigo —dice Marisol al abrir la puerta.

—Tampoco es para tanto.

—¿Tanto? Belén, estás vestida para matar. El vestidito, los tacos. ¿No tenés frío con toda esa piel al aire? —me pregunta Lucía desde el sillón.

Quizás el vestido corto y negro, del que no vieron la espalda descubierta, sea un poco mucho; y eso que tampoco vieron el ligero.

—No es tanta piel, tengo medias.

—¿Silvana?

—Por supuesto.

Nos reímos de la gracia y, hablando de todo y nada, nos dividimos las tareas.

Aunque Lucía ya no lleva el cuello ortopédico y podría ayudarnos a preparar la cena, decidimos mimarla y que descanse. Por suerte su recuperación va bien, solo le quedan unas pocas sesiones de kinesiología en el menisco lastimado.

Una vez instaladas alrededor de la mesa, la cosa se pone más seria.

—Estuve con Cristian hasta hace un rato. De acá voy de vuelta a su casa, está enfermo y...

—Querés matarlo de una vez y por todas con el modelito —me interrumpe Marisol riéndose.

—¿Volvieron? —pregunta Daniela cuando se termina la alharaca.

Respiro hondo porque no sé qué decir a eso.

—¿Alguna vez estuvimos juntos? ¿O separados? Dijo que me

necesitaba y yo lo necesito también. Me siento bien cuando estoy con él... ¿Qué opinás Lucy?

—Es un buen tipo; con sentido del humor, responsable. Al final no hice la rehabilitación con él y, sin tener en cuenta lo que pasó con Martín, sigue llamando para saber cómo estoy. Siempre se puede contar con él. Nunca lo vi en pareja, así que de eso no sé. Igual, no es mi opinión la que vale. Tiene que hacerte bien a vos.

—Bueno... me hace reír; me siento libre de ser yo cuando estamos juntos. Me protege. Me lee como nadie. —Revuelvo la comida con el tenedor—. Resulta perturbador que de mis silencios saque conclusiones acertadas, no sé. —Me gusta cuando se pone caprichoso, cuando se ríe y los ojos se le achinan, cuando nos abrazamos—. Es especial.

Intercambian miradas enviándose esos mensajes telepáticos a los que somos tan afectas cuando queremos preguntar algo pero ninguna se anima.

Las conozco tanto...

—¿Vos cómo te sentís? —le pregunto a Lucía.

Resopla.

—Mejor, pero necesito que las cosas con Pedro se normalicen. Parecemos desconocidos: sin temas de conversación, sin contacto. Es cierto que estuve usando el cuello ortopédico hasta hace unos días, pero apenas nos tocamos. Lo extraño. Nos extraño.

Bajo la mirada y vuelvo a jugar con la comida que hay en mi plato. De repente se me fue el apetito.

—Yo no quise, Lucía... Tendría que haberles contado antes lo que estaba pasando. Si hubiera sido así, vos no...

—¿Te estás echando la culpa del accidente? —pregunta Daniela.

Ante mi silencio las tres empiezan a hablar a la vez y creo distinguir que dicen que esas cosas pasan y que no soy ninguna divinidad para ser responsable del destino de la gente.

—¿Sabés qué, Belén? Te perdono. Te perdono por habernos citado un sábado al mediodía en un horario «peligrosísimo» en el que la gente sale borracha y sin mirar de estacionamientos mal señalizados. Por hacerlo en un

barrio hooooorrible, con una sola ruta para llegar... Un poco tarde, para no perder la costumbre. Pero te perdono —dice Lucía.

—Eso es una estupidez.

—Tan grande como que sos responsable de lo que pasó.

—Yo no quise... Además, por mi culpa viste a Martín cuando fuimos a bailar.

—¿Sabías que iba a estar ahí? —Se extraña Marisol.

—¡No! No tenía idea, solamente espié las redes sociales de Cristian y...

—¿Y qué? ¡Ni siquiera tienen los mismos amigos! Fue una casualidad. ¿Qué pasó con la mujer de Diego? —me corta Lucía. Creo que eso significa que el tema se cerró.

Me encojo de hombros y junto valor para relatar las consecuencias de lo que, sin dudas, fue por mi culpa.

—Nadia volvió a San Luis y dice que está bien. Se reencontró con sus amigas; está buscando trabajo. Los bebés están cuidados, sanos, rodeados de los que los quieren... Pudo alejarse del peligro. Eso es lo importante.

—¿Tenías miedo de contarnos lo que pasaba en tu matrimonio? ¿Vergüenza?

—Era la mezcla de todo. Hablar de eso lo hacía real, callar también fue una manera de protegerme —digo bajito—. Quise fingir que le había pasado a alguien más. —Niego con la cabeza—. Y le pasó a alguien más... Tendría que haber hecho mil cosas de otra manera.

—No podés sentirte responsable de los males del mundo. ¿Vos cómo estás?

—Bien, adaptándome al silencio. Trabajando mucho. —Juego con uno de los flecos del kimono. No me gusta ser el centro de atención.

—Con planes de seducción, si lo que asoma debajo del ruedo del vestido es la parte superior de las medias que van con liguero.

—¡Daniela! Y sí, estoy usando un liguero. —Eso descomprime la situación y, aunque seguimos hablando largo y tendido de lo que pasó, se siente más liviano.

La anécdota de Ian y Marisol volviendo apenas minutos después de haber salido porque a Marisol una paloma «le decoró» el pelo nos hace reír a carcajadas; para no perder la costumbre, la naturaleza y ella no se llevan bien.

Sentada en el auto, reparo en la falta que me hicieron mientras me mantuve alejada.

No sabía que las había extrañado tanto.

Esto no puede volver a pasar. Tengo que dejar de callarme lo que siento.

Como no soy tan valiente, lo hago por escrito:

«Son importantes para mí aunque no sepa cómo expresarlo. Voy a hacer lo posible para ser más abierta y que mis noticias no las tomen tan desprevenidas. Las quiero, que no se los diga seguido no lo hace menos cierto».

Ya más liviana, me pongo en camino hacia el hombre que me espera.

Capítulo 53

Estaciono cerca del edificio en el que vive Cristian. Antes de bajar, me miro en el espejo retrovisor elucubrando si mi entrada triunfal va a verse opacada por llevar en una mano el bolso con la muda de ropa que voy a usar mañana y en la otra las compras con las que pienso surtir su alacena.

Mi lado práctico se impone, así que subo cargada cual Ekeko y saboreando la alegría que escuché en su voz cuando contestó el timbre del portero eléctrico.

Salgo del ascensor para encontrarlo apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. La cara de sueño, la remera ajustada, el pantalón de pijama azul sostenido por un nudo de nada que puedo desarmar en un tris me hace agua la boca; los pies descalzos que...

—¿Qué hacés descalzo? El piso está frío y podés tener una recaída.

Me mira sonriente y conoedor. No termino de llegar a su lado que me acerca a él y con una mano anclada en mi nuca y la otra en mi cintura empieza a besarme fuerte.

Tengo las mías ocupadas, así que no puedo corresponder de la manera que me gustaría. Solo atino a pegarme más a él y aplicarme en el duelo de lenguas que estamos sosteniendo.

Deja de besarme y, sin soltarme, apoya su frente en la mía respirando con dificultad.

—Estoy un poco mareado.

Quiero retarlo otra vez, pero yo también me siento un poco mareada. Quizás su «malestar» pueda atribuirse a causas similares que las mías.

Entramos al departamento y suelto todo lo que traía de cualquier manera cuando, tomándome de la cintura, me guía hasta el sofá en el que se sienta acomodándose a horcajadas.

Al abrir el kimono y descubrir el poco vestido que llevo debajo sisea

entre dientes. Con los flecos, el tamaño pasaba desapercibido.

—¿Cómo te sentís? —pregunto perdiéndome en esa mirada caramelo y miel.

—¿Débil? ¿Caliente? ¿Mejor? ¿Todo lo anterior?

Me río contra sus labios y empezamos a besarnos otra vez.

—¿Más sorpresas? —pregunta al meter las manos bajo la falda y tocar el ligero—. Vos me querés matar.

—O incentivarte lo suficiente...—Mordisqueo el canto de su mandíbula ignorando los latidos erráticos de mi corazón.

—Siempre estoy incentivado. Me gustás tanto, pero tanto... que medio muerto te seguiría deseando. Te sigo deseando. Ayer y hoy tuviste que notar, no tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos y aún te codiciaba. ¡Ey! No te escondas. Sin vergüenzas. Vos y yo pasándola bien cómo sabemos hacerlo.

Sus palabras no me gustan del todo. Quiero algo más que simplemente «pasarla bien», pero me guio por su mirada que dice algo más profundo que sus palabras. Además de hablar de deseo, hablan de necesidad.

Me acerco a besarlo y se deja hacer.

Recorriendo la cara interna de mis muslos con sus manos conocedoras, mete sus yemas dentro de la puntilla de las medias.

—¿Puedo? —pregunta contrito.

Sonriendo pícaro, me quito el kimono que cae a un costado. Más tiempo me tomo para el vestido.

Sin quitarle la vista de encima lo subo lentamente, acariciando mi piel por el camino y erizándome todavía más.

Sus pulgares juegan con la cara interna de mis rodillas; no los mueve demasiado y está bien que permanezcan ahí.

No sé qué me posee para esta seducción, pero cuanto más se oscurece la mirada que va de mis manos a mis ojos, más ganas tengo de hacer este momento memorable.

Para él y para mí.

Se le escapa un gruñido cuando aparece la tanga de encaje transparente y lo repite al descubrir el corpiño a juego.

Nuestras respiraciones ásperas y espesas y la fuerza con la que me sostiene evidencian la intensidad del momento.

Rodeo su cabeza con mis manos, el cabello me hace cosquillas en las muñecas. Sus ojos hambrientos me hacen cosquillas en otras partes de mi cuerpo.

Y algo más.

Hasta acá llegó mi valentía.

Al no poder seguir sosteniéndole la mirada, me recuesto sobre su pecho escondiendo el rostro en el hueco de su cuello que está tibio, húmedo y latiendo atormentado.

En oposición, sus manos recorren lenta y cuidadosamente mis costados. Van y vienen despertando a su paso cada poro de mi piel y aumentando mi necesidad de contacto.

Me separo para obligarlo a sacarse la remera y él desabrocha el corpiño liberando mis pechos.

Los amasa y acaricia las puntas mordiéndose los labios.

Muero por morderlo a él.

—¿Me extrañaron? —Creo que dice antes de sumergirse en ellos y tomar control de la situación.

Solo se escuchan jadeos y la fricción de nuestros cuerpos. Llena de urgencia, desato el nudo del pantalón y lo acaricio con mimo atenta a sus gemidos.

Quiero relajarme y tensarme a su alrededor.

Lo quiero todo.

—Esto va a ser rápido —dice casi gruñendo.

—Sí, rápido.

Estira el brazo hacia la mesita lateral y de una caja plateada saca un

preservativo que colocamos entre los dos.

Corriéndome la tanga me llena.

No sé dónde empieza él o dónde termino yo.

Y viceversa.

Y todo.

Y más.

Capítulo 54

—Van a ser las seis y media —me avisa cientos de minutos, jadeos y sensaciones más tarde.

Pasamos casi todo el domingo en la cama «porque le tiemblan las piernas».

A mí también y sospecho que es por los mismos motivos.

Estoy esperando el tenemos que hablar, pero no llega y tampoco quiero que llegue.

Alcanzamos un nuevo punto de intimidad que ni siquiera sabía que existía.

Es... emocionante y perturbador a la vez.

Necesito volver a casa y me pide «un ratito más». Está planeando los próximos días, semanas y qué vamos a hacer el feriado...

Él no sé; yo tengo que ir a visitar a mi mamá.

Tiene retenido mi tobillo que masajea con pericia.

—¿Porqué me hacés esto? —murmuro gimiendo.

—¿Qué? —pregunta inocente.

—Distraerme.

Mantiene el arco de mi pie pegado a su nariz, lo besa, lo acaricia y yo me remuevo inquieta.

—¿Cosquillas?

—¡¡Sí!! —un poco grito y otro poco río.

A carcajadas, se gira y me aprisiona contra la cama. Aun con mis muñecas encerradas en la suya y todo su cuerpo sobre el mío no tengo miedo.

Tengo...

¡Cosquillas!

—Basta, basta —chillo pidiendo piedad.

—Invítame a ir con vos.

—¿Adónde?

—A ver a tu mamá.

—Entonces venís conmigo y le digo: mamá, te presento a mi... ¿amante? No creo que eso salga bien.

—¿Qué tengo que ser para que me invites? —pregunta en un tono más serio.

Empiezo a removerme y automáticamente pone distancia.

—¿Qué querés ser?

—Lo que vos quieras que sea. ¿Qué querés que sea?

—No tengo idea.

No sé si este es el lugar, el momento o estamos vestidos adecuadamente para mantener esta conversación. Básicamente porque estamos jugueteando en la cama... sin ropa.

Me ¿salva? el sonido del portero eléctrico.

—Es mi mamá, tengo que abrir —aclara desperezándose.

Junto mis cosas rápidamente y me encierro en el baño a arreglarme.

—¿Esto significa que no querés saludarla? —pregunta asomándose apenas.

Supongo que mi mirada matadora es respuesta suficiente, ya que se va riéndose entre dientes.

Una vez lista, entrebro apenas la puerta y escucho a medias la conversación que sucede del otro lado.

—¿Estás seguro de que te sentís mejor? —En el ruido de paquetes abriéndose se me pierde qué responde Cristian, si es que dice algo—. Te preparé carne al horno, croquetas de lentejas, pollo relleno, ñoquis y salsa, una tarta de calabaza, y sopa de choclo —continúa sin respiro su mamá—. ¿Y esta sopa? —le pregunta—. Ya me parecía que tu alacena estaba demasiado llena. ¡Así que estás conociendo a alguien! Me alegro tanto, hijito. Te

merecés lo lindo de querer y dejarte querer. ¿Estás con ella? —Suenas ilusionada—. Entonces me voy para que me la presentes cuando quieras. ¡Qué contenta estoy!

Tragando grueso cierro la puerta y me estudio en el espejo apenas reconociendo las mejillas arreboladas y el gesto de ilusión.

Me peino con los dedos y un golpe de nudillos me saca de mis pensamientos.

—Ya se fue —dice Cristian.

—¿Tan rápido? —Disimulo.

—Solamente vino a dejar la comida para la semana.

—Tendría que irme yo también.

—¿Estás segura?

Me besa y todo vuelve a empezar.

Capítulo 55

Los días pasan entre maratones de sexo y... maratones de sexo.

Mensajes telefónicos, charlas a deshora. Conversaciones en las que le dejo ver quién soy, qué me pasa, qué quiero... qué temo.

Y él se permite lo mismo.

Enredados un día cualquiera entre las sábanas, murmura en mi oído algo que no entiendo.

—¿Qué?

Me mira fijo y empieza a besarme.

—¿Qué? —pregunto otra vez.

Me besa más y más si es posible.

No va a distraerme.

—¿Qué dijiste?

—¿Serías la madre de mis hijos?

Estudio su gesto concentrado: la arruguita entre sus ojos, la manera en la que se muerde el labio.

—¿Yo?

—Bueno, le diría a Marisol para aumentar las chances de que salgan con ojos claros, pero...

—Hablá en serio.

—Hablo en serio.

Demasiadas sensaciones me recorren en este momento.

Contradictorias, la mayoría de ellas.

—¿Por qué conmigo?

—¿Por qué no?

—No juegues. No hagas chistes. Es un tema serio.

—Nadie más serio que yo.

Necesito espacio: alejarme de sus brazos, de la mirada concentrada y expectante, del labio que quisiera mordisquear.

—Tengo que ir a buscar agua.

Me pongo la bata sobre el camisón y camino a la cocina no puedo dejar de pensar en sus palabras.

«¿Quiero ser la madre de sus hijos?»

No puedo seguir pensando.

El timbre me sorprende y, perdida en este mundo de posibilidades, voy a ver quién es.

No llego a abrir la puerta del todo que, al descubrir a la persona que se encuentra del otro lado, intento cerrarla sin conseguirlo.

—¿Qué hacés acá? ¡No! —grito.

Diego, mascullando obscenidades, me empuja hasta entrar al departamento.

—¡Soltame! —le pido cuando me retiene de los antebrazos.

Zamarreándome me escupe.

—¡Zorra! Por tu culpa perdí todo otra vez.

Afloja el agarre para golpearme y en mi mente el tiempo se detiene y vuelve al pasado del que nunca escapé.

Capítulo 56

Antes de siquiera reaccionar, siento que lo alejan de mí.

Cristian me lo saca de encima y le da una trompada en la boca.

—¡Hijo de puta! Te voy a matar —grita enajenado, cerniéndose sobre él.

Lleno de violencia, le pega en las costillas y conecta otro rechazazo. Diego da un grito y queda tendido en el piso mientras Cristian se acomoda para golpearlo otra vez.

Eso me trae de nuevo al presente.

—¡Basta! ¡Basta! ¡No le pegues más! ¡Basta! —grito ahogada sintiendo que el corazón se me va a salir del pecho.

Cristian me mira, busca normalizar su respiración y, levantando a Diego del brazo, lo arrastra hasta el sillón.

—Belén, llamá a la policía para que vengán a llevarse a esta lacra.

Al notar que intenta pararse, lo empuja y lo amenaza con el puño.

—Belén, llamá a la policía —repito entre dientes.

Estoy entumecida. Una cosa es suponer que Cristian es capaz de lastimar a alguien y otra es estar en primera fila mientras lo hace.

—Belén, ¿vos estás bien? ¿Te hizo algo? —me pregunta al percibir que no reacciono a su pedido.

En el departamento solo se escuchan nuestras respiraciones agitadas y el latido errante de mi corazón.

Tengo miedo de los dos.

—¿Belén? —susurra acercándose lentamente a mí—. Vos hijo de puta no te muevas porque te mato —le gruñe a Diego.

Ante su toque leve no puedo evitar una mueca de rechazo.

—Soy yo, preciosa. Ya pasó todo. Tranquila.

—No te acerques —es todo lo que atino a decir antes de llamar a la policía.

Por suerte, llegan rápido y se hacen cargo de la situación.

Aunque Diego está en peor estado que yo, las marcas en mis brazos y el hecho de que haya esquivado deliberadamente a la custodia habilita mi denuncia.

Todavía no me explico cómo pudo llegar hasta mi puerta. Una de las razones por las elegí mudarme a este edificio, fue por la seguridad que hoy falló.

Como todo en mi vida.

Cristian me acompaña a la comisaría sin emitir comentarios ni tocarme siquiera.

Al advertir de refilón sus nudillos lastimados, me encojo por dentro.

Volvemos a mi departamento después de horas de trámites.

Quiero pedirle que se vaya.

No quiero volver a hablarle en mi vida.

—¿Lelé? ¿A quién querés que llame? No podés quedarte sola... y sé no querés estar conmigo —Parece tembloroso y dolido.

—Yo... —Me encojo de hombros deseando simplemente que toda la situación desaparezca—. Andate, por favor —atino a murmurar.

—En cuanto venga alguien a quedarse con vos y, cuando estés más tranquila, hablamos.

—No quiero volver a verte.

—¿Entendés que tenía que defenderte? —me pregunta con el rostro atormentado—. Yo no soy como él. Yo te amo.

Esa declaración me indigna y saca de mí una rabia contenida que ni siquiera sabía que llevaba dentro.

—¿Cómo te atrevés a decirme ahora que me amás? ¿Cómo me hacés esto? ¿Sabés cuando fue la primera vez que Diego dijo que me amaba? ¿Lo sabés?

Su postura refleja que la comparación le duele, pero yo me siento peor.

—Me lo dijo después de hacerme una escena horrible de celos porque estaba hablando con un conocido de la parroquia. «Reaccioné así porque te amo», me dijo. Me merezco que me quieran bien —digo quebrada entre llantos golpeándome el pecho—. No así, no de esta manera.

Se retuerce las manos y tiene los ojos llenos de lágrimas no derramadas.

—Pero yo te amo.

—No te acerques a mí. Andate de mi casa —repito al percibir que se mueve.

Doy dos pasos hacia atrás para aumentar la distancia entre nosotros.

—Está bien, como prefieras —dice apenado sacando el teléfono del bolsillo—. ¿Lucía? Hola, ¿podés venir al departamento de Belén? —Se frota los ojos. No lo soporto más—. Vos o alguna de las chicas, la que pueda llegar más rápido. Ella está bien pero no quiero que se quede sola. Gracias.

Siento su mirada clavada en mi espalda camino a la habitación. Estoy agotada y necesito recostarme, pero al apoyar la cara contra la almohada noto que tiene su olor... Ese a chocolate y algo más que me tentó a cometer estos errores.

Me levanto con rabia y empiezo a arrancar las sábanas.

—Yo me ocupo —dice desde la puerta—. ¿Querés ir a bañarte?

Quiero gritarle. Quiero reclamarle por haberme dejado confiar en él, por mostrarme que puedo sentir, ser libre y soltar mis miedos para... de un plumazo, volver a encerrarlos en mí.

—No toques nada. Andate —digo en cambio.

La mirada de dolor que me regala me rompería el corazón si no lo tuviera hecho pedazos, así que me encierro en el baño esperando que todo esto acabe.

Capítulo 57

No sé cuánto tiempo paso llorando en el baño. Al salir, encuentro a Marisol recostada en mi cama revisando su celular.

—¿Qué pasó? —me pregunta escrutándome.

—¿Cristian no te contó?

—No. Me abrió la puerta, dijo que te estabas bañando y se fue. Creo que estaba a punto de largarse a llorar. ¿Vos estás bien?

Niego con un gesto y se escucha el timbre.

—Es Lucía. Voy a abrirle.

Me meto en la cama y me tapo hasta la barbilla. ¿Por qué no seré una de esas personas que tienen pastillas para dormir y olvidarse de todo?

Las escucho cuchichear, pero se acercan en silencio.

Lucía se sienta a mi lado y Marisol se recuesta a mis pies.

Un torrente de lágrimas cae de mis ojos. Cada vez que intento hablar, me ahogo en llanto mientras las dos intercambian miradas preocupadas.

—Vino Diego —murmuro cuando encuentro aire.

—¿Te lastimó?

Niego con la cabeza sin demasiada convicción.

—Cristian lo golpeó.

—Bien por él, alguien tenía que cobrárselas a esa mierda. Decime que le rompió la nariz... y las piernas. Decime que tenés fotos. —Se agita Marisol.

—¡No! Cristian no es así, él... —Él no es así. Cuando le pedí que pare de golpearlo, paró. Se ocupó de mí. Me acompañó, me defendió, me dio espacio cuando se lo pedí, se aseguró de que no estuviera sola—. Lo eché. Le dije que no quería volver a verlo.

—Empezá por el principio, querés.

Hilvanando la situación me doy cuenta de la injusticia que cometí.

—¿Vos lo amás? —me pregunta Lucía cuidadosamente.

—Yo no me planteé amarlo. ¡Él no cree en el amor de pareja! ¡Ni siquiera sé si somos una pareja! Pasamos tiempo juntos, disfrutamos uno del otro, nos contamos cosas y él...

—Él te dijo que te amaba. ¿Y vos?

—Yo... Es él quien dijo que no creía en el amor de pareja... —repito sin responder—. Aunque si nosotros no somos una pareja, ya no sé qué somos. Quiere conocer a mi mamá, y créanme cuando les digo que no le escondí cómo es ella; va a ser divertido, imagínenme llegando con él: más joven, enorme, irreverente, tocándome en cada oportunidad que tenga. Y la suya se puso feliz al saber que estaba con alguien. Hasta hoy ni siquiera habíamos hablado de tener hijos. —Retuerzo las sábanas—. Y ni siquiera sé si fue en serio.

Las dos me observan en silencio y yo me percato de los desvaríos en los que me perdí.

—No sé lo que es amar. Si es querer que estemos juntos, hacerlo reír, acompañarlo, verlo cumplir sus metas, hacerlo... gozar —agrego con un hilito de voz—. Y que haga lo mismo conmigo, entonces sí, lo amo.

—Mientras vos tengas las cosas claras...

—No lo sé —murmuro escondiendo la cara en la almohada.

—¡Sí sabés! Tu piel te lo dice, tu corazón te lo dice... tu mente te lo susurra... ¡Escuchate! Dejá los miedos y escuchate.

—Necesito pensar.

—¿Más?

—No confío en mí. Ya vieron lo que pasó con Diego.

—¿Lo que pasó con Diego? Es tu pasado, eras chica y algo aprendiste en este tiempo, tenés que creer en vos —me alienta Marisol.

—Mi pasado que está en una comisaría perjudicando mi presente. Mañana voy a llamar a la abogada de Nadia para que me diga qué más hacer.

—Pensar que tu historia la imaginaba llena de descripciones de

carteras, zapatos, viajes... restaurantes caros; y casi resulta un policial — medita Lucía en voz alta.

—¿De qué hablás? —le pregunto.

—Nada, nada... Cosas mías.

—¿Y con Cristian? —me pregunta Marisol.

—Yo... No sé.

—¿Qué es eso de los hijos?

—Me preguntó si sería la madre de sus hijos.

—¿Y?

Por un momento imagino a un nene colorado separando las verduras que no quiere comer, riéndose a carcajadas con ojos chinitos, oliendo a chocolate y a bebé. Y no me resulta ajeno, me resulta deseable... y mío.

—Sí, creo que sí quiero.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—¡Lo lastimé! —Todos los que están a mi alrededor terminan lastimados—. Debería dejarlo en paz. Desprecié su declaración de amor.

—No creo que quiera que lo dejes en paz.

—Probablemente esté enojado conmigo.

—Entonces tiene que desenojarse. Lo que importa es que lo que vos querés. Si es a él y todo lo que trae aparejado; búscalo, encaralo y disfrutá. Ya demasiado drama tuviste —me dice Marisol.

—Sí, tendría que hacerlo...

Intercambian miradas y sé lo que piensan. No formo parte de este aquelarre por casualidad.

No voy a darles el gusto de reconocer que tengo miedo de hacerlo, y que no pienso hacerlo hoy.

Capítulo 58

Va a ser esta noche.

Espero no estar cometiendo muchos errores en la oficina, pero tengo la cabeza en otro lado.

Mentiría si dijera que es solo lo de Cristian lo que me tiene así; pero Diego estuvo demorado unas horas y su abogado lo sacó sin demasiados inconvenientes.

Está libre, odiándome y tengo miedo.

Como primero es lo primero, avisé en la oficina que mi ex marido me había amenazado. Busqué su perfil en las redes sociales y les mostré la foto para evitar que le permitan la entrada: no puede repetirse lo que pasó en mi edificio.

Pensé que sentiría más vergüenza y al final no fue así.

Pienso manejarme en taxi, retomar las clases de defensa personal y tener mi celular a mano todo el tiempo.

Había olvidado lo que se siente estar constantemente mirando sobre el hombro con temor y la sensación me acongoja.

Gomes me llama al mediodía para brindarme su apoyo y sugiere que, al salir, le pida a alguien de seguridad que me acompañe hasta el taxi.

Le agradezco y sonrío por dentro al notar que nunca se le ocurrió que es más práctico que salga a horario con los demás y evite quedarme sola.

Todo no se puede.

Igual, decido irme a la misma hora que mis compañeros y pasar por el gimnasio a tomar una clase de defensa personal para después sí, ir a buscar a Cristian.

Quiero sacudirme el malestar y el miedo.

Ir a él más segura, libre de lo que me ata al pasado; aunque ahora me esté acechando.

Quiero... amarlo.

Así, con todas las letras.

Y, si realmente siente lo que dijo, dejarlo amarme.

No llego a dar dos pasos fuera de la oficina.

Cristian está parado al lado de la puerta.

Es... enorme y firme y atento y cariñoso.

Y juguetón y presente y mío.

Y... el corazón me late enloquecido.

¿Será que tengo una oportunidad?

Capítulo 59

Se acerca cuidadosamente a mí sin saber de qué manera encararme.

Creo que es la primera vez que no respeta uno de mis pedidos. Hasta este momento cada palabra que le dije fue ley.

—No quiero molestarte, no es necesario que hables conmigo si no tenés ganas —Se ataja—. Vine a acompañarte a tu casa... o al lugar que quieras ir.

—Quiero ir al gimnasio —respondo estudiando con atención su rostro con ojeras.

—Perfecto. ¿Tenés lo necesario?

Niego lentamente y noto que se retuerce las manos.

—¿Puedo llevarte a tu casa a buscar las cosas? —pregunta.

Asiento y nos dirigimos a su auto en silencio.

Los nudillos que agarran el volante están blancos como prueba de su tensión.

Aunque no hablamos en todo el viaje, igual se hace corto.

—¿Te acompaño? —me pregunta una vez que llegamos.

Asiento cual autómatas y vamos hasta mi casa en un clima enrarecido.

Cuando el custodio vuelve a pedirme disculpas por el incidente de ayer, lo siento tensarse a mi lado pero no temo su reacción.

—Con que no se repita es suficiente —dice Cristian molesto.

Otra vez, noto el esfuerzo que hace para moverse a mi alrededor sin parecer tan imponente, está apoyado contra la pared del ascensor un poco encogido y eso no me parece justo para él.

Llegamos a mi casa y, abriendo la puerta, lo invito a entrar corriéndome a un lado.

Se retuerce las manos y su mirada cansada hace mella en mí.

—Yo también te amo —le digo de sopetón una vez que dejo la cartera

sobre el sillón—. No tengo idea de cómo te metiste en mí, porque si hay algo que no quería era eso. Nunca me fuiste del todo indiferente, pero siempre ganaba el miedo. Hasta que te conocí mejor. Ayer me asusté muchísimo al verte tan enojado.

—Yo nunca te pondría una mano encima —me interrumpe.

—Lo sé —afirmo sabiendo que es verdad.

—Yo no soy como él. Yo...

—Vos sos leal, gracioso, demostrativo. Me di cuenta de que no son iguales. Él nunca me hubiera escuchado si en medio de un ataque de furia le pedía que pare y vos... No quise compararlos pero tuve miedo. Sos muy fuerte, Cristian.

—Yo no soy fuerte, vos sos fuerte. Por superar lo que él te hizo y brindarle apoyo a quien lo necesita; yo soy grandote, nada más. La fortaleza está en vos. ¿Ahora puedo decirte que también te amo?

Asintiendo, me retuerzo las manos sin emitir palabra.

Entonces, él me besa.

Y me dice de vuelta que me ama.

Y me vuelve a besar.

Y le digo que también lo amo.

Epílogo

—¡Cosquillas! —gimo sin aire.

—Ya te voy a dar cosquillas a vos.

Se lo escucha entero, para nada afectado por los juegos a los que nos estuvimos dedicando los últimos minutos.

Haciéndole una llave, lo giro y queda a mi merced.

Mis ojos no saben dónde perderse, si en el vientre marcado, el pecho fuerte, los brazos enormes o las manos que están relajadas contra el colchón mientras las mías sostienen sus muñecas.

—Tengo los ojos acá arriba —dice con una sonrisa en la voz.

—Lo sé, y también tenés una boca preciosa.

—Toda para tu placer, si te animás.

Y me animo.

Como me animé a defenderme el día que Diego me interceptó en la calle y, cuando empecé a gritar, no tuvo mejor idea que pegarme una cachetada.

La trífecta de defensa personal cumplió con su cometido, y si a eso le sumamos que un policía vio toda la secuencia... digamos que mi denuncia sumada a la de Nadia aceleraron la orden de restricción de acercamiento, no así su procesamiento que va para largo.

Igual, creo que le dio más miedo que supiera defenderme y dudo de que vuelva a acercarse.

La verdad es que me siento súper liviana desde ese día.

Y me animo.

Me animo a todo.

Por Cristian.

Y por mí.

Sobre todo por mí.

Recordatorio:

Nadie tiene derecho a maltratarte.

[Atención para mujeres en situación de violencia \(Argentina\)](#)

Créditos

Contá conmigo

La historia de Belén

Carol Besada

Edición en formato digital: agosto de 2018

Esta es una historia de ficción. Cualquier similitud de los hechos y personajes con la realidad es pura coincidencia.

© Carol Besada. Todos los derechos reservados.

Registro Safe Creative: 1807157731639

Imagen de Portada: Marcelo Matarazzo / Unsplash

Agradecimientos

Te agradezco por haber llegado hasta acá y, si sos reincidente... te agradezco más.

Si no sos reincidente, pero te dieron ganas de reincidir... también (por si no lo sabías, tengo otra novela publicada [Si te vieras – La historia de Lucía](#)).

Van los agradecimientos también a los que me empujan y a la vez me contienen, por creer en mí (pero no tanto).

A mi familia: a los de acá, allá y más allá.

Esta aventura me permitió sumar cómplices (o víctimas) de la vida 1.0 y conocer gente muy generosa en las redes. Gracias a todas: por su tiempo, sus palabras; porque no tenían ninguna obligación de ayudarme y lo hicieron igual.

Amix, las quiero siempre.

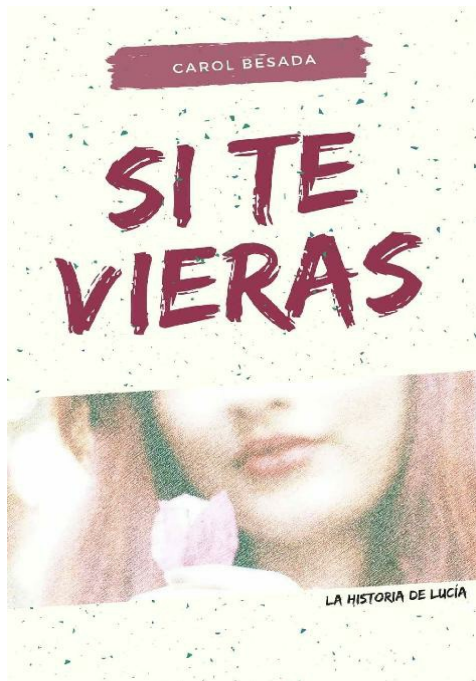
Antes que me olvide: si la historia te gustó, te agradecería (otro montón) que compartieras tu opinión.

Todavía no me voy...

Por cualquier cosa, te dejo la dirección de mi blog:

<http://carolbesada.blogspot.com.ar/>

Y más data de **Si te vieras – La historia de Lucía**



Si le pedís a Lucía que te describa su situación actual, probablemente te diga que está... «conforme».

Tiene suficiente con sus amigos de siempre, su familia, un ex que aparece cada tanto y un trabajo que hizo a su medida.

También tiene planes, que lejos están de incluir el amor.

No es que no crea en eso. Es que a ella le cuesta dejarse llevar y exponerse.

Hasta que un día, Pedro se cruza en su camino.

Y ahí comienza esta historia.

Disponible en [Amazon](#)

Índice

[Contá conmigo](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Epílogo](#)

[Recordatorio:](#)

[Créditos](#)

[Agradecimientos](#)

[Todavía no me voy...](#)

[Índice](#)